

Vaciarse

(Kénosis)

«Sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo...»

(Filipenses 2:7)

James Kim

Índice

Introducción	4
¿Por qué “vaciar” y no simplemente “dejar ir”?	
Parte I: El fundamento bíblico del “vaciamiento”	
Capítulo 1: ¿Qué es el vaciamiento (Kénosis)?	9
El significado bíblico y teológico del autovaciamiento de Jesús	
Capítulo 2: ¿Qué significa vaciarse para el cristiano?	14
Vaciar el corazón que quiere ser su propio dueño	
Capítulo 3: ¿Qué significa vaciarnos y servir al prójimo como siervos?	21
Amar y servir con la mente de Cristo	
Parte II: Lo que debemos vaciar de nuestro interior	
Capítulo 4: Vaciar el “orgullo”	28
Vaciar el deseo de exaltarme a mí mismo	
Capítulo 5: Vaciar la “codicia”	43
Vaciar el deseo de poseer más	
Capítulo 6: Vaciar la “hipocresía”	54
Cerrar la brecha entre lo que aparento ser y lo que realmente soy	
Capítulo 7: Vaciar la “falsedad”	67
Vaciar el deseo de ocultar y distorsionar la verdad	
Capítulo 8: Vaciar el “odio”	81
No permitir que las heridas y el deseo de venganza dominen mi corazón	

Capítulo 9: Vaciar los “malos pensamientos”	93
Llevar cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo	
Capítulo 10: Vaciar la “lujuria”	106
Vaciar los deseos indebidos y guardar el amor y la santidad	
Capítulo 11: Vaciar el “resentimiento”	119
Vaciar la desconfianza y el descontento, y confiar en Dios	
Capítulo 12: Vaciar los “celos”	131
Vaciar la comparación y vivir con gratitud y amor	
 Parte III: Llenar con Cristo el lugar que hemos vaciado	
 Capítulo 13: Ser llenos de Cristo	143
Una vida en la que ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí	
 Conclusión	152
Vacíese y sea lleno de Cristo	
Caminar cada día por el camino del “vaciamiento” como discípulo de Jesucristo	

Introducción

Una de las expresiones de fe que más frecuentemente se escuchan hoy en las conversaciones cotidianas de los cristianos y desde los púlpitos es «dejar ir». A través de los escritos de un fiel misionero en Mongolia, esta expresión produjo una profunda resonancia espiritual en la iglesia coreana y entre sus creyentes. Desde entonces, «dejar ir» se ha convertido en una expresión familiar que muchos cristianos utilizan para expresar su fe, más allá de cuestiones relacionadas con cargos y llamados ministeriales. Yo también he utilizado esta expresión durante muchos años.

Sin embargo, al meditar más profundamente en las Escrituras y observar la vida de los creyentes en el ministerio pastoral, comencé a preguntarme si la expresión «vaciamiento» no revelaría mejor que «dejar ir» la esencia del discipulado del que habla la Biblia. «Dejar ir» contiene la idea de soltar temporalmente algo que tengo entre mis manos. Dejamos ir la codicia, dejamos ir los apegos y, a veces, renunciamos a nuestros derechos o intereses personales. Por supuesto, esta es una disciplina importante de la fe. Sin embargo, tiene una limitación: el hecho de haber soltado lo que teníamos en las manos no significa necesariamente que haya cambiado el corazón que desea aferrarse a ello.

Hoy puedo soltar algo, pero mañana volver a aferrarme a ello. Exteriormente puedo haber renunciado a la codicia, mientras que en lo profundo de mi corazón todavía deseo ser yo el dueño de mi vida. Cuando cambian las circunstancias y las situaciones, puedo volver a aferrarme a mi propia voluntad y a mis deseos. Por lo tanto, lo que la Biblia exige de nosotros no se limita simplemente al acto de dejar algo. Vaciar de nosotros mismos la idea de que somos los dueños de nuestra vida y entregar a Dios el centro y el señorío de nuestra

existencia constituye un nivel más profundo de discipulado. En el centro de todo esto se encuentra el «vaciamiento de sí mismo» de Jesucristo.

Filipenses 2:7 dice: «Sino que se vació a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres». Jesús era uno con Dios en su misma naturaleza, pero para salvarnos se humilló y tomó forma de siervo. Cuando la Escritura dice que «se vació a sí mismo», no significa que Jesús renunciara a su divinidad. Significa, más bien, que no reclamó para sí su gloria y sus derechos, sino que se humilló, descendió hasta el lugar de un siervo y obedeció plenamente la voluntad de Dios. Este es el camino del vaciamiento de sí mismo que Jesucristo nos mostró. Por lo tanto, «vaciar» no significa no poseer nada. Significa vaciarme del deseo de ser el dueño de mi propia vida y entregar ese lugar a Cristo. Significa vaciarme de mi obstinación y aceptar la voluntad de Dios. Significa vaciarme de mi orgullo y aprender humildad. Significa vaciarme de mi codicia y de mis temores, y confiar en la fidelidad de Dios.

Visto de esta manera, vaciarse no es simplemente renunciar. El vaciamiento es una preparación para una nueva plenitud. Vacío mis pensamientos para ser lleno de la Palabra de Dios. Vacío mi codicia para buscar la voluntad de Dios. Vacío mi orgullo para abrazar la humildad de Cristo. Vacío mi odio para ser lleno de amor. Vacío mi deseo de ser mi propio dueño para que Cristo sea el Señor de mi vida. Por lo tanto, la vida del creyente no debe terminar simplemente preguntando: «¿Qué debo dejar ir?». Debemos formular juntas estas dos preguntas: «¿Qué debe ser vaciado dentro de mí?» Y: «¿Con qué debo llenar el lugar que ha quedado vacío?»

Vivir como discípulo de Jesús significa colocarnos cada día ante estas preguntas. Significa examinar a la luz de la Palabra nuestros pensamientos y deseos, nuestro orgullo y obstinación, nuestra codicia y temores, nuestro odio y nuestras heridas, y nuestros apegos al mundo, y vaciarnos de ellos. Y significa llenar ese espacio vacío con la dirección del Espíritu Santo, la Palabra de Dios y el amor de Cristo. Por supuesto, esto no puede lograrse

únicamente mediante nuestra voluntad y esfuerzo. Con nuestras propias fuerzas no podemos transformar de raíz los antiguos hábitos del pecado y nuestro egocentrismo. Por eso debemos depender de la gracia de la cruz. Debemos mirar a Cristo, quien se entregó por nosotros, y pedir la ayuda del Espíritu Santo, quien obra dentro de nosotros.

El «vaciamiento» del que habla este libro comienza precisamente en este lugar de gracia. En las páginas que siguen, nos miraremos en el espejo de las Escrituras y examinaremos, una por una, las cosas que permanecen ocultas en diferentes áreas de nuestra vida y que necesitan ser vaciadas. Juntos consideraremos el camino de vaciarnos del orgullo, la codicia, la hipocresía, la falsedad, el odio, los malos pensamientos, la lujuria, el resentimiento y los celos. Sin embargo, el propósito de este libro no es condenarnos continuamente. Más bien, es dirigir nuestra mirada hacia Cristo, quien primero se vació a sí mismo por nosotros. Por mucho que intentemos vaciarnos, sin la gracia de Dios volveremos a llenarnos de aquello mismo que tratábamos de vaciar. Por eso, reconociendo nuestra debilidad, debemos buscar la gracia de Cristo en cada área que necesita ser vaciada. Y debemos entregarnos al Espíritu Santo para que Él llene con la Palabra y el amor de Dios el corazón que Él mismo ha vaciado. Ahora queremos permanecer en silencio ante el espejo de las Escrituras. ¿A qué me estoy aferrando? ¿Qué es aquello que todavía sigo sujetando? ¿Qué necesita ser vaciado de lo más profundo de mi corazón? ¿Y con qué estoy llenando ese espacio vacío? Cuando no evitemos estas preguntas, sino que las enfrentemos con sinceridad, el «vaciamiento» dejará de ser simplemente un lema de fe y se convertirá en un camino práctico de discipulado que transforma nuestra vida. Espero que este libro pueda servir como una pequeña guía para quienes recorren este camino. Durante el proceso de escribir este libro también recibí la ayuda de la inteligencia artificial. El contenido de este libro se basa en las meditaciones y reflexiones que he ido escribiendo a lo largo de muchos años de meditar en las Escrituras y predicar la Palabra en el ministerio pastoral. La inteligencia artificial tomó como referencia las meditaciones bíblicas y los sermones que he escrito a lo largo de los años, y me ayudó a organizar los temas y el desarrollo del contenido, así como a pulir las frases para expresar con mayor claridad las ideas que deseo transmitir.

Sin embargo, la orientación espiritual de este libro, su comprensión de las Escrituras y el centro de la reflexión acerca de qué debemos vaciar y con qué debemos llenar ese espacio permanecen bajo mi responsabilidad. Sobre todo, he procurado examinar, discernir y pulir nuevamente todo el contenido de este libro delante de la Palabra de Dios. Deseo que todos los que lean este libro miren más allá de las palabras humanas hacia la Palabra de las Escrituras, y más allá de quien escribió estas páginas hacia Jesucristo, quien primero se vació a sí mismo por nosotros y se entregó por nosotros.

Anhelando humildemente la santa obra de vaciamiento que realiza el Espíritu Santo, vaciando hoy nuevamente de mi interior el deseo de ser mi propio dueño y orando para que solo Cristo sea el Señor de mi vida,

Compartido por James Kim

12 de septiembre de 2026

Aun en medio de mi debilidad, cuando no he logrado vaciar completamente mi egocentrismo y a veces sigo aferrándome incluso a aquello que debería vaciar, busco únicamente la fiel misericordia de Dios...

Parte I:
El fundamento bíblico del
“vaciamiento”

Capítulo 1:

¿Qué es el “vaciamiento” (Kénosis)?

¿Qué es el “vaciamiento” que Jesucristo nos mostró?

En Filipenses 2, Pablo nos presenta la humildad y el vaciamiento de sí mismo que Cristo manifestó. Jesús se humilló, tomó forma de siervo y obedeció la voluntad de Dios hasta el final. Entonces, ¿qué es realmente el “vaciamiento” del que habla la Biblia? Para comprender la respuesta, primero debemos mirar Filipenses 2:7: «Sino que se vació a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres». En este solo versículo se encuentra un camino fundamental que el discipulado cristiano está llamado a recorrer.

El vaciamiento comienza con la Encarnación

Llamamos **Encarnación** al acontecimiento en el que Jesucristo, siendo Dios, tomó un cuerpo humano y vino a esta tierra. Juan 1:14 declara: «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros». El «Verbo» del que aquí se habla es Aquel que estaba con Dios desde el principio y que, al mismo tiempo, es Dios (v. 1). Todas las cosas fueron creadas por medio de Él (v. 3); en Él estaba la vida, y esa vida era la luz de los seres humanos (v. 4). Sin embargo, aquel Verbo se hizo carne. El Creador que nos hizo descendió hasta el lugar de las criaturas que Él mismo había creado. Aquel que gozaba de la gloria del cielo tomó un cuerpo humano, y Aquel que merecía ser exaltado vino a un lugar humilde. La Encarnación es uno de los misterios más asombrosos de la fe cristiana. El Creador vino en medio de sus criaturas, y el

Señor descendió hasta el lugar de un siervo. Precisamente aquí comienza el significado bíblico del “vaciamiento”.

¿Qué significa “Kénosis”?

El verbo griego traducido como «se vació a sí mismo» en Filipenses 2:7 es **kenóō (κενόω)**. De este término procede la expresión teológica **Kénosis**. Entonces, ¿qué significa que Jesús se vació a sí mismo? Lo primero que debemos dejar completamente claro es esto: **Jesús no se vació de su divinidad**. El hecho de que Jesús se hiciera hombre no significa que dejara de ser Dios. Jesús encarnado era verdadero Dios y, al mismo tiempo, verdadero hombre. Entender que Jesús abandonó su divinidad distorsionaría el corazón mismo de la Encarnación y del evangelio. Entonces, ¿qué significa que «se vació a sí mismo»? Al observar el contexto completo de Filipenses 2, su significado se hace más claro. Aunque Jesús existía en forma de Dios, en lugar de aferrarse a su posición y gloria, se humilló. Tomó forma de siervo, se hizo semejante a los seres humanos y obedeció hasta la muerte, y muerte de cruz (vv. 6–8). Por lo tanto, el vaciamiento de Jesús no consistió en abandonar su divinidad, sino en humillarse y descender al lugar de un siervo. En vez de reclamar sus derechos, el Señor nos sirvió. En vez de exhibir su gloria, se humilló. En vez de poner por delante su propia voluntad, obedeció la voluntad del Padre. Finalmente, en la cruz, se entregó a sí mismo por nosotros. Esta es la **Kénosis** que Jesús nos mostró.

Vaciarse no significa “dejar de existir”, sino “entregarse”

Aquí descubrimos un principio importante acerca del vaciamiento. Vaciarne no significa convertirme en alguien sin valor ni importancia. Tampoco significa abandonar indiscriminadamente todo lo que poseo. El vaciamiento bíblico significa vaciarme del deseo de ser el dueño de mi propia vida y entregarme a la voluntad de Dios. Jesús no eliminó su propia existencia. Más bien, se entregó completamente a Dios. Por eso, el vaciamiento no es una renuncia pasiva, sino una obediencia activa. «Señor, escogeré tu voluntad antes

que lo que yo deseo». «En vez de reclamar mis derechos, serviré con amor». Esto es el vaciamiento bíblico. Esto es el vaciamiento bíblico.

El vaciamiento de Jesús se manifestó en el servicio

En Filipenses 2:7, el vaciamiento de Jesús se manifiesta inmediatamente de una manera concreta: «Tomando forma de siervo». No basta con decir que me he vaciado interiormente. Si verdaderamente me he vaciado, el resultado debe manifestarse en una vida de servicio a los demás. Jesús era el más exaltado, pero descendió al lugar más bajo. El Señor tenía pleno derecho a ser servido, pero, por el contrario, sirvió a las personas. En Marcos 10:45, Jesús describió así su misión: «Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir». Por lo tanto, el vaciamiento de Jesús no fue simplemente un acontecimiento en el que «renunció a algo». Fue un acontecimiento en el que se entregó a sí mismo para dar vida a otros. Aquí surge una pregunta importante para nosotros. ¿Qué debo vaciar? Pero antes debemos preguntarnos: **¿Para servir a quién debo vaciarme a mí mismo?** De esta manera, el vaciamiento de Cristo siempre se manifiesta en amor y servicio. El vaciamiento siempre nos conduce hacia el amor y el servicio.

¿Con qué debemos llenar el lugar que ha sido vaciado?

Sin embargo, debemos recordar otra verdad importante. El vaciamiento en sí mismo no es la meta. No basta con crear un corazón vacío. Más importante aún es aquello con lo que llenamos el lugar que ha quedado vacío. El vaciamiento en sí mismo no es la meta. El lugar vaciado debe ser llenado con la mente de Cristo. En definitiva, el propósito del vaciamiento es tener la mente de Cristo. Por eso Filipenses 2:5 comienza diciendo: «Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús». Esta es precisamente la razón por la que Pablo explica el vaciamiento de Jesús. No nos dice simplemente que contemplemos a Jesús, sino que nos exhorta a tener la mente de Cristo y vivir asemejándonos a Él. Por lo tanto, el vaciamiento cristiano no consiste en destruirnos a

nosotros mismos. Más bien, consiste en entregarnos para que Cristo viva y obre más plenamente en nosotros.

El vaciamiento de Jesús debe continuar en nuestra vida

El vaciamiento de Jesús no termina simplemente como un acontecimiento de la Encarnación ocurrido en el pasado. El vaciamiento de Cristo debe continuar hoy en la vida de los discípulos que lo siguen. Así como Jesús se humilló, obedeció la voluntad de Dios y sirvió desde el lugar de un siervo, nosotros también debemos vaciarnos del deseo de ser nuestros propios dueños y tener la mente de Cristo. Por lo tanto, el “vaciamiento” no termina con una sola decisión. Es un proceso de discipulado en el que seguimos a Cristo día tras día.

Al final del vaciamiento está Cristo

La Kénosis de Jesús no fue un camino para perderse a sí mismo. Fue el camino de entregarse completamente a la voluntad de Dios. El Señor no abandonó su divinidad; se humilló. No reclamó sus derechos; sirvió. No trató de preservarse a sí mismo; se entregó por nosotros. Finalmente, obedeció hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo tanto, el “vaciamiento” del que hablamos debe seguir este mismo camino. Vaciarne no significa eliminarme a mí mismo, sino vaciarme del deseo de ser mi propio dueño. Vaciarne no significa abandonar todo lo que poseo, sino reconocer que Dios es el Señor y Dueño de todo cuanto poseo. Vaciarne no significa no dejar nada, sino preparar un espacio que pueda ser llenado con la mente de Cristo. Y al final de ese vaciamiento volvemos una vez más nuestra mirada hacia Jesús: «Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús». De aquí en adelante, siguiendo las Escrituras, examinaremos uno por uno los aspectos concretos de nuestra vida que debemos vaciar. Siguiendo el vaciamiento de Cristo, nos colocaremos delante de la Palabra para examinar, uno por uno, aquello que debe ser

vaciado de nuestra vida. Todo nuestro vaciamiento debe ser, en última instancia, un vaciamiento que haga lugar para la mente de Cristo.

Capítulo 2:

¿Qué significa el vaciamiento para el cristiano?

En el capítulo 1 examinamos la Encarnación y el vaciamiento de sí mismo de Jesucristo, es decir, el significado de la **Kénosis**. Que Jesús se vaciara a sí mismo no significa que renunciara a su divinidad, sino que, siendo el Hijo de Dios, no se aferró para su propio beneficio a la gloria y a los derechos que le pertenecían, sino que se humilló tomando forma de siervo. Y ese vaciamiento alcanzó su culminación en su obediencia y muerte en la cruz. Entonces debemos preguntarnos ahora: **Nosotros, como discípulos de Jesús, ¿cómo debemos vaciarnos?**

El vaciamiento cristiano no es simplemente una decisión religiosa de renunciar a algo. Tampoco se completa el vaciamiento simplemente dejando un deseo, renunciando a un plan o compartiendo una parte de nuestros bienes. El vaciamiento cristiano consiste en reconocer que el Señor de mi vida no soy yo, sino Dios, y en entregar mi vida a la voluntad de Dios. Pablo muestra este vaciamiento mediante su propia vida. En Filipenses 2:17 confiesa: «Y aunque sea derramado como libación sobre el sacrificio y servicio de vuestra fe, me gozo y regocijo con todos vosotros». La «libación» a la que Pablo se refiere era el acto sacrificial del Antiguo Testamento en el que se derramaba vino sobre una ofrenda. Pablo confiesa que, si incluso su vida y su ministerio pudieran ser ofrecidos a Dios, lo consideraría motivo de gozo. Esta confesión nos muestra hasta dónde debe llegar el vaciamiento cristiano. El vaciamiento no termina simplemente teniendo un poco menos, sino que avanza hasta el punto de entregarnos a nosotros mismos a Dios.

El vaciamiento cristiano consiste en vaciar el deseo de ser el dueño de mi propia vida

A lo largo de nuestra vida tratamos continuamente de ser nuestros propios dueños. Queremos planificar, decidir, controlar y hacer que las cosas sucedan según la dirección que nosotros deseamos. Por eso, aun cuando oramos a Dios, muchas veces en realidad estamos pidiendo que se cumpla nuestra propia voluntad. Pero el vaciamiento cristiano comienza aquí: **«Mi vida no me pertenece a mí; pertenece a Dios»**. Esta confesión debe convertirse en una realidad concreta de nuestra vida. Aun cuando no suceda lo que deseo, debo confiar en Dios. Aun cuando se abra un camino diferente del que yo había planeado, debo preguntar cuál es la voluntad del Señor. Aunque me cueste algo, debo escoger la honestidad. Aunque crea que tengo razón, debo examinarme nuevamente delante de la Palabra. Esto significa vaciarnos de nuestra propia soberanía. Vaciar no significa no hacer nada. Por el contrario, significa vivir activamente conforme a la voluntad de Dios. Nuestra oración cambia de: «Señor, haz que todo suceda como yo quiero», a: «Señor, que se haga tu voluntad antes que la mía».

El vaciamiento cristiano consiste en vaciar con sinceridad el pecado y los deseos que hay dentro de nosotros

Cuando comenzamos a vaciarnos del deseo de ser nuestros propios dueños, naturalmente empezamos a ver lo que ocupa nuestro interior. Puede haber orgullo. Puede haber codicia. Puede haber deseo de reconocimiento. Puede existir el deseo de parecer una buena persona ante los demás. Puede haber obstinación en demostrar que yo tengo razón. Aunque exteriormente llevemos una vida de fe diligente, estos deseos pueden permanecer en lo profundo de nuestro corazón. Por eso, el vaciamiento cristiano consiste en colocar cada día nuestro corazón delante de la Palabra. «Señor, ¿qué queda todavía dentro de mí?» «¿A qué me estoy aferrando?» «¿Por qué me estoy enojando?» «¿Qué tengo

miedo de perder?» «¿Qué estoy haciendo para obtener el reconocimiento de los demás?» Debemos ser sinceros ante estas preguntas. Y debemos reconocer y arrepentirnos de aquello que Dios nos muestre. El vaciamiento comienza no ocultando el pecado que está dentro de nosotros, sino exponiéndolo delante de Dios. Si descubrimos orgullo, debemos presentarlo delante de Dios y vaciarnos de él. Si descubrimos codicia, debemos reconocerla y vaciarnos de ella. Si descubrimos odio, no debemos ocultarlo, sino vaciarnos de él. Si descubrimos hipocresía, debemos quitarnos esa máscara y vaciarnos de ella. Examinaremos uno por uno estos aspectos concretos del vaciamiento en los capítulos 4 al 12.

El vaciamiento cristiano consiste en llenar con Cristo el lugar que ha quedado vacío

Sin embargo, no debemos olvidar una verdad sumamente importante. El vaciamiento en sí mismo no es la meta. Podemos vaciar la codicia de nuestro corazón y permitir que otra codicia ocupe su lugar. Podemos pensar que nos hemos vaciado del orgullo y, sin embargo, desarrollar el orgullo de pensar: «Yo no soy orgulloso». Por eso, el vaciamiento del que habla la Biblia no consiste simplemente en dejar vacío el corazón. Consiste en llenar con Cristo el lugar que ha sido vaciado. El vaciamiento cristiano no consiste en dejar el corazón vacío, sino en llenar progresivamente ese lugar con la mente de Cristo. En definitiva, el vaciamiento cristiano es el proceso de llegar a parecernos a Cristo. Por eso Pablo exhorta en Filipenses 2:5: «Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús». No nos vaciamos simplemente para convertirnos en «buenas personas». Nos vaciamos para que la mente de Cristo ocupe su lugar dentro de nosotros.

El vaciamiento cristiano se manifiesta en la negación de uno mismo

Jesús habló con mucha claridad a sus discípulos acerca de la vida cristiana: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Mateo 16:24).

«Negarse a sí mismo» no significa negar nuestra propia existencia ni odiarnos. Significa vaciarnos del deseo de ser los dueños definitivos de nuestra propia vida. Significa poner la voluntad del Señor por encima de la nuestra. Escoger el amor antes que nuestra comodidad. Escoger el servicio antes que nuestros derechos. Escoger la reconciliación antes que nuestro orgullo. Escoger la verdad antes que nuestro beneficio. Esto es negarse a uno mismo. Por eso, la negación de uno mismo no termina con una sola decisión emocional. Se lleva a cabo en nuestras decisiones cotidianas. Hoy, ¿escogeré mi voluntad o la voluntad de Dios? Hoy, ¿reclamaré mis derechos o serviré con amor? Hoy, ¿me exaltaré a mí mismo o edificaré a otra persona? Estas pequeñas decisiones van formando una vida cristiana de vaciamiento.

Vaciarme en el hogar

Entonces, ¿dónde debe comenzar este vaciamiento? Debe comenzar en el lugar más cercano: **el hogar**. En el hogar es difícil esconder quiénes somos realmente, porque nuestro cónyuge y nuestros hijos nos observan más de cerca que nadie. Por eso, el vaciamiento en el hogar debe ser muy práctico. En vez de esperar que mi cónyuge me comprenda primero, debo procurar comprenderle yo primero. En vez de esperar que la otra persona se disculpe primero, debo ser yo quien extienda primero la mano de la reconciliación. En lugar de aferrarme únicamente al pensamiento «yo tengo razón», debo escuchar a la otra persona hasta el final. En lugar de sacar uno por uno los errores del pasado para atacar al otro, debo perdonar y comenzar de nuevo. En lugar de considerar el futuro de mis hijos como un medio para aumentar mi propio honor y éxito, debo encomendarlos a Dios y criarlos con amor. Esto es vaciarse en el hogar. En particular, los esposos deben amarse y respetarse mutuamente conforme al amor de Cristo, en vez de insistir en sus propios derechos (Efesios 5:25, 33). En el hogar, la primera persona a la que debo vaciar no es la otra persona, sino a mí mismo.

Vaciarme en la comunidad de la iglesia

También en la iglesia el vaciamiento debe manifestarse de una manera muy práctica. Cuando asumimos una responsabilidad o un cargo en la iglesia, puede surgir el deseo de recibir reconocimiento. Podemos querer que los demás reconozcan lo que hemos hecho y admitan que tenemos razón. Pero en la iglesia del Señor lo importante no es cuánto he sido exaltado, sino cuánto he ayudado a edificar a otros. Jesús dijo: «Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos, y el servidor de todos» (Marcos 9:35). Vacarme en la iglesia no significa abandonar mi cargo o ministerio. Significa comprender que un cargo en la iglesia no es un lugar para exaltarme, sino un lugar para servir. Significa dar gloria a Dios cuando recibo elogios; escuchar con humildad opiniones diferentes de las mías; realizar silenciosamente el trabajo necesario aunque nadie lo reconozca; y ceder voluntariamente mi lugar para ayudar al crecimiento de otra persona. **Yo no soy el Señor de la iglesia. Jesucristo es el único Señor de la iglesia.** Por eso, en vez de exaltarnos por nuestro cargo, experiencia o conocimiento, debemos humillarnos para edificar el cuerpo de Cristo.

Vacarme en el lugar de trabajo

El lugar de trabajo también es un espacio importante donde se pone a prueba el vaciamiento cristiano. Queremos ser reconocidos en nuestro trabajo. Queremos ascender. Queremos recibir una mayor recompensa. A veces podemos pensar que un poco de manipulación o exageración está justificada si nos permite superar a un competidor. Pero el vaciamiento cristiano significa escoger la honestidad también en el trabajo. No debemos trabajar diligentemente solo cuando el supervisor nos observa; debemos ser fieles incluso cuando nadie nos ve. No debemos utilizar a otras personas para nuestro propio beneficio. No debemos mentir ni difamar a un competidor para perjudicarlo. No debemos usar descuidadamente los bienes, el tiempo o los recursos de la empresa como si fueran nuestros. Aun cuando enfrentemos una situación injusta, no debemos devolver mal por mal. ¿Por qué? Porque el Señor supremo a quien servimos no es un ser humano, sino Dios. Efesios 6:7 dice: «Sirviendo de buena voluntad, como al Señor y no a los hombres». Vacarse

en el trabajo significa vaciarnos de una vida gobernada por la mirada de las personas y vivir con integridad delante de la mirada de Dios.

El vaciamiento se manifiesta en el servicio

Al considerar todo esto, queda claro hacia dónde conduce el vaciamiento cristiano. El vaciamiento conduce naturalmente a una vida de servicio. Por medio de su propio vaciamiento, Jesús se hizo siervo y, como siervo, nos sirvió. En Mateo 20:27–28, el Señor dijo: «Y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos». El vaciamiento de Jesús se dirigió hacia la cruz. Y en aquella cruz, el Señor entregó su vida por nosotros. Por eso, el vaciamiento cristiano debe conducirnos a una vida que ama y edifica a los demás. Solo cuando vacío mi deseo de ser el centro puedo ver verdaderamente las necesidades de los demás y servirlos con amor. De esta manera, el vaciamiento hace posible el amor, y el amor se manifiesta mediante el servicio.

Tres maneras de practicar el “vaciamiento” cada día

¿Cómo podemos, entonces, ejercitarnos en el vaciamiento en nuestra vida cotidiana? Hágase cada día estas tres preguntas.

Primero, ¿a qué me estoy aferrando hoy?

Examine aquello a lo que se está aferrando excesivamente. Puede ser el dinero. Puede ser el honor. Puede ser el reconocimiento de las personas. Puede ser su propia voluntad y sus planes. Puede ser una herida del pasado o el resentimiento. Reconózcalo sinceramente delante de Dios y vacíese de ello.

Segundo, ¿qué escogeré hoy?

El vaciamiento no termina en nuestros pensamientos. ¿Cómo hablaré cuando esté enojado? ¿Cómo actuaré cuando sufra una pérdida? ¿Cómo trataré a alguien que no me reconoce? ¿Cómo recibiré a una persona que piensa de manera diferente a mí? Es precisamente en estos momentos cuando la negación de uno mismo se hace realidad. Escoja el camino de la Palabra, no el camino que sus emociones desean seguir.

Tercero, ¿con qué llenaré el lugar que he vaciado?

No se detenga después de vaciar. No se detenga después de vaciar. Llene el lugar vacío con la Palabra y la mente de Cristo. Y, sobre todo, escoja la mente de Cristo. Cuando el vaciamiento y la plenitud avanzan juntos de esta manera, nuestra fe supera la simple autodisciplina y se convierte en un camino de discipulado en el que llegamos a parecernos cada vez más a Cristo.

El vaciamiento conduce a una vida de servicio

El vaciamiento cristiano no consiste simplemente en renunciar a lo que es mío. Consiste en reconocer que yo no soy el Señor de mi vida. Es vaciar mi propia voluntad y escoger la voluntad de Dios. Vaciar mi codicia y escoger el amor. Vaciar mi insistencia en mis derechos y escoger el servicio. Vaciar mi orgullo y exaltar a Cristo. Y llenar el lugar que ha sido vaciado con la Palabra de Dios y la mente de Cristo. Así como Jesús se humilló y tomó forma de siervo, nosotros también debemos humillarnos en nuestra vida cotidiana y servir con amor a nuestro prójimo. Por lo tanto, podemos resumir el vaciamiento cristiano en una sola frase: **«Vaciar me del deseo de ser el dueño de mi propia vida y entregarme a Dios para que Cristo sea el Señor de mi vida»**. Y este vaciamiento necesariamente avanza hacia el siguiente paso. **Quien se vacía se convierte en alguien que sirve**. Si Jesús se vació a sí mismo y se hizo siervo, nosotros, que lo seguimos, también debemos vaciarnos y avanzar hacia el lugar donde servimos a nuestro prójimo.

Capítulo 3: ¿Qué significa vaciarnos de nosotros mismos y servir al prójimo como siervos?

En los capítulos 1 y 2 examinamos el significado del vaciamiento de Jesucristo y la vida de vaciamiento que se requiere de los cristianos que siguen al Señor. Entonces queda una pregunta: **«¿Cómo se manifiesta en la vida el hecho de que un cristiano se vacíe de sí mismo?»** La respuesta que nos da la Biblia es clara: **Quien se vacía de sí mismo se hace siervo y sirve a su prójimo.**

El vaciamiento no termina simplemente con abandonar nuestros deseos egoístas. Cuando vaciamos el corazón del deseo de ser nuestros propios dueños y somos llenos de la mente de Cristo, naturalmente comenzamos a considerar no solamente nuestros propios intereses, sino también los intereses de los demás. Por eso, uno de los frutos más evidentes de una vida de vaciamiento es precisamente **el servicio**. Jesucristo, aunque existía en forma de Dios, se vació a sí mismo y tomó forma de siervo (Filipenses 2:6–7). El Señor de todo el universo no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos (Mateo 20:28). Entonces, ¿cómo debemos vivir nosotros, que hemos recibido la gracia del vaciamiento de Cristo? En el hogar, en la iglesia, en el lugar de trabajo y delante de cada prójimo que encontramos, debemos abandonar una vida que busca exaltarnos y avanzar hacia una vida en la que nos vaciamos para servir a los demás. Esta realidad se manifiesta con especial claridad en el momento en que Jesús lavó los pies de sus discípulos.

Quien se vacía de sí mismo se humilla y sirve

En Juan 13:14–15, Jesús dice a sus discípulos: «Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis». Jesús no enseñó el servicio solamente con palabras. Él mismo se levantó, se quitó su manto, se ciñó una toalla y lavó los pies de sus discípulos (Juan 13:4–5). En aquella época, como las personas caminaban con sandalias por caminos polvorientos, era común que sus pies quedaran cubiertos de tierra y polvo. Por eso, lavar los pies era un acto de servicio realizado desde la posición más humilde. Pero ¿quién hizo ese trabajo? Jesús, el Maestro y Señor de los discípulos. Aunque seguían a Jesús, los discípulos discutían con frecuencia acerca de quién era el mayor entre ellos. Pero Jesús, ante la cruz que se aproximaba, en vez de exaltarse, se inclinó personalmente y lavó los pies de sus discípulos. Delante de aquellos discípulos, el Señor se inclinó en lugar de exaltarse. **Este es el vaciamiento que Jesús nos mostró.** Vaciar no consiste simplemente en renunciar a lo que poseemos. Consiste en vaciar el corazón del deseo de exaltarnos. Es vaciar delante de Dios nuestro deseo de ser reconocidos, nuestro deseo de recibir un trato especial, nuestro deseo de que otros reconozcan nuestros esfuerzos y nuestro deseo de ocupar una posición superior a la de los demás. Por eso, la humildad no consiste simplemente en pensar poco de nosotros mismos. La verdadera humildad consiste en vaciarnos de la idea de que merecemos un trato especial y escoger voluntariamente el lugar más humilde para el bien de los demás. Jesús era el Señor, pero ocupó el lugar de un siervo. Nosotros tampoco debemos pensar que, por nuestro cargo, experiencia profesional, educación, riqueza o posición social, merecemos un trato superior al de los demás. Más bien, debemos utilizar lo que tenemos para servirlos. En el hogar, en la iglesia y en el trabajo, en vez de buscar mostrarnos y exaltarnos, debemos escoger voluntariamente el lugar humilde para atender las necesidades de los demás y procurar el bien de la comunidad. **Esta es la vida de quien se vacía de sí mismo y se hace siervo.**

Quien se vacía de sí mismo cubre las faltas de su prójimo

Cuando meditamos en Jesús lavando los pies de sus discípulos, también debemos considerar cómo tratamos las debilidades y faltas de los demás. Así como el Señor se humilló y sirvió a sus discípulos, cuando descubrimos las debilidades de otra persona no debemos utilizarlas como un medio para exaltarnos, sino recibir a esa persona con amor y procurar su restauración. Descubrimos con demasiada facilidad las debilidades de los demás. Cuanto más cercana es una persona, más faltas vemos. Conocemos muy bien los defectos de nuestro cónyuge, las limitaciones de nuestros hijos, los errores de nuestros compañeros de trabajo y las debilidades de nuestros hermanos de la iglesia. El problema es qué hacemos después de ver esas faltas. El mundo procura exponer las faltas de otros para exaltarse a sí mismo. Pero cuando el cristiano descubre una falta, no debe aprovecharse de ella, sino cubrirla con amor. Proverbios 17:9 dice: «El que cubre la falta busca amistad; mas el que la divulga, aparta al amigo». Cubrir una falta no significa fingir que el mal nunca ocurrió ni tolerar el pecado sin hacer nada. Significa que, cuando vemos el error de alguien, no lo difundimos entre otras personas ni lo utilizamos como arma de condenación, sino que procuramos restaurar a esa persona con amor y verdad. Primera de Corintios 13:5 también dice que el amor «no guarda rencor» o «no lleva cuenta del mal». La palabra griega traducida aquí con la idea de «llevar cuenta», **logizomai**, tiene el sentido de calcular o registrar algo en un libro de cuentas. El amor no registra los errores de otra persona en el libro de cuentas del corazón para sacarlos más adelante y utilizarlos contra ella. Por eso, vaciarnos en amor se manifiesta de las siguientes maneras.

Primero, no sacamos repetidamente los errores del pasado

Cuando un matrimonio discute, no debe atacar continuamente al otro diciendo: «Tú también hiciste lo mismo antes». Cuando un compañero de trabajo comete un error, no debemos sacar errores de hace varios años para juzgar quién es esa persona hoy. Si hemos perdonado, no debemos seguir registrando aquella falta en el libro de cuentas de la condenación.

Segundo, no interpretamos precipitadamente como malas las motivaciones del otro

Es muy fácil malinterpretar las acciones de otras personas. «Seguramente dijo eso para despreciarme». «Seguramente actuó así porque no me quiere». «Está haciendo eso porque quiere quitarme mi lugar». Cuando juzgamos el corazón de otra persona basándonos en pensamientos no confirmados como estos, podemos convertir en pecado dentro de nuestra mente algo que en realidad nunca sucedió. Quien se ha vaciado de sí mismo no convierte su propio juicio en una norma absoluta. Primero pregunta: **«¿Será posible que yo haya entendido mal?»** Y, cuando sea posible, habla directamente con la persona, confirma los hechos y deja abierta la posibilidad de que el otro haya tenido una buena intención.

Tercero, no seguimos alimentando odio y resentimiento en el corazón

Si repasamos una y otra vez en nuestra mente el error de otra persona, incluso una pequeña herida puede crecer hasta convertirse en ira y resentimiento. Por eso, en vez de aferrarnos a las faltas de los demás y alimentar el odio, debemos encomendar el asunto a Dios y responder con amor. Podemos cubrir las faltas de los demás porque nosotros mismos hemos recibido primero el perdón de Dios. Dios conoce todas nuestras faltas y, sin embargo, nos ha perdonado en Cristo. Por eso, quien ha sido perdonado perdona. Quien ha recibido gracia extiende gracia. Cuanto mayor sea el perdón que hemos recibido, más debe cambiar nuestra actitud hacia las faltas de los demás.

Quien se vacía de sí mismo sirve no solo con palabras, sino con hechos

Después de lavar los pies de sus discípulos, Jesús dijo: «Ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis» (Juan 13:15). El Señor no se limitó a explicar el servicio. **Él mismo lo practicó.** Este es también un principio sumamente importante para nosotros hoy. **El vaciamiento debe demostrarse mediante acciones.**

Primera de Juan 3:18 nos exhorta: «Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad». También en aquella época había personas que afirmaban amar a sus hermanos, pero en la práctica daban la espalda a quienes estaban pasando necesidad. Juan no reconocía tal amor como verdadero. Si sabemos lo que alguien necesita y, sin embargo, no hacemos nada, no basta con decir que lo amamos (versículo 17). El amor debe manifestarse mediante acciones. Al hambriento hay que darle alimento. Debemos dedicar tiempo a acompañar al que está solo. Debemos ofrecer ayuda concreta al que está sufriendo. A quien debemos perdonar, debemos perdonarlo. Si yo soy quien debe disculparse primero, debo hacerlo primero. Si veo a alguien que necesita ayuda, no debo pasar de largo pensando: «Alguien lo hará». Estas son expresiones concretas de una vida en la que nos vaciamos y vivimos como siervos. Santiago también afirma que la fe sin obras está muerta (Santiago 2:17). El mismo principio se aplica al amor. **El amor sin obras no puede manifestar el fruto del amor en nuestra vida.** Por muy fervientemente que adoremos en la iglesia, por mucho conocimiento bíblico que tengamos y por muy hermoso que sea nuestro lenguaje espiritual, si en casa no servimos a nuestro cónyuge, en el trabajo no mostramos consideración hacia nuestros compañeros y damos la espalda al prójimo que sufre, nuestro vaciamiento todavía no se ha convertido en vida. Jesús lavó los pies de sus discípulos. Por eso debemos preguntarnos: **¿Los pies de quién debo lavar hoy?** Por supuesto, esto no significa únicamente que hoy debamos lavar literalmente los pies de otra persona. La pregunta importante es si estamos dispuestos, por amor, a hacer aquello que no queremos hacer, aquello que nadie reconocerá y aquello que nuestro orgullo se resiste a hacer. ¿Puedo ser el primero en hacer un trabajo que nadie reconoce? ¿Puedo amar primero aunque la otra persona no me haya tratado bien primero? Ante preguntas como estas se manifiesta concretamente la realidad de nuestro vaciamiento.

El vaciamiento finalmente se manifiesta en el servicio

Ahora podemos ver claramente la dirección de una vida de vaciamiento. Jesús se vació a sí mismo. El Señor que se vació tomó forma de siervo. El Señor que se hizo siervo

lavó los pies de sus discípulos. Y dijo a sus discípulos: «Como yo os he hecho, vosotros también hagáis». Por eso, el vaciamiento cristiano nunca es solamente una disciplina espiritual para beneficio personal. Es una vida en la que, cuanto más me vacío, más pueden otros ser restaurados; cuanto más me humillo, más pueden otros ser edificados; y cuanto más sirvo, más fluye el amor de Dios hacia mi prójimo. Por eso debemos preguntarnos: ¿Estoy vaciándome del deseo de ser reconocido y sirviendo aun donde nadie me ve? Cuando descubro las faltas de otra persona, ¿las expongo o recibo a esa persona con amor? ¿Amo solamente con palabras o amo mediante acciones concretas? Debemos presentarnos con sinceridad ante estas preguntas. Vaciar me de mí mismo no significa desaparecer. Tampoco significa renunciar a mi personalidad ni a mis responsabilidades. Significa vaciar de mi interior el deseo de entronizarme como rey y recibir en ese lugar la mente de Cristo. En una persona llena de la mente de Cristo, el vaciamiento produce frutos de amor y servicio. Cuando vacío mi deseo de ser el centro, puedo considerar el bien de los demás y servirlos voluntariamente. Jesús se vació a sí mismo para servirnos. Ahora nosotros, como personas que hemos recibido esa gracia, debemos vaciarnos del deseo de exaltarnos y de ser nuestros propios dueños, y vivir buscando la voluntad de Dios y el bien de nuestro prójimo antes que nuestra propia voluntad e intereses. El verdadero vaciamiento no termina simplemente renunciando a algo. Debemos llenar con la mente de Cristo el lugar que hemos vaciado y avanzar hacia una vida de servicio al prójimo con la humildad y el amor que el Señor mismo nos mostró. En definitiva, el vaciamiento cristiano no significa eliminar nuestro ser. **Significa vaciarnos del deseo de ser nuestros propios dueños y entregar a Cristo el centro de nuestra vida.**

Parte II:
Lo que debemos vaciar de nuestro
interior

Capítulo 4:

Vaciar el “orgullo”

Anteriormente vimos que Jesucristo se vació a sí mismo y tomó forma de siervo, y que el vaciamiento de quienes lo siguen como discípulos debe manifestarse en amor y servicio. A partir de ahora examinaremos, uno por uno y a la luz de la Palabra, qué cosas concretas debemos vaciar de nuestro interior. La primera es **el “orgullo”**.

Vaciarse no significa ocultar el pecado que hay dentro de nosotros. Comienza exponiéndolo y reconociéndolo delante de Dios. Cuando descubrimos orgullo, debemos presentarlo delante de Dios y apartarnos de él. Debemos exponer a la luz de la Palabra nuestro deseo de honor y reconocimiento, nuestro deseo de estar por encima de otros y nuestra obstinación en afirmar que nuestras propias ideas son correctas. Solo entonces comienza el verdadero vaciamiento.

Uno de los pecados más profundamente arraigados en la naturaleza humana caída es el orgullo. El orgullo nos hace olvidar la gracia del Dios que nos salvó y apropiarnos de la gloria que corresponde a Dios. En vez de agradecer el lugar y la gracia que Dios nos ha dado, los utilizamos como plataforma para exaltarnos. Si decimos que servimos al Señor en el trabajo, en el hogar y en la comunidad de la iglesia, pero esperamos que otros nos honren, nos enojamos cuando no se acepta nuestra voluntad, vemos claramente los defectos ajenos mientras no vemos los nuestros, debemos preguntarnos si el orgullo se ha establecido en nuestro corazón.

El orgullo no es simplemente una cuestión de tener una personalidad con mucho amor propio. Es una orientación del corazón que coloca al yo por delante de Dios y una actitud pecaminosa que intenta apropiarse de la gloria que corresponde a Dios. Por eso, si no exponemos delante de la Palabra el orgullo que hay en nosotros y no lo vaciamos, por mucho que hagamos y por muchas personas que sirvamos, será difícil vivir como siervos que poseen plenamente la mente de Cristo.

El orgullo es el corazón que me exalta por encima de Dios

Primero debemos definir claramente qué es el orgullo delante de la Palabra. Proverbios 16:5 declara que el Señor aborrece al de corazón altivo y que no quedará sin castigo. El orgullo no es simplemente un problema de actitud entre personas, sino un pecado que destruye nuestra relación con Dios. Dios es el Señor, pero yo actúo como si fuera el señor. Lo que tengo es gracia de Dios, pero me glorío como si yo mismo lo hubiera conseguido. Dios ha establecido su orden, pero yo coloco mis propios pensamientos y juicios por encima de él. Eso es orgullo. Por eso Proverbios 16:18 advierte que el orgullo precede a la destrucción y la altivez a la caída. El orgullo parece elevar a la persona, pero finalmente la derriba. Al principio puede parecer que trae éxito y honor; al final aleja de Dios, destruye las relaciones y enferma incluso el alma. Por eso debemos examinarnos. ¿Soy excesivamente sensible al reconocimiento de los demás? ¿Me siento herido cuando mi opinión no es aceptada? ¿Siento celos cuando otra persona recibe más reconocimiento que yo? ¿Me siento decepcionado cuando nadie reconoce mi esfuerzo? Cuando me señalan un error, ¿comienzo inmediatamente a justificarme? ¿Intento enseñar a los demás mientras yo mismo me niego a aprender? Si estas preguntas nos incomodan, no debemos ignorar esa incomodidad. Puede ser precisamente el momento en que Dios, mediante el espejo de su Palabra, está mostrándonos el orgullo de nuestro corazón.

El orgullo coloca mis pensamientos por encima de la Palabra de Dios

Una característica de la persona orgullosa es colocar la Palabra de Dios por debajo de sus propios pensamientos. Jeremías 43 presenta personas que, aun habiendo escuchado la Palabra de Dios, se negaron a aceptarla, acusaron al profeta de mentir y actuaron conforme a su propio criterio. Dios había dado una palabra clara por medio del profeta, pero ellos colocaron sus cálculos y juicios por encima de ella. Incluso llegaron a pensar que había una conspiración detrás del profeta. Hoy nosotros no somos muy diferentes. Cuando la Biblia o un consejo basado en ella contradice mis pensamientos, debo examinar si lo rechazo inmediatamente antes de considerarlo a la luz de la Palabra. Si cuando la Palabra choca con mis deseos intento modificarla, sospecho de las motivaciones de quien la comunica o acepto solamente lo que quiero escuchar, eso también puede ser una expresión de orgullo. La persona humilde primero se examina delante de la Palabra: “Señor, ¿qué estoy viendo incorrectamente?” “¿Qué debo vaciar?” “¿Qué quieres quebrantar dentro de mí por medio de esta Palabra?” La persona orgullosa, en cambio, primero juzga a los demás: “¿Por qué habla así esa persona?” “Esa palabra no se aplica a mí.” “Yo sé más.” El orgullo adapta la Palabra a sí mismo; la humildad se adapta a la Palabra.

El orgullo nos hace considerar pequeña la gracia de Dios

Otra característica del orgullo es dejar de reconocer como gracia lo que Dios nos ha dado. En Números 16, Coré se opuso a Moisés y Aarón. Moisés le recordó cuán grande era la gracia que Dios ya le había concedido al apartarlo para servir en el tabernáculo. El problema de Coré no era que Dios le hubiera dado poca gracia. El problema era que, habiendo recibido ya una gracia inmensa, la consideró pequeña. El orgullo hace que demos por sentado lo que tenemos. Damos por sentado el cargo que Dios nos dio, la oportunidad de servir y toda la gracia recibida. Después miramos lo que otro posee y pensamos: “¿Por qué yo no estoy en ese lugar?” En ese momento desaparece la gratitud y la comparación y la queja comienzan a ocupar el corazón. Por eso, el camino para vaciar el orgullo también comienza con la gratitud: “Señor, todo lo que tengo es gracia.” “También es gracia poder servir en este lugar.” “Mis talentos, oportunidades y relaciones me los has dado Tú.” Cuando

confesamos así, dejamos de confundir lo que tenemos en nuestras manos con nuestros propios méritos.

El orgullo destruye la comunidad

El orgullo no permanece únicamente en el corazón individual. Finalmente se extiende a la comunidad. El orgullo de Coré no terminó en una insatisfacción privada. Reunió personas y se enfrentó a Moisés y Aarón. Cuando el orgullo entra en una comunidad, crea bandos, siembra sospechas, lleva a enfrentarse con los líderes y destruye la paz. El orgullo intenta convencer a otros de que uno mismo tiene razón. Por eso, un corazón orgulloso reúne fácilmente personas a su alrededor. Comunica su descontento y siembra sospechas en el corazón de otros. Finalmente, una emoción individual se convierte en conflicto comunitario. Por eso, antes de reunir personas en la iglesia, debemos examinar nuestro corazón: “¿Estoy hablando para la gloria de Dios o estoy reuniendo personas para imponer mis sentimientos?” “¿Busco el bien de la comunidad o estoy formando mi propio grupo?” “¿Estoy intentando establecer la verdad o procurando que me reconozcan?” Debemos responder honestamente.

El orgullo se manifiesta con mayor facilidad en el éxito

El orgullo suele aparecer más fácilmente en el éxito que en el fracaso. Ezequiel 28:17 muestra que el corazón de Tiro se enorgulleció a causa de su belleza y que su sabiduría se corrompió a causa de su esplendor. Cuando la belleza, sabiduría y éxito que una persona posee dejan de producir gratitud hacia Dios y se convierten en motivo de autoexaltación, la gracia misma puede transformarse en material para el orgullo. Ezequiel 28:5 también señala que la abundancia de riquezas hizo que el corazón se enorgulleciera. Los bienes materiales y el éxito no son pecado en sí mismos. El problema es olvidar quién los dio. Deuteronomio 8:17-18 nos enseña que no debemos decir: “Mi poder y la fuerza de mis manos me han producido esta riqueza”, sino recordar al Señor, porque Él es quien da la capacidad para

producirla. Es verdad que trabajé duro. Es verdad que me esforcé. Es verdad que estudié y me preparé. Pero ¿quién me dio la vida, la salud, la sabiduría y las oportunidades para hacerlo? Dios. Por eso, cuanto mayor sea nuestro éxito, más humildes debemos ser. Si poseemos mucho, debemos agradecer más. Si hemos recibido más, debemos servir más. El éxito no debe convertirse en motivo para exaltarnos, sino para humillarnos y servir aún más.

Uzías se volvió orgulloso después de fortalecerse

Segunda de Crónicas 26 muestra claramente el fracaso del rey Uzías. Su fama se extendió porque recibió una ayuda extraordinaria hasta hacerse fuerte. Pero cuando se fortaleció, su corazón se enorgulleció y pecó contra el Señor. Detrás del éxito de Uzías estaba la ayuda de Dios. Sin embargo, después de fortalecerse, su corazón se llenó de orgullo. Esto constituye una advertencia muy importante. Cuando somos débiles buscamos a Dios, pero cuando nos fortalecemos podemos caer fácilmente en la ilusión de que podemos vivir sin Él. Cuando el negocio prospera, el ministerio crece, las personas nos reconocen, aumenta nuestra estabilidad económica o crece nuestra influencia, debemos tener aún más cuidado. En esos momentos pueden surgir fácilmente pensamientos como: “Esto ocurrió porque yo lo hice bien.” “Lo conseguí porque tengo capacidad.” “Ahora puedo encargarme yo mismo.” En ese momento comenzamos a convertir la gracia de Dios en capacidad propia. La tragedia de Uzías no consistió en hacerse fuerte, sino en olvidar, después de fortalecerse, cuál era su lugar delante de Dios.

Ezequías se enorgulleció aun después de recibir gracia

Segunda de Crónicas 32:24–25 muestra otra faceta de Ezequías. Estuvo enfermo hasta el punto de morir, oró al Señor y recibió respuesta y una señal extraordinaria. Sin embargo, después su corazón se enorgulleció y no correspondió al favor recibido. Ezequías había experimentado una gracia extraordinaria. Su oración había recibido respuesta y había

experimentado la maravillosa ayuda de Dios. Sin embargo, aun después de recibir tanta gracia, su corazón pudo volverse orgulloso. Esto nos enseña algo importante. Tener muchas experiencias espirituales no nos libera automáticamente del orgullo. Al contrario, cuanto más ha experimentado una persona la gracia, más humilde debería ser. “He experimentado esto, así que estoy bien.” “Llevo muchos años creyendo, así que estoy bien.” “He realizado mucho ministerio, así que estoy bien.” Desde el momento en que estos pensamientos entran en nuestro corazón, podemos comenzar nuevamente a exaltarnos. Por eso Pablo advierte en 1 Corintios 10:12: “El que piensa estar firme, mire que no caiga.” Precisamente el momento en que pensamos que estamos espiritualmente firmes puede ser el momento en que estamos en peligro de caer.

En lo más profundo del orgullo está la “justicia propia”

El orgullo no aparece únicamente en los bienes materiales y el éxito. Existe una forma aún más profunda y oculta de orgullo: **la justicia propia**. En Lucas 10:29, un intérprete de la ley, después de hacer una pregunta a Jesús, quiso “justificarse a sí mismo”. En lugar de reconocer su insuficiencia, intentó demostrar que él tenía razón. Esto es orgullo religioso. “Yo he hecho todo esto.” “Soy mejor que los demás.” “Yo soy diferente de esa persona.” “Conozco mejor la Biblia.” “Llevo más tiempo creyendo.” Aunque estas actitudes parezcan espirituales externamente, en su centro puede encontrarse el deseo de exaltarse. La parábola del fariseo y el publicano en Lucas 18 muestra precisamente esto. El fariseo oraba a Dios, pero en realidad se gloriaba en su propia justicia. Presentaba el ayuno y el diezmo como méritos propios y se comparaba con los demás. El publicano, en cambio, permaneció lejos, ni siquiera se atrevía a levantar los ojos al cielo, se golpeaba el pecho y oraba: “Dios, sé propicio a mí, pecador.” Jesús dijo que no fue el fariseo que se exaltaba, sino el publicano que se humilló y buscó la misericordia de Dios quien volvió a casa justificado. La persona orgullosa se aferra a su propia justicia. La persona humilde se aferra a la misericordia de Dios. La diferencia es enorme.

La Palabra es el espejo que descubre nuestro orgullo

¿Cómo podemos descubrir nuestro orgullo? Deuteronomio 17:19–20 enfatiza la necesidad de mantener cerca la Palabra de Dios, leerla durante toda la vida y vivir en el temor de Dios. De esta manera, el corazón no se elevará por encima de los hermanos. La Palabra de Dios es un espejo que ilumina nuestro corazón. El propósito de leerla no es encontrar los errores de los demás. “Esa persona necesita escuchar esto.” “Hay alguien así en nuestra iglesia.” “Hay alguien así en mi familia.” Si leemos de esta manera, podemos leer la Biblia sin descubrir nuestro propio orgullo. La Palabra debe aplicarse primero a mí. “Señor, me veo a mí mismo en esta Palabra.” “Señor, yo soy esta persona.” “Señor, este orgullo también está dentro de mí.” Cuando nos presentamos así ante la Palabra, comienza el vaciamiento. Vaciar el orgullo no significa afirmar que no soy una persona orgullosa. Significa reconocer que soy capaz de ser orgulloso y exponer diariamente ese orgullo delante de Dios.

El orgullo aparece en discusiones y conflictos

Primera de Timoteo 6:3–5 relaciona el orgullo con controversias, discusiones, envidia, conflictos, calumnias y malas sospechas. El corazón orgulloso puede obsesionarnos con discusiones innecesarias para demostrar que tenemos razón. Por eso al orgulloso le cuesta disculparse. “Me equivoqué.” Estas palabras pueden resultar muy difíciles porque pensamos que al disculparnos nos hacemos pequeños. Pero el evangelio nos enseña el camino de hacernos pequeños, porque Jesús mismo se humilló. La humildad no es derrota. La humildad es reconocer la soberanía de Dios. Es reconocer que no puedo juzgarlo todo correctamente, que no lo sé todo y que, a veces, debo escuchar a los demás.

El orgullo de la iglesia de Corinto les impidió ver el pecado como pecado

En 1 Corintios 5:1–2, Pablo reprende a la iglesia de Corinto porque, aunque existía un pecado grave entre ellos, se habían enorgullecido en lugar de lamentarlo. Este pasaje muestra otro aspecto terrible del orgullo. El orgullo no solo nos lleva a pecar; también puede impedirnos reconocer el pecado como pecado. Pecamos y nos justificamos. Hacemos mal y primero hablamos de lo que otros hicieron mal. Cuando recibimos corrección, en vez de arrepentirnos nos defendemos. Así el corazón se endurece progresivamente. La condición más temible es pecar y ya no sentir dolor por ello. “¿Qué hice mal?” “¿Acaso no hace todo el mundo algo semejante?” “Aquella persona también hizo mal. ¿Por qué solo me critican a mí?” Cuando comenzamos a justificar nuestro pecado de esta manera, el orgullo se profundiza. Por eso, quien vive una vida de vaciamiento, al descubrir su pecado, primero se arrepiente. El arrepentimiento viene antes que las excusas. Examinarse a uno mismo viene antes que juzgar a los demás. Buscar la misericordia de Dios viene antes que defenderse.

Saúl pasó de la humildad al orgullo

Cada vez que medito sobre el problema del orgullo, pienso en el rey Saúl. Saúl no fue orgulloso desde el principio. En 1 Samuel 15:17, Samuel le dijo: “Siendo tú pequeño en tus propios ojos, ¿no has sido hecho jefe de las tribus de Israel?” Al principio, Saúl se consideraba pequeño. Pero cuando llegó a ser rey y obtuvo poder, su corazón comenzó a cambiar. Aquí descubrimos una verdad muy importante. La humildad no es algo que adquirimos una vez y conservamos automáticamente para siempre. Ser humilde hoy no garantiza que mañana lo seremos. Depender de Dios hoy no garantiza que mañana dependeremos de Él. Por eso debemos examinarnos diariamente. El primer fracaso de Saúl apareció cuando la situación que tenía delante se volvió más grande para él que la Palabra de Dios. Al acercarse el ejército filisteo y dispersarse el pueblo, Saúl tuvo miedo. No pudo esperar el tiempo establecido por Dios y ofreció el sacrificio según su propio juicio. Las circunstancias dominaron la fe. Cuando sus ojos dejaron de mirar a Dios y comenzaron a mirar la situación, puso su propio juicio por encima de la Palabra. Así puede comenzar el orgullo: “La situación es demasiado urgente; no tengo alternativa.” “Yo mismo debo juzgar

y resolver esto.” “Si obedezco la Palabra, perderé.” “Hagamos una excepción solo esta vez.” Pero en el momento en que las circunstancias se vuelven mayores que la Palabra de Dios, comenzamos a depender de nosotros mismos en lugar de Dios.

Saúl exaltó su propio nombre por encima de la gloria de Dios

En 1 Samuel 15:12 encontramos otra expresión de Saúl: levantó en Carmelo un monumento para sí mismo. Si Dios había concedido la victoria, Saúl debía darle la gloria a Él. Pero levantó un monumento para sí mismo. Esta es la esencia del orgullo. Es presentar como obra propia lo que Dios hizo. Es explicar como capacidad personal la gracia que Dios dio. Es utilizar el éxito concedido por Dios para exaltar nuestro propio nombre. Más triste todavía es que, después de desobedecer a Dios, Saúl intentó conservar su honor delante del pueblo en vez de arrepentirse sinceramente. Pidió a Samuel que lo honrara delante de Israel (v. 30). La opinión de las personas se había vuelto más importante que Dios. Esta es la expresión final del orgullo: saber que estamos mal delante de Dios y, aun así, querer parecer buenos delante de las personas.

El camino para vaciar el orgullo comienza con el arrepentimiento

¿Cómo podemos volvernos del orgullo? Encontramos una respuesta importante en Ezequías. Segunda de Crónicas 32:26 dice que Ezequías “se humilló por la soberbia de su corazón”. Ezequías también se enorgulleció. Pero reconoció su orgullo y se arrepintió. Aquí hay esperanza. La meta del creyente no es poder decir: “Me he convertido en una persona que nunca es orgullosa.” La meta es convertirse en una persona que, al descubrir orgullo, inmediatamente lo lleva delante de Dios. “Señor, fui orgulloso.” “Exalté mi propio nombre.” “Deseé demasiado el reconocimiento de las personas.” “Juzgué a otros.” “Confundí tu gracia con mi propia capacidad.” “Aunque estaba equivocado, me justifiqué.” Confesamos honestamente estas cosas delante de Dios. Aquí comienza el vaciamiento. No ocultando

el pecado, sino exponiéndolo. No escondiendo el orgullo, sino reconociéndolo. No afirmando nuestra propia justicia, sino buscando la misericordia de Dios.

La humildad es una vida que se rebaja para exaltar a Dios y al prójimo

Proverbios 16:19 enseña que es mejor humillarse con los humildes que repartir despojos con los soberbios. La Biblia no enseña que la humildad sea despreciarnos a nosotros mismos. La humildad consiste en rebajarnos voluntariamente para exaltar a Dios y amar al prójimo. Jesús lo hizo. Aunque era en forma de Dios, se humilló, tomó forma de siervo y lavó los pies de sus discípulos. Por eso, vaciar el orgullo no significa simplemente pensar: “Yo no soy una persona importante.” Significa escoger el amor por encima de mis derechos. Buscar oportunidades de servir en vez de esperar un trato especial. Exaltar el nombre de Dios en vez del mío. Escoger la paz de la comunidad en vez de demostrar que tengo razón. Y alegrarme cuando otra persona es exaltada. Esta es la mente de Cristo.

Donde hay amor, el orgullo no puede permanecer

Primera de Corintios 13:4 dice: “El amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece.” Donde existe amor verdadero, el orgullo no puede permanecer. El orgullo dice: “Yo debo ser exaltado.” El amor dice: “Deseo que te vaya bien.” El orgullo dice: “Deben reconocerme.” El amor dice: “Basta con que Dios reciba la gloria.” El orgullo dice: “Debo demostrar que tengo razón.” El amor dice: “Primero procuraré comprender y servir.” El orgullo rebaja a otros para exaltarse. El amor se humilla para buscar el bien de otros. Por eso, vaciar el orgullo no consiste simplemente en reprimir el amor propio o menospreciarnos. Consiste en reconocer correctamente quiénes somos delante de Dios, confesar que toda gloria procede de Él y dejar de colocar nuestra justicia, honor y derechos en el centro de la vida. Es considerar más importante hacer la voluntad de Dios que demostrar que tengo razón, y alegrarme más de dar vida y servir a otros que de recibir

reconocimiento. En definitiva, lo contrario del orgullo no es el desprecio de uno mismo, sino **la humildad de Cristo**.

Jesús se humilló, tomó forma de siervo y obedeció la voluntad del Padre hasta la muerte de cruz. Por eso, vaciar el orgullo no significa considerarme una persona sin valor. Significa vaciarme del deseo de ser mi propio dueño y descender al lugar donde sirvo a los demás con la mente de Cristo. Esta es la esencia del **vaciamiento**. No esconder el orgullo que hay en mí, sino exponerlo delante de Dios y reconocer que gobierna mis pensamientos, palabras y acciones. Y, mientras el Espíritu Santo ilumina mediante la Palabra el orgullo de mi corazón, presentarlo uno por uno delante de Dios y pedir ser lleno de la humildad de Cristo. El orgullo dice continuamente: “Exáltate.” El evangelio dice: “Exalta a Cristo.” El orgullo dice: “Las personas deben reconocerme.” El evangelio nos permite descansar en la verdad de que **Dios nos conoce**. El orgullo dice: “Debo defender mis derechos.” Pero el amor de Cristo a veces nos lleva a vaciarnos del deseo de insistir en nuestros derechos y a escoger el bien de los demás. Por eso debemos preguntarnos diariamente: “¿Por qué estoy diciendo esto?” “¿Realmente actúo para la gloria de Dios o para proteger mi orgullo?” “¿Estoy intentando establecer la verdad o demostrar que tengo razón?” “¿Estoy hablando para ayudar a esta persona o estoy exponiendo sus errores para mostrar mi propia justicia?” Vaciar el orgullo comienza al responder honestamente estas preguntas. El orgullo es tan sutil que resulta difícil descubrirlo por nosotros mismos. Puede esconderse incluso cuando pensamos que somos humildes. Podemos juzgar y condenar fácilmente el orgullo ajeno sin ver el nuestro. Por eso, el primer paso para vaciar el orgullo no consiste en descubrir el orgullo de otros, sino en examinar primero nuestro propio corazón delante de Dios. Como David oró: “Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos”, nosotros también debemos pedir que el Espíritu Santo ilumine las profundidades de nuestro corazón (Salmo 139:23). Debemos pedir al Señor que revele incluso el orgullo que nosotros no vemos. Entonces comprendemos que el orgullo no es un pecado que existe únicamente en personas especialmente arrogantes. Habita en todo corazón humano que desea colocarse en el centro. No se es orgulloso simplemente por

ocupar una posición elevada ni solamente por poseer mucho. También quien no posee nada puede ser orgulloso. Y una persona que posee mucho puede vivir humildemente reconociendo que todo procede de Dios. Por eso, vaciar el orgullo no consiste en cambiar nuestras circunstancias externas. Consiste en vaciar el deseo de ser nuestro propio dueño y reconocer que Dios es el Señor de nuestra vida. Es no confundir la gracia recibida con nuestro propio mérito y reconocer que nuestra sabiduría, capacidades, bienes y posiciones nos han sido confiados por Dios. Una persona así no se gloría cuando tiene éxito. Cuando fracasa, no culpa a otros. Cuando recibe elogios, da gloria a Dios. Cuando recibe corrección, primero se examina. Cuando descubre la falta de otro, muestra misericordia en vez de condenarlo. Aunque servir le cueste algo, busca cómo servir con amor. Estos son los frutos que aparecen en quien se ha vaciado del orgullo. Vaciar el orgullo, finalmente, no significa eliminar el “yo”, sino confiar ese “yo” completamente a Dios. Y llenar el lugar vacío con la mente de Cristo. Buscar la voluntad de Dios antes que la mía, la gloria de Dios antes que la mía y el bien del prójimo antes que mis derechos. Por eso debemos orar hoy nuevamente: **“Señor, vacía de mí el deseo de demostrar que tengo razón. Vacía de mí el deseo de recibir reconocimiento de las personas. Vacía de mí el deseo de exaltar mi propio nombre. Vacía de mí el deseo de insistir en mis derechos.**

Y llena ese lugar vacío con la humildad y el amor de Cristo.” Cuando esta oración se convierte en nuestra vida, el orgullo comienza poco a poco a perder su poder. Entonces descendemos al lugar del siervo que Jesús nos mostró y nos convertimos en personas que sirven al prójimo no solamente con palabras, sino con su vida.

Principios y pautas prácticas para vaciar el “orgullo”

¿Cómo podemos, entonces, vaciar el orgullo en nuestra vida cotidiana? El orgullo no desaparece mediante una sola decisión. Por eso debemos examinar diariamente nuestro corazón con la ayuda de la Palabra y del Espíritu Santo. Los principios y pautas para practicar el vaciamiento del orgullo en el hogar, la iglesia y el trabajo pueden resumirse así:

1. Cuando descubra orgullo, arrepíentase inmediatamente delante de Dios.

Así como Ezequías, rey de Judá, se arrepintió sinceramente del orgullo de su corazón, reconozca que no puede vencer el orgullo con sus propias fuerzas y pida al Espíritu Santo que le permita verlo y arrepentirse (2 Crónicas 32:26).

2. Cuanto mayor sea su éxito, dé gloria a Dios en vez de exaltar su propio nombre.

Cuando obtenga buenos resultados en el trabajo o en el ministerio, no los utilice para exaltar su capacidad o su nombre. En vez de levantar un monumento para sí mismo como Saúl, reconozca que todo ha sido gracia de Dios y dé a Dios toda gratitud y gloria (1 Samuel 15:12).

3. Reciba con gratitud el lugar y la misión que Dios le ha confiado.

No desprecie, como Coré, el lugar que Dios le ha dado mientras desea una posición superior. En la iglesia y en el trabajo, reciba su lugar y responsabilidad como gracia de Dios y, en vez de querer enseñar siempre, aprenda también a recibir enseñanza y a servir (Números 16:9).

4. No convierta su vida espiritual en fundamento para jactarse de su propia justicia.

Guárdese de la actitud del fariseo que utilizó su ayuno y diezmo como fundamento de su propia justicia para juzgar a otros. En vez de gloriarse en sus años de fe, conocimiento bíblico, servicio o dedicación, busque la misericordia de Dios como el publicano (Lucas 18:13).

5. Escoja el lugar humilde del servicio antes que el lugar elevado del reconocimiento.

En vez de buscar posiciones donde las personas lo reconozcan y exalten, humille su corazón y esté con los humildes. En el hogar, en la iglesia y en el trabajo, sirva voluntariamente aun en lugares donde nadie lo reconozca (Proverbios 16:19). Sin embargo, hay algo que nunca debemos olvidar. No podemos vaciarnos del orgullo solamente mediante nuestra voluntad y esfuerzo. Incluso el pensamiento **“Con mis propias fuerzas me convertiré en una persona humilde”** puede transformarse en otra forma de orgullo. Por eso necesitamos la gracia de Dios y la ayuda del Espíritu Santo también para vaciar el orgullo.

El verdadero vaciamiento no consiste en una disciplina ascética mediante la cual intentamos humillarnos por nuestras propias fuerzas. Consiste en reconocer nuestra debilidad delante de Dios y entregarnos al gobierno de su Palabra y de su Espíritu. Al mantener cerca la Palabra y vivir en el temor de Dios, el Espíritu Santo revela nuestro orgullo y nos ayuda a aprender la humildad de Cristo (Deuteronomio 17:19–20). Por eso debemos orar diariamente: **“Señor, muéstrame el orgullo que hay en mí y haz que me arrepienta delante de la cruz. Ayúdame a no depender de mis propias fuerzas, sino a buscar la ayuda del Espíritu Santo. Vacía de mí el deseo de ser mi propio dueño.”** Vaciar el orgullo es un camino de discipulado en el que dependemos de la gracia de Dios y, al mismo tiempo, obedecemos esa gracia humillándonos diariamente. Cuando el Espíritu Santo nos ayuda,

podemos vivir en el hogar, la iglesia y el trabajo no exaltándonos a nosotros mismos, sino exaltando a Cristo y sirviendo a los demás con amor.

Capítulo 5:

Vaciar la “codicia”

En el capítulo anterior examinamos, mediante el vaciamiento del “orgullo”, el corazón que intenta exaltarse por encima de Dios y anteponer su propia voluntad. Ahora, en el capítulo 5, examinaremos la “codicia”, que junto con el orgullo se apodera profundamente de nuestra alma, nos impide estar satisfechos con Dios y nos lleva a aferrarnos continuamente a las cosas del mundo. Debemos presentarnos honestamente delante de la Palabra de Dios, enfrentar la verdadera naturaleza de la codicia que habita en nosotros y aprender cómo vaciarla.

El Dr. Hee-dae Lee, quien fue director del centro oncológico de un gran hospital general, explicó en cierta ocasión las características fisiológicas de las células cancerosas comparándolas con un principio espiritual. Según los principios médicos, las células normales del cuerpo deben crecer y morir repetidamente siguiendo un orden determinado. Sin embargo, cuando se producen mutaciones genéticas anormales, pueden aparecer células deformadas que no mueren y continúan creciendo sin límite. Estas son las células cancerosas. Lo verdaderamente temible de las células cancerosas es que, para continuar expandiéndose y creciendo, acaparan incluso los valiosos nutrientes que deberían recibir las células normales. Se extienden por el cuerpo, arrebatando y consumiendo los nutrientes destinados a otras células. Considerada espiritualmente, esta característica nos recuerda la codicia, que procura continuamente poseer más y termina destruyendo también aquello que la rodea. Santiago 1:15 declara un principio espiritual muy claro: “Después que la concupiscencia ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte.” Debemos reconocer honestamente que el monstruo de la

codicia contra el cual advierte la Biblia posee una naturaleza adictiva que jamás puede ser satisfecha por ninguna cantidad de posesiones o riquezas de este mundo.

La codicia nos impide estar satisfechos con la gracia que Dios nos ha dado

Números nos muestra la trágica realidad de los israelitas en el desierto, quienes no agradecieron la gracia del maná recibido de lo alto y quedaron atrapados por deseos interminables. Números 11:4 y 20 relata cómo comenzaron a desear carne y a lamentar haber salido de Egipto. Influidos por quienes vivían entre ellos, los israelitas comenzaron a codiciar lo mismo que ellos. Así también la codicia puede transmitirse mediante las corrientes mundanas y penetrar profundamente en el corazón de los creyentes. Ya no estuvieron satisfechos con el glorioso maná celestial que Dios les daba cada día. Lloraron, se quejaron y exigieron carne a Moisés. Su codicia distorsionó su juicio hasta hacerlos añorar Egipto, donde habían vivido miserablemente como esclavos. Recordaban como tiempos mejores el pescado, los pepinos, melones, puerros, cebollas y ajos que comían allí, y llegaron a considerar mejor aquel lugar de esclavitud que el desierto presente. La Escritura describe este desprecio por la gracia de la salvación y esta nostalgia por la abundancia del mundo como desprecio hacia el Señor que habitaba entre ellos. Dios les envió codornices hasta que se hartaron. Pero la codicia no satisface; puede conducir al juicio y a la destrucción. Antes de que terminaran de masticar la carne, Dios los hirió con una plaga. Allí fueron sepultados quienes habían despreciado el maná y no habían abandonado su codicia. Por eso aquel lugar recibió el nombre de **Kibrot-hataava**, “sepulcros de la codicia” (Nm. 11:34). La codicia no satisface el corazón. Finalmente se convierte en un ídolo que devora y destruye a quien la sirve.

La codicia lleva a arrebatarse incluso los derechos de los demás

Más temible todavía es que la codicia no permanece únicamente en el corazón individual, sino que puede perjudicar los derechos y la vida de otras personas. Lo vemos claramente en el rey Acab. Acab codició la viña de Nabot porque quería convertirla en huerto. Nabot rechazó su petición para obedecer la ley de Dios acerca de la heredad de sus antepasados. Cuando su deseo fue rechazado, Acab volvió disgustado al palacio, se acostó, volvió el rostro y se negó a comer (1 R. 21:3–4). Cuando una persona dominada por la codicia no obtiene el beneficio que desea porque otra persona permanece fiel a los principios de Dios, puede reaccionar con resentimiento y enojo. Por eso, si nos enojamos simplemente porque no obtuvimos los ingresos o beneficios que deseábamos, debemos preguntarnos si ya estamos siendo dominados por la codicia. Jesús advierte en Lucas 12:15: “Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee.” Debemos vigilar diariamente nuestro corazón. Si dejamos la codicia sin vaciarla, puede terminar convirtiéndose en la chispa de una tragedia que destruya incluso nuestra familia.

La codicia destruye la familia y la comunidad

Jezabel, quien debería haber detenido la codicia de Acab, se unió a ella y prometió apoderarse de la viña de Nabot (1 R. 21:7). Proverbios 14:1 dice: “La mujer sabia edifica su casa; mas la necia con sus manos la derriba.” Jezabel llegó a fabricar acusaciones falsas contra Nabot, un hombre justo y fiel. Contrataron testigos perversos para afirmar falsamente que Nabot había maldecido a Dios y al rey. Finalmente lo sacaron de la ciudad y lo apedrearon hasta matarlo (1 R. 21:13–15). La codicia no termina simplemente con el deseo de “tener más”. Cuando no se controla, puede violar los derechos y la reputación de otras personas e incluso terminar quitándoles la vida. Lo mismo puede suceder hoy. Si por aumentar nuestros ingresos o asegurar nuestra posición difamamos, expulsamos o herimos injustamente a un compañero fiel que actúa conforme a principios, debemos preguntarnos con temor si nuestro corazón se está contaminando con la codicia de Acab y Jezabel.

La codicia roba el contentamiento y produce queja

Eclesiastés 7:7 advierte que la codicia puede volver necio aun al sabio y corromper su entendimiento. Quien está dominado por la codicia se impacienta y se enoja fácilmente cuando no obtiene lo que desea. Eclesiastés 7:8–9 enseña que la paciencia es mejor que el orgullo y que no debemos apresurarnos a enojarnos. Quien olvida el verdadero vaciamiento y queda cegado por la codicia intenta satisfacer inmediatamente sus deseos en lugar de esperar con paciencia la obra soberana de Dios. Cuando las cosas en el trabajo o el hogar no suceden según su voluntad, se queja y se enoja. Además, quien está contaminado por la codicia vive atrapado en la insatisfacción. Eclesiastés 7:10 advierte que no es sabio preguntar por qué los tiempos pasados fueron mejores. La persona dominada por la codicia pregunta continuamente: “¿Por qué mi situación actual es peor que antes?” No agradece la gracia que Dios concede hoy, sino que vive añorando su antigua prosperidad. Pero comparar continuamente nuestras posesiones y perseguir glorias pasadas sin agradecer la gracia presente no es la verdadera sabiduría bíblica.

La codicia disfrazada de religión

Una de las expresiones más repugnantes y sutiles de la codicia cristiana consiste en aparentar exteriormente una vida santa y dedicada a Dios mientras interiormente se adora el dinero. Lucas 16:14–15 presenta a los fariseos como **amantes del dinero**. Exteriormente parecían guardar fielmente la ley, pero interiormente amaban las riquezas y procuraban justificarse delante de las personas. También hoy existe el peligro de identificar excesivamente el éxito material con la bendición de Dios y justificar la codicia en nombre de la fe. El crecimiento externo o la abundancia económica de una iglesia no demuestran automáticamente el favor de Dios. Tampoco una persona debe recibir autoridad espiritual especial simplemente por poseer dinero o posición social. La iglesia debe valorar la fe, el carácter y el fruto del servicio por encima de la riqueza y la influencia social. Debemos preguntarnos si detrás de expresiones como “la gracia de Dios”, “respuesta a la oración” o

“crecimiento de la iglesia” se esconden deseos de dinero y poder. El hecho de que algo siga procedimientos legales tampoco significa necesariamente que sea justo delante de Dios. El Señor examina el corazón y las motivaciones escondidas. Por eso debemos descubrir y vaciar primero la codicia escondida en nuestro propio corazón antes de juzgar a otros. Isaías 56:11 advierte severamente contra los líderes espirituales que buscan su propio beneficio y “nunca tienen suficiente”. Si pastores y líderes encargados de cuidar el rebaño de Dios concentran su corazón en aumentar su riqueza personal, se apartan de la misión recibida. Cuando incluso el ministerio se utiliza como medio de beneficio personal, la codicia de un líder puede herir profundamente a toda la comunidad. Jesús dijo a los fariseos en Lucas 11:39 que limpiaban el exterior de la copa mientras interiormente estaban llenos de codicia y maldad. Exteriormente parecían limpios; interiormente reinaba la codicia.

El significado de la codicia contenido en “harpagē”

La palabra griega traducida como “codicia” en Lucas 11:39 es **harpagē (ἄρπαγή)**. No significa únicamente querer poseer más, sino también arrebatar o explotar lo que pertenece a otra persona para hacerlo propio. Por eso la codicia denunciada por Jesús no se limita al pensamiento: “Quiero un poco más.” Cuando crece, puede llevarnos a violar los derechos y posesiones de otros para obtener nuestro propio beneficio. Si alguien parece piadoso exteriormente pero utiliza y sacrifica a otras personas para su propio provecho, esa es precisamente la codicia religiosa contra la cual advirtió Jesús. Por eso la codicia es particularmente peligrosa para pastores y líderes. Podemos decir que amamos a Dios y, al mismo tiempo, depender del dinero más que de Él. Podemos proclamar desde el púlpito: “Te amo, oh Jehová, fortaleza mía” (Sal. 18:1), pero si en la vida real consideramos el dinero nuestra fuerza, seguridad y garantía del futuro, debemos examinar honestamente nuestro corazón. El verdadero arrepentimiento no termina en palabras. Como Juan el Bautista dijo: “Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento” (Mt. 3:8). Arrepentirse de la codicia significa rechazar ganancias injustas, administrar honestamente los bienes y compartir con otros aquello que Dios nos ha confiado. Lucas 16:14 llama a los fariseos “**amantes del**

dinero.” La expresión procede del griego **philargyroi (φιλάργυροι)** y significa literalmente “personas que aman el dinero”. Exteriormente parecían servir a Dios, pero interiormente amaban el dinero más que a Dios. Esto nos plantea una pregunta: **¿Realmente amo a Dios?** ¿O digo que creo en Dios mientras en realidad confío más en la seguridad y el poder que proporciona el dinero? Para vaciar la codicia debemos volver nuestra mirada hacia la Palabra. Salmo 119:11, 36–37 pide que nuestro corazón se incline hacia los testimonios de Dios y no hacia la codicia, y que nuestros ojos se aparten de cosas vanas. Cuando nuestro corazón se aleja de la Palabra, nuestros ojos se dirigen fácilmente hacia las riquezas del mundo. Cuando guardamos la Palabra y nos examinamos delante de ella, el Espíritu Santo nos muestra qué amamos y en qué confiamos. Por eso vaciar la codicia no consiste simplemente en poseer menos dinero, sino en volver nuestro corazón y nuestra mirada hacia Dios. Primera de Timoteo 6:10 advierte que **el amor al dinero** es raíz de toda clase de males. El problema no es el dinero en sí, sino amarlo. Cuando comenzamos a amarlo, deja de ser una herramienta confiada por Dios y se convierte en un amo que gobierna nuestro corazón. La codicia susurra: “Con un poco más quedarás satisfecho.” Pero la codicia no tiene fin. Cuanto más poseemos, más queremos poseer. Por eso, si no vaciamos la codicia, ninguna cantidad de bienes nos dará verdadero contentamiento.

Debemos guardarnos de la codicia aun en la abundancia

En tiempos de dificultad podemos buscar a Dios con mayor fervor. Pero nuestra fe también es probada en la abundancia. Cuando aumentan los ingresos y vivimos cómodamente, podemos olvidar que todo procede de la gracia y comenzar a confiar en nuestra capacidad y nuestros bienes. La abundancia no es pecado. También debemos agradecer las bendiciones materiales. Pero cuando la abundancia aleja nuestro corazón de Dios y despierta el deseo de acumular más, puede convertirse en peligro espiritual. El dinero no es el propósito de la vida. Es una herramienta confiada por Dios para atender nuestras necesidades, cuidar de nuestra familia, amar al prójimo y cumplir la misión del evangelio. El problema comienza cuando el dinero deja de ser herramienta y se convierte

en amo. Entonces no utilizamos nosotros el dinero; el dinero comienza a gobernarnos. Jesús enseñó la importancia de utilizar correctamente las riquezas (Lc. 16:9). La pregunta decisiva no es cuánto poseemos, sino **para quién y para qué utilizamos aquello que Dios nos ha confiado.**

Debemos vaciar la codicia y aprender el contentamiento

¿Cómo debemos vivir en un mundo lleno de tentaciones materiales? Quienes confesamos a Jesús como Salvador debemos vaciar de nuestro corazón la codicia que el mundo fomenta continuamente. No debemos entregar nuestro corazón al mensaje de que necesitamos más para ser felices, más que los demás para sentirnos seguros y mayores ahorros para garantizar nuestro futuro. Como Jesús se vació a sí mismo y obedeció hasta la muerte, nosotros debemos vaciar diariamente el deseo de poseer más y de ser nuestros propios dueños. Y el corazón vaciado debe ser llenado con Cristo. Debemos aprender a estar satisfechos no por la abundancia material, sino por Jesucristo mismo. Debemos recordar el regalo de la vida eterna recibido gratuitamente en Cristo (Ro. 6:23) y el amor de Dios del cual nada puede separarnos (Ro. 8:38–39). Aunque las circunstancias del hogar o del trabajo sean diferentes de nuestras expectativas, debemos recordar la gracia ya recibida y dar gracias. Y cuando disfrutamos abundancia, debemos recibirla como algo confiado por Dios. Vaciar la codicia no significa tirar el dinero ni alejarnos de los bienes materiales. Significa impedir que el dinero sea el amo de nuestro corazón y reconocer que Dios es el Señor de nuestra vida. Quien vacía la codicia utiliza sus bienes con gratitud, comparte con quienes necesitan y los pone voluntariamente al servicio de la misión de Dios. No busca satisfacción en poseer más, sino que aprende a estar satisfecho con la gracia ya recibida en Cristo. La codicia dice continuamente: **“Necesitas tener más.”** La fe confiesa: **“En Cristo ya tengo suficiente.”** Este es el camino de **vaciar la codicia** que debemos practicar diariamente en el hogar, el trabajo y la iglesia.

Principios y pautas prácticas para vaciar la “codicia”

¿Cómo podemos vaciar la codicia en nuestra vida cotidiana? La codicia no desaparece mediante una sola decisión. Debemos examinar diariamente nuestro corazón, utilizar correctamente los bienes que Dios nos ha confiado y permanecer vigilantes para que el deseo de poseer más no se convierta en el amo de nuestro corazón.

1. Aprenda el contentamiento con lo que Dios le ha dado.

La codicia susurra: “Con un poco más quedarás satisfecho.” Pero poseer más no significa necesariamente estar más satisfecho. No permita que la cantidad de sus posesiones determine su contentamiento. Recuerde la gracia que Dios ya le ha dado y aprenda el verdadero contentamiento en Jesucristo. Antes de pensar: “Lo que tengo no es suficiente”, piense: “¡Cuánta gracia me ha dado ya Dios!” El contentamiento no significa no desear absolutamente nada. Es la disciplina de fe que agradece lo que Dios ha permitido tener y se niega a permitir que el deseo de más gobierne la vida.

2. Practique compartir y dar en vez de aferrarse.

La codicia cierra la mano; el amor la abre. No utilice los bienes que Dios le ha confiado únicamente para su satisfacción y placer. Utilícelos voluntariamente para cuidar de su familia, amar al prójimo y ayudar a quienes atraviesan dificultades. El diezmo, la ayuda al necesitado y el compartir pueden servir como disciplinas. No son simplemente actos religiosos de entregar dinero, sino confesiones vividas de que todo pertenece a Dios y nosotros somos administradores de aquello que Él nos ha confiado. Compartimos no porque odiamos el dinero, sino porque nos negamos a permitir que se convierta en el amo de nuestro corazón.

3. Examine diariamente sus deseos delante de la Palabra.

Cuando el corazón se aleja de la Palabra, la mirada se dirige fácilmente hacia las riquezas y el éxito. Pregúntese: “¿Por qué deseo tener más de esto?” “¿Realmente lo necesito o simplemente quiero tener más que otros?” “¿Esta decisión utiliza sabiamente lo que Dios me ha confiado o simplemente satisface mi codicia?” Aprenda a distinguir entre necesidad y deseo. No compre inmediatamente todo lo que desea. Espere. Reduzca gastos innecesarios. Disminuya un poco las expectativas de su estilo de vida. Utilice con gratitud lo que ya posee. Estas son prácticas concretas para vaciar la codicia.

4. Escoja la honestidad en todo lo relacionado con el dinero.

El verdadero arrepentimiento produce cambios en la vida. No justifique el amor al dinero mediante expresiones como “la gracia de Dios” o “respuesta a la oración”. No abandone la honestidad para obtener mayores ganancias. No arrebate la parte que corresponde a otros ni obtenga beneficios injustamente. Administre honestamente ingresos y gastos. Trabaje y gane dinero de maneras de las cuales no tenga que avergonzarse delante de Dios. Esto también se aplica a la iglesia y al ministerio. No utilice la obra de Dios para obtener beneficio o prestigio personal. Administre de manera honesta y transparente las finanzas y recursos confiados por Dios. El arrepentimiento de la codicia se manifiesta rechazando ganancias injustas, trabajando honestamente y respetando los derechos de otros.

5. Recuerde la gracia ya recibida y dé gracias.

A la codicia y a la gratitud les resulta difícil gobernar simultáneamente el mismo corazón. La codicia mira lo que falta. La gratitud mira la gracia ya recibida. Cuando la situación económica sea difícil, recuerde la gracia que Dios le ha concedido hasta hoy. Cuando aumenten sus ingresos, no piense que todo se debe únicamente a su capacidad;

recuerde que es gracia. En el hogar, en vez de compararse con otras familias, agradezca lo que Dios ha dado a la suya. En el trabajo, en vez de quejarse por el cargo o los ingresos de otros, reciba con gratitud el trabajo y las oportunidades que Dios le ha confiado. Cuanto más profunda sea nuestra gratitud, más se vaciará el deseo de poseer más. Sin embargo, debemos recordar algo esencial: No podemos vaciar la codicia únicamente mediante nuestra voluntad y esfuerzo. Incluso pensar **“Venceré la codicia con mis propias fuerzas”** puede convertirse en otra forma de justicia propia.

Necesitamos la gracia de Dios y la ayuda del Espíritu Santo. Esto no significa permanecer pasivos. Cuando el Espíritu Santo revela nuestra codicia mediante la Palabra, debemos reconocerla y arrepentirnos. Debemos abrir la mano cerrada. Rechazar ganancias injustas. Compartir lo que poseemos. Practicar realmente la gratitud y el contentamiento. La gracia de Dios no nos hace pasivos; nos mueve a obedecer voluntariamente. Por eso, vaciar la codicia no consiste en transformarnos por nuestra propia fuerza, sino en depender de la gracia y obedecer diariamente la dirección del Espíritu Santo. Podemos orar: **“Señor, muéstrame la codicia que hay en mí y llévame al arrepentimiento. No permitas que el deseo de poseer más gobierne mi corazón y vacía de mí el deseo de ser mi propio dueño. Ayúdame a agradecer la gracia que ya me has dado y a vivir contento. Ayúdame a utilizar honestamente los bienes que me has confiado y a compartirlos voluntariamente. Espíritu Santo, ayúdame a amar a Dios más que al dinero y a confiar en el Señor más que en las riquezas.”**

Entregar así nuestros pensamientos, emociones y voluntad a Dios y obedecer la dirección del Espíritu Santo es el camino práctico para vaciar la codicia. Vaciar la codicia no significa simplemente alejarnos del dinero o poseer menos. Significa devolver a Dios el lugar de nuestro corazón que había ocupado el dinero. Significa reconocer que no soy dueño absoluto de mis bienes, sino administrador de aquello que Dios me ha confiado. El propósito del vaciamiento no es convertirnos en personas vacías. Es vaciar el deseo de poseer más y llenar ese lugar con Cristo. Es vivir satisfechos en Cristo, utilizar con gratitud

lo que Dios nos ha confiado, compartir con quien necesita y ofrecer voluntariamente nuestros recursos para la misión del reino de Dios. La codicia dice continuamente: **“Debes tener más.”** La fe confiesa: **“En Cristo ya tengo suficiente.”** Este es el camino de **vaciar la codicia** que debemos practicar cada día en el hogar, la iglesia y el trabajo.

Capítulo 6:

Vaciar la “hipocresía”

En los capítulos anteriores examinamos cómo debemos vaciar el orgullo que busca exaltarse por encima de Dios y la codicia que, al no estar satisfecha con Dios, desea poseer cada vez más. Ahora vamos a examinar otro pecado profundamente arraigado: **la hipocresía**.

La hipocresía es el deseo de mostrar a los demás una imagen de nosotros mismos diferente de quienes realmente somos. Es albergar una cosa en el corazón mientras exteriormente actuamos como si pensáramos de otra manera. Es preocuparnos más por la evaluación de las personas que por Dios y adornar nuestra fe de acuerdo con esa preocupación. Por eso, vaciar la hipocresía no comienza intentando parecer mejores cristianos delante de los demás. Comienza, más bien, mirando sin ocultamientos nuestra verdadera condición delante de Dios. Podemos engañar a las personas. Hasta cierto punto podemos controlar la imagen que presentamos ante ellas. Pero ninguna máscara sirve delante de Dios, porque Él conoce no solo lo que las personas ven, sino también los pensamientos y las motivaciones del corazón. Por lo tanto, la primera pregunta para vaciar la hipocresía no es: «**¿Cómo me ven las personas?**» sino: «**¿Cómo me ve Dios en este momento?**» Presentarnos honestamente ante esta pregunta es el comienzo de vaciar la hipocresía.

No utilice la Palabra como instrumento para satisfacer sus propios deseos

En los Evangelios, Jesús reprendió severamente la hipocresía de los fariseos. Ellos conocían bien la Palabra de Dios y eran celosos en guardar la ley. Sin embargo, el problema era que conocer la Palabra y obedecerla se habían separado. En Lucas 16:18 Jesús habla acerca del divorcio. Entre los líderes religiosos de aquella época había quienes utilizaban la enseñanza acerca del certificado de divorcio de Deuteronomio 24 según sus propios deseos. En vez de recibir la Palabra de Dios para vaciar sus propios deseos y obedecerle, la utilizaban para justificar aquello que querían. Esta es una manifestación de la hipocresía. Exteriormente podemos afirmar: «La Biblia dice esto», mientras en realidad utilizamos la Palabra para proteger nuestros deseos e intereses. En vez de ajustar nuestra vida a la Palabra, ajustamos la Palabra a nuestra manera de pensar. Nosotros tampoco estamos libres de este peligro. Es necesario valorar la doctrina, la tradición y las normas de la iglesia. Pero no debemos utilizarlas como instrumentos para proteger nuestra posición y nuestros intereses, ni para condenar imprudentemente a quienes piensan de manera diferente. La Palabra de Dios debe iluminarme primero a mí. Antes de dirigirla hacia otra persona, debe dirigirse hacia mi propio corazón. Antes de utilizarla para descubrir los errores ajenos, debo examinar qué necesito arrepentir delante de esa misma Palabra. Conocer mucho de la Biblia no nos protege automáticamente de la hipocresía. Por el contrario, si conocemos mucho la Palabra pero no nos examinamos a nosotros mismos a su luz, incluso el conocimiento bíblico puede convertirse en una máscara que oculta nuestra hipocresía. Por eso debemos preguntarnos continuamente: **«¿Estoy procurando obedecer la Palabra, o estoy utilizando la Palabra para justificar mis propios pensamientos?»**

La hipocresía es como una máscara que oculta nuestro verdadero rostro

La palabra griega del Nuevo Testamento para “hipócrita”, **hypokritēs (ὕποκριτής)**, se utilizaba originalmente para referirse a un actor que representaba el papel de otra persona en un escenario. El actor no muestra en el escenario su verdadera identidad, sino el personaje que le corresponde representar. Esta imagen nos ayuda a comprender la hipocresía. La fe hipócrita procura mostrar a las personas una imagen diferente de quienes

realmente somos. Podemos tener odio en el corazón mientras actuamos como personas amorosas. Podemos decir que hemos perdonado cuando en realidad no hemos perdonado. Podemos depender más del dinero y del prestigio que de Dios mientras intentamos parecer personas que confían únicamente en Él. Podemos hablar piadosamente en la iglesia y tratar descuidadamente a nuestra familia en casa. Podemos predicar sobre el perdón desde el púlpito mientras conservamos durante años odio en nuestro corazón. Podemos hablar amablemente delante de alguien y hablar mal de esa persona a sus espaldas. Exteriormente podemos felicitar el éxito de alguien mientras interiormente deseamos que fracase. Este es precisamente el peligro de la hipocresía: **La persona que soy delante de la gente y la persona que soy delante de Dios se van convirtiendo cada vez más en dos personas diferentes.** Jesús comparó a los fariseos con sepulcros blanqueados: hermosos por fuera, pero llenos por dentro de huesos de muertos e inmundicia. El problema que el Señor señaló no era el hecho de limpiar el exterior. El problema era limpiar el exterior mientras se dejaba intacto el interior. La fe no consiste en decorar la imagen que mostramos a los demás. Consiste en contemplar honestamente delante de Dios la verdadera condición de nuestro corazón, arrepentirnos del pecado que hay en él y ser transformados por la gracia de Cristo.

La hipocresía no solo engaña a otros; finalmente también nos engaña a nosotros mismos

Judas Iscariote muestra hasta qué profundidad puede llegar la hipocresía. Ya había decidido entregar a Jesús. Sin embargo, cuando Jesús dijo que uno de los discípulos lo traicionaría, Judas preguntó junto con los demás: «¿Soy yo, Maestro?» (Mt. 26:25). En su corazón ya había decidido traicionarlo, pero exteriormente actuaba como un discípulo que no sabía nada. La hipocresía puede comenzar engañando a otros. Pero cuando vivimos durante mucho tiempo detrás de una máscara, finalmente comenzamos a engañarnos también a nosotros mismos. Podemos comenzar a confundir la imagen que mostramos a los demás con nuestra verdadera condición espiritual. Si durante muchos años las

personas de la iglesia nos han considerado fieles, podemos llegar a pensar que esa evaluación constituye nuestra fe. Un pastor puede predicar bien y recibir reconocimiento de muchas personas y, por esa razón, pensar equivocadamente que su propia alma también está sana. Un líder puede pensar que, por haber servido durante muchos años en la iglesia, casi no tiene nada de qué arrepentirse. Pero la evaluación de las personas no puede ser la medida definitiva de nuestra condición espiritual. Lo importante es **quién soy delante de Dios**. Lo que pienso cuando nadie me observa, cómo trato a mi familia, cómo utilizo el dinero, cómo reacciono interiormente ante el éxito o el fracaso de otra persona, y si me arrepiento o me justifico cuando se descubre mi error, todo esto revela quién soy realmente. Por eso, vaciar la hipocresía no debe terminar simplemente mejorando la imagen que mostramos a los demás. Debemos llegar hasta el punto de encontrarnos honestamente con nuestro verdadero yo delante de Dios.

Dios ve no solo nuestras acciones, sino también nuestras motivaciones

Jesús dijo en Lucas 12:2: «Nada hay encubierto, que no haya de descubrirse; ni oculto, que no haya de saberse». Podemos esconder nuestro corazón de otras personas. También podemos ocultar los deseos que se esconden detrás de nuestras buenas acciones. Pero no podemos ocultarlos de Dios. El apóstol Pablo dice en 1 Corintios 4:5 que el Señor «aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones». Dios no mira solamente **qué** hicimos, sino también **por qué** lo hicimos. Podemos haber ayudado a alguien, pero quizá nuestro mayor deseo era recibir reconocimiento. Podemos haber servido diligentemente en la iglesia mientras en nuestro interior deseábamos proteger nuestra posición. Podemos haber dicho algo correcto, pero con el deseo de vencer a la otra persona en lugar de restaurarla. Por eso, vaciar la hipocresía no consiste simplemente en corregir nuestras acciones. Consiste en examinar delante de Dios las motivaciones escondidas detrás de ellas. Debemos preguntarnos: **«¿Cuál es la verdadera razón por la que estoy haciendo esto?» «¿Lo hago para agradar a Dios o para recibir reconocimiento de las personas?» «¿Estoy hablando para restaurar a esta persona o para demostrar**

que yo tengo razón?» «¿Lo hago por el bien de la comunidad o para proteger mi posición y mi reputación?» Presentarnos honestamente ante estas preguntas es una disciplina importante para vaciar la hipocresía.

Debemos ver primero la hipocresía que hay en nosotros antes que la hipocresía de los demás

Al leer las enseñanzas bíblicas sobre la hipocresía debemos tener especial cuidado de no pensar inmediatamente en otras personas. «Esa persona es como un fariseo». «Ese pastor es hipócrita». «Esa persona dice una cosa y hace otra». Pero las palabras de Jesús acerca de la hipocresía no fueron dadas principalmente para juzgar a otros. Son palabras que primero deben iluminarnos a nosotros mismos. Jesús dijo en Mateo 7:5: «¡Hipócrita! Saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás bien para sacar la paja del ojo de tu hermano». El hipócrita es sensible a la paja del ojo ajeno, pero insensible a la viga que hay en el suyo. Ve grandes los errores de los demás y pequeños los propios. Exige normas elevadas a otros mientras se concede a sí mismo muchas razones y excepciones. Por eso, el primer paso para vaciar la hipocresía no consiste en descubrir la hipocresía de otros, sino en reconocer la que existe dentro de nosotros. «Señor, juzgué a los demás y no vi el pecado que había en mí». «Señor, apliqué tu Palabra a los demás, pero no me la apliqué a mí mismo». «Señor, quise parecer más piadoso de lo que realmente soy para recibir la aprobación de las personas». Debemos reconocer honestamente nuestra verdadera condición delante de Dios. Antes de convertirse en una espada para herir a otros, la Palabra debe convertirse en un espejo que me muestre a mí mismo.

Exigir a otros lo que nosotros mismos no practicamos es hipocresía

Otra manifestación de la hipocresía farisaica consiste en exigir a los demás que vivan conforme a la Palabra mientras nosotros mismos no la practicamos. Decimos a otros que amen mientras nosotros no amamos. Decimos que perdonen mientras nosotros no

perdonamos. Exigimos que sirvan mientras nosotros no servimos. Condenamos la codicia ajena mientras nosotros mismos no vaciamos nuestra propia codicia. Esta hipocresía puede manifestarse fácilmente en la familia. Los padres pueden decir a sus hijos que lean la Biblia mientras ellos mismos no se acercan a la Palabra. Pueden enseñarles a ser honestos mientras se niegan a reconocer sus propios errores. Pueden exigirles que pidan perdón mientras ellos mismos se niegan a hacerlo amparándose en su autoridad. En particular, un padre puede pensar fácilmente que reconocer sus errores destruirá su autoridad. Por eso puede ponerse la máscara del autoritarismo para esconder su debilidad y sus equivocaciones. Pero cuando ha hecho algo mal, poder decir delante de su esposa y de sus hijos: **«Lo siento. Papá se equivocó. También fallé delante del Señor»**, no significa perder autoridad. Por el contrario, los hijos pueden aprender el evangelio más profundamente a través de un padre que sabe arrepentirse que a través de un padre que pretende ser perfecto. Lo importante no es mostrar a los hijos unos padres que jamás caen. Lo importante es mostrarles unos padres que, cuando caen, reconocen su error, dependen de la gracia de Dios y vuelven a levantarse. Lo mismo sucede en la iglesia. Los pastores y líderes no necesitan comportarse como si lo supieran todo y siempre tuvieran razón. Cuando su juicio ha sido equivocado, deben poder reconocerlo. Cuando han herido a alguien, deben poder pedir perdón. Y deben reconocer que ellos también necesitan seguir siendo transformados delante de la Palabra.

Vaciar la hipocresía no significa convertirse en una persona perfecta

Significa vaciarnos del deseo de **parecer** perfectos. La fe destinada a ser vista por las personas no debe convertirse en una representación religiosa. Otra razón por la cual Jesús reprendió a los fariseos fue que estaban excesivamente concentrados en una fe exhibida delante de los demás. La fe no es un escenario en el cual actuamos para las personas. Cuán piadoso creen los demás que soy, cuán excelente pastor consideran que soy o cuán dedicado líder piensan que soy no debe convertirse en el centro de mi fe. Ser reconocido por las personas no es malo en sí mismo. Una buena reputación también es

motivo de gratitud. Pero en el momento en que la evaluación humana se vuelve más importante que la sinceridad delante de Dios, puede comenzar la hipocresía. Hoy tenemos más oportunidades que nunca para mostrar nuestra vida a otras personas. No solo dentro de la iglesia, sino también a través de diversos medios podemos dar a conocer fácilmente nuestro ministerio, nuestras buenas obras y nuestros pensamientos. Eso no es malo en sí mismo. Pero precisamente por ello debemos examinar con mayor cuidado nuestras motivaciones. **«¿Estoy dando gloria a Dios o estoy llamando la atención sobre mí mismo?»** Esta pregunta no debe utilizarse primero para juzgar a otros. Debemos hacérsela primero a nosotros mismos. Más importante que el ministerio que las personas ven es nuestra relación con Dios cuando nadie nos está observando.

Quien soy cuando nadie me ve también es quien soy delante de Dios

Para vaciar la hipocresía debemos valorar el tiempo que pasamos a solas con Dios. Necesitamos una oración en la que abramos delante de Él nuestro verdadero corazón, no una oración destinada a hacernos parecer piadosos. En vez de simplemente comprobar que hemos cumplido con la obligación de leer la Biblia, debemos permitir que Dios ilumine nuestro corazón mediante su Palabra. Dios está con nosotros aun cuando nadie nos observa. Por eso es importante la fe cultivada en secreto. Si decimos en la iglesia que amamos a Dios pero en casa nunca nos acercamos a su Palabra, debemos examinar nuestra fe. Si los padres enfatizan a sus hijos la adoración y la Biblia mientras descuidan su propia relación con Dios, los hijos verán la distancia entre sus palabras y sus vidas. En cambio, aunque los padres no sean perfectos, si aman la Palabra, se arrepienten cuando se equivocan y vuelven a levantarse dependiendo de Dios, sus hijos aprenderán la fe no solo mediante palabras, sino mediante la vida. Lo mismo sucede en el trabajo. Debemos ser honestos no solo cuando alguien nos observa, sino también cuando nadie nos ve. No debemos trabajar diligentemente solo cuando está presente el supervisor, sino cumplir responsablemente nuestro trabajo porque creemos que Dios nos lo ha confiado. Cuanto

menor sea la distancia entre quien soy delante de las personas y quien soy cuando nadie me observa, más genuina será nuestra fe.

No utilice la Palabra como instrumento para juzgar a otros

Conocer mucho de la Biblia y estudiar teología son cosas valiosas. Pero el conocimiento bíblico no nos hace automáticamente humildes. Si aplicamos la Palabra únicamente a los demás, ese conocimiento incluso puede volvernó orgullosos. Mientras escuchamos un sermón podemos pensar: «Esta persona realmente necesita escuchar este mensaje». Pero primero debemos preguntar: **«Señor, ¿qué me estás diciendo hoy a mí por medio de esta Palabra?»** Discernir el error de alguien es diferente de condenarlo. Hay momentos en que debemos decir que algo está mal porque realmente está mal. También hay momentos en que debemos exhortar y reprender para proteger a la comunidad. Pero aun entonces debemos examinar primero nuestro propio corazón. ¿Deseo la restauración de esa persona o simplemente quiero vencerla? ¿Estoy diciendo la verdad o utilizando la verdad para descargar mi enojo? ¿Estoy procurando edificar la comunidad o proteger mi propia posición? Antes de convertirse en un arma para atacar a otros, la Palabra debe ser la Palabra que me transforma a mí.

Vaciar la hipocresía comienza delante de la cruz

Entonces, ¿cómo podemos vaciar la hipocresía? Finalmente debemos acudir a la cruz. Delante de la cruz no necesitamos aparentar ser justos. No fuimos salvos porque éramos más piadosos que los demás ni porque éramos personas sin errores. Todos somos pecadores que necesitamos la gracia de Cristo. Si realmente creemos esto, tendremos menos razones para utilizar máscaras que oculten nuestras debilidades. Cuando nos equivocamos, podemos reconocerlo. Cuando pecamos, podemos arrepentirnos. Cuando herimos a alguien, podemos pedir perdón. Cuando el Espíritu Santo nos muestra mediante la Palabra la hipocresía que hay en nosotros, no debemos ocultarla ni justificarnos.

Digamos: **«Señor, esto es lo que soy»**. Y llevemos ese pecado a la cruz. Vaciar la hipocresía no significa convertirnos en personas más impresionantes. Significa vaciar el deseo de parecer justos y aferrarnos a la justicia y a la gracia de Cristo. Santiago 3:17 dice: «Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía». Dios no desea simplemente una persona cuyo exterior haya sido hermosamente adornado. Desea una persona que, aun con sus debilidades, reconozca honestamente quién es delante de Dios, se arrepienta y continúe siendo transformada por la gracia de Cristo. **Vaciar la hipocresía no significa convertirnos en personas sin defectos, sino quitarnos la máscara con la que intentamos parecer personas sin defectos.** Y significa que **quien soy delante de las personas y quien soy delante de Dios se vayan convirtiendo cada vez más en una sola persona.**

Principios y pautas prácticas para vaciar la “hipocresía”

Entonces, ¿cómo podemos ir vaciando la hipocresía en el hogar, la iglesia y el lugar de trabajo? La hipocresía no es un pecado que desaparezca completamente mediante una sola decisión. Continuamente experimentamos la preocupación por la evaluación de los demás y el deseo de causar una buena impresión. Por eso debemos pedir la ayuda del Espíritu Santo y examinar cada día nuestro corazón delante de la Palabra de Dios. Podemos practicar los siguientes cinco principios en nuestra vida cotidiana.

1. Viva delante de Dios más que ante la mirada de las personas.

Lucas 12:2 dice: «Nada hay encubierto, que no haya de descubrirse; ni oculto, que no haya de saberse». La hipocresía crece fácilmente cuando somos más conscientes de la mirada de las personas que de la mirada de Dios. Cuando pensamos excesivamente en cómo nos ven los demás, comenzamos a presentarnos como mejores de lo que realmente somos. Por eso, incluso cuando haga buenas obras, realice un ministerio o sirva a otras personas, examine su corazón. **«¿Seguiría haciendo esto aunque nadie me reconociera por ello?»** Esta pregunta nos ayuda a examinar nuestras motivaciones. Aprenda a creer que es suficiente con que Dios lo sepa, aunque ninguna persona lo reconozca. Considere más importante agradar a Dios que recibir los aplausos de las personas.

2. Examine las motivaciones escondidas detrás de sus palabras y acciones.

Una misma acción puede proceder de motivaciones diferentes. Podemos ayudar a alguien y al mismo tiempo desear reconocimiento. Podemos decir algo correcto y, sin embargo, querer vencer a la otra persona. Podemos servir a la iglesia mientras secretamente deseamos conservar nuestra posición. Por eso debemos preguntarnos con

frecuencia: «**¿Por qué estoy diciendo esto ahora?**» «**¿Cuál es el verdadero propósito por el que estoy haciendo esto?**» «**¿Es para Dios o para llamar la atención sobre mí mismo?**» No podemos conocer perfectamente todas nuestras propias motivaciones. Precisamente por eso debemos pedir que el Espíritu Santo examine nuestro corazón mediante la Palabra. Antes de juzgar a otra persona, examine primero su propio corazón. Antes de aplicar la Palabra a otra persona, aplíquese la primero a usted mismo.

3. Reconozca honestamente la distancia entre sus palabras y su vida.

La hipocresía crece cuando intentamos aparentar que ya estamos viviendo una fe que en realidad todavía no vivimos. Por eso, no se presente como una persona más espiritual de lo que realmente es. Si no sabe algo, debe poder decir que no lo sabe. Si ha hecho algo mal, debe poder reconocer que se equivocó. Si hay áreas de su vida que todavía no han sido transformadas, debe reconocerlas honestamente delante de Dios. Esto es especialmente importante en la familia. Lo que los padres deben mostrar a sus hijos no es perfección, sino la capacidad de arrepentirse cuando han hecho algo mal. Si un padre se ha equivocado, debe poder decir a su esposa y a sus hijos: «**Lo siento. Papá se equivocó.**» Lo mismo se aplica a los pastores y líderes. En vez de esconder sus errores para proteger su autoridad, deben poder reconocerlos y pedir perdón. Pedir perdón no destruye la autoridad espiritual; quita la máscara de la hipocresía.

4. Valore su relación con Dios cuando nadie lo está viendo.

Valore más la fe que vive cuando está a solas con Dios que la fe que muestra delante de las personas. No convierta la oración en un medio para parecer piadoso ante los demás. Tampoco lea la Biblia simplemente para sentir la satisfacción de haber cumplido un deber religioso. Léala para encontrarse con Dios por medio de su Palabra y examinar su corazón. En el hogar, los padres mismos deben ser los primeros en vivir cerca de la Palabra y llevar una vida de oración. No exija la vida de fe solamente a sus hijos. Muéstreles primero unos

padres que buscan a Dios. Lo mismo se aplica al lugar de trabajo. Procure no ser una persona cuando los demás lo observan y otra cuando nadie lo ve. Dios está mirando incluso cuando nadie más lo está. El camino para vaciar la hipocresía consiste en reducir la distancia entre quien soy delante de las personas y quien soy delante de Dios.

5. Escuche humildemente el consejo de personas dignas de confianza.

Hay momentos en que no podemos ver nuestra propia hipocresía. Por eso necesitamos compañeros de fe que nos amen y, al mismo tiempo, sean capaces de decirnos lo que necesitamos escuchar. Cuando alguien señale algo incorrecto en nosotros, no debemos defendernos inmediatamente. No es necesario aceptar toda crítica sin discernimiento, pero debemos examinarla primero delante de Dios. **«¿Hay algo que Dios me está mostrando por medio de estas palabras?»** Considere la verdad más importante que salvar las apariencias. Antes de buscar la paja en el ojo ajeno, examine la viga que hay en el suyo. Y si descubre que ha hecho algo mal, no busque excusas. Arrepiéntase. Cuando dentro de una comunidad podemos exhortarnos unos a otros con amor y recibir humildemente la exhortación, la hipocresía va perdiendo el lugar donde puede establecerse. Sin embargo, no debemos intentar practicar estos cinco principios únicamente mediante nuestro propio esfuerzo. Vaciar la hipocresía también requiere la gracia de Dios y la ayuda del Espíritu Santo. Con nuestras propias fuerzas no podemos limpiar completamente todas las motivaciones escondidas en lo profundo del corazón. Más aún, en el momento en que pensamos: «Ya no soy hipócrita», podemos caer en otra forma de justicia propia. Por eso debemos pedir que el Espíritu Santo ilumine nuestro corazón mediante la Palabra. Debemos reconocer y arrepentirnos de los pecados que quedan expuestos bajo esa luz y depender de la gracia de la cruz. Podemos orar así: **«Señor, ayúdame a ver, no la imagen que deseo mostrar a las personas, sino la persona que Tú ves. Muéstrame la hipocresía y la justicia propia escondidas dentro de mí, y no permitas que las oculte ni que busque excusas. Vacía mi corazón del deseo de reconocimiento y alabanza de las personas, y ayúdame a vivir para agradarte solamente a Ti. Haz que mis palabras y mi vida sean una**

sola cosa, y hazme una persona honesta que pueda reconocer sus errores, arrepentirse y pedir perdón cuando haya hecho algo mal. Espíritu Santo, ilumina mi corazón cada día y lléname del corazón sincero de Cristo».

Vaciar la hipocresía no significa revelar a todas las personas todas nuestras debilidades y fracasos. Tampoco significa que debamos expresar sin ningún discernimiento todos nuestros pensamientos. El corazón de vaciar la hipocresía consiste en reducir la distancia entre el yo que las personas ven y el yo que realmente soy delante de Dios. Significa que nuestras palabras y nuestra vida vayan convirtiéndose en una sola cosa; que la persona que somos delante de los demás y la persona que somos cuando nadie nos observa vayan siendo una sola; y que, cuando nos equivoquemos, no nos escondamos detrás de una máscara, sino que nos arrepintamos honestamente delante de Dios. El propósito de vaciarnos no es convertirnos en personas vacías. Es vaciar el corazón que estaba lleno del deseo de reconocimiento humano, de justicia propia y de apariencia, y llenar ese lugar con la mente de Cristo. La hipocresía dice: **«Así quiero que me vean»**. La fe confiesa: **«Quiero vivir con sinceridad delante de Dios»**. Por eso, quien vacía la hipocresía no se esfuerza por parecer una persona perfecta. Reconoce sus debilidades, pero no permanece en ellas; cada día continúa siendo transformado dependiendo de la gracia de la cruz. Se vuelve más consciente de la mirada de Dios que del aplauso de las personas, escoge la verdad antes que salvar las apariencias y examina primero su propio corazón antes de señalar los errores ajenos. Y en el hogar, la iglesia y el lugar de trabajo, sus palabras y su vida van convirtiéndose cada vez más en una sola cosa. **Este es el camino de “vaciar la hipocresía” que debemos recorrer cada día.**

Capítulo 7:

Vaciar la “falsedad”

En el capítulo anterior examinamos la “hipocresía”, que surge de la distancia entre la imagen que mostramos ante las personas y lo que realmente somos delante de Dios. Si la hipocresía consiste en ponerse una máscara para ocultar nuestro verdadero yo, la falsedad consiste en ocultar o alterar la verdad para nuestro propio beneficio y, más aún, en llegar incluso a distorsionar la verdad de Dios.

La falsedad no termina simplemente en decir algo que no corresponde con los hechos. Comienza en un corazón que rechaza la verdad y acepta como verdadero aquello que le resulta conveniente. En Juan 8:44, Jesús llamó al diablo “mentiroso y padre de mentira”. En la raíz de la falsedad existe una fuerza que nos lleva a creer en algo distinto de la Palabra de Dios y que, finalmente, nos aleja de Dios. Por eso, antes de buscar la falsedad en otras personas, debemos preguntarnos primero a nosotros mismos: **“¿Estoy viviendo con sinceridad delante de Dios?” “¿Estoy ocultando o alterando los hechos para proteger mis propios intereses y mi reputación?” “¿Acepto la Palabra de Dios tal como es, o acepto solamente aquello que quiero escuchar?”** Vaciar la falsedad comienza examinándonos honestamente delante de estas preguntas.

La falsedad nos impide conocer a Dios

Jeremías 9:3–6 nos muestra cómo era Judá cuando estaba llena de falsedad. Las personas disparaban mentiras con la lengua como quien tensa un arco, se engañaban unas a otras y no hablaban la verdad. Pero el problema aún más grave era que, viviendo de esa

manera, se negaban a conocer a Dios. La falsedad no destruye solamente la confianza entre las personas. También destruye nuestra relación con Dios. Si con nuestros labios decimos que creemos en Dios, pero en nuestra vida consideramos normales la mentira y el engaño, entonces, aunque afirmemos confiar en Dios, en realidad estamos dependiendo más de los métodos del mundo. El Salmo 62:4 nos presenta a personas que bendicen con su boca mientras maldicen en su interior. Sus palabras y sus corazones no son iguales. Es fácil tomar a la ligera las pequeñas mentiras de la vida cotidiana. Podemos modificar un poco los hechos para ocultar nuestros errores, omitir una parte importante para evitar nuestra responsabilidad o echar la culpa a otra persona para proteger nuestra reputación. Pero cuando permitimos repetidamente pequeñas mentiras, nuestra conciencia se va endureciendo. Al principio sentimos incomodidad, pero si seguimos repitiéndolas, llega un momento en que podemos mentir sin sentirnos perturbados. Por eso, vaciar la falsedad no significa solamente evitar las grandes mentiras. Significa aprender a amar la verdad delante de Dios y escogerla aun cuando hacerlo nos cueste algo.

La palabra falsa aleja a las personas de Dios

Una de las formas de falsedad contra las cuales la Biblia advierte con especial severidad es hablar falsamente en el nombre de Dios. En los días de Jeremías había falsos profetas que afirmaban haber recibido la Palabra de Dios, pero en realidad proclamaban palabras que Dios no les había dado. En Jeremías 6:13-15 vemos que el pueblo estaba entregado a la codicia y que los líderes practicaban el engaño. Sin embargo, trataban superficialmente la herida del pueblo diciendo: **“Paz, paz”**. Pero en realidad no había paz. Este es el peligro de una palabra falsa. Decirle a una persona lo que desea escuchar no necesariamente es amor. Si su relación con Dios se está destruyendo a causa del pecado, decirle que no existe ningún problema no puede convertirse en un consuelo que le dé vida. El verdadero consuelo no consiste en encubrir el pecado, sino en conducir al pecador a Cristo. El verdadero amor no ofrece una falsa paz a quien necesita arrepentirse, sino que lo ayuda a reconocer su condición delante de la Palabra de Dios y a regresar a Él.

No debemos hablar en el nombre de Dios cuando Dios no nos ha enviado

Cuando Jeremías reprendía a los falsos profetas, señalaba repetidamente un mismo problema: Decían haber sido enviados cuando Dios no los había enviado. En Jeremías 28:15, Jeremías dice a Hananías: **“Jehová no te envió, y tú has hecho confiar en mentira a este pueblo”**. El mismo problema aparece repetidamente en Jeremías 14, 23 y 27. Dios no había hablado, pero ellos decían: **“Dios ha hablado”**. Presentaban sus propios pensamientos, sueños y deseos como si fueran la Palabra de Dios. Este es un pecado que los pastores, en particular, deben temer profundamente. El pastor no tiene autoridad para convertir sus propios pensamientos en Palabra de Dios. Tampoco debe declarar que sus propias ideas políticas, sus deseos personales, sus expectativas de éxito o sus experiencias son la voluntad de Dios. El predicador no es una persona que fabrica la Palabra, sino alguien a quien la Palabra le ha sido confiada. Por eso, el predicador debe preguntarse continuamente: **“¿Es esto realmente lo que dice el texto bíblico?” “¿Estoy confundiendo lo que Dios ha dicho con lo que yo quiero decir?” “¿Estoy diciendo lo que los creyentes quieren escuchar, o estoy proclamando fielmente la Palabra que Dios ha dado?”** Cuanto más utiliza una persona el nombre de Dios desde el púlpito, con mayor temor reverente debe presentarse ante estas preguntas.

Las palabras agradables al oído no siempre son buenas palabras

Segunda de Timoteo 4:3 advierte que vendrá un tiempo cuando las personas no soportarán la sana doctrina, sino que, “teniendo comezón de oír”, acumularán maestros conforme a sus propios deseos. Aquí aparecen dos problemas al mismo tiempo. Uno es el problema de los líderes que proclaman solamente aquello que la gente desea escuchar. El otro es el problema de los oyentes que buscan solamente aquello que ellos mismos desean escuchar. La falsa enseñanza se fortalece aún más cuando estos dos se encuentran. El predicador quiere el aplauso de las personas, y los oyentes quieren sermones que aprueben sus propios deseos. Al final, cada uno termina ofreciendo al otro precisamente lo que quiere

escuchar. Sin embargo, la Palabra de Dios no siempre es una palabra que hace sentir cómodos nuestros oídos. A veces nos consuela. A veces nos reprende. A veces revela nuestro pecado. A veces nos ordena apartarnos del camino por el cual estábamos andando. Y siempre nos conduce a Jesucristo. Por eso, el criterio de la verdadera predicación no es: **“¿Me gusta escuchar esto?”** Debemos preguntar: **“¿Esta palabra procede de las Escrituras?”** **“¿Esta palabra me conduce a Cristo?”** **“¿Esta palabra me lleva a examinarme, arrepentirme y obedecer?”**

Micaías proclamó la Palabra que Dios le había dado en lugar de decir lo que las personas querían escuchar

Primera de Reyes 22 relata un acontecimiento que muestra claramente la diferencia entre la palabra falsa y la verdadera. Cuando el rey Acab estaba preparándose para ir a la guerra contra Ramot de Galaad, muchos profetas le dijeron al rey lo que él deseaba escuchar. Le dijeron que si iba a la guerra obtendría la victoria. Pero Micaías era diferente. Las personas le pidieron que dijera las mismas palabras favorables que los demás profetas. Sin embargo, Micaías respondió: **“Lo que Jehová me hablare, eso diré”**. Esta sola frase revela la actitud que debe tener un verdadero siervo de la Palabra. El predicador no es alguien que fabrica las palabras que la congregación quiere escuchar. Tampoco es alguien que dice lo que le agrada al rey. Ni es alguien que suaviza o modifica la Palabra para proteger su popularidad. Es alguien que proclama lo que Dios ha dicho. La palabra que Micaías proclamó no era lo que el rey quería escuchar. Como resultado, fue odiado y sufrió. Sin embargo, no cambió la Palabra de Dios debido a la reacción de las personas. El verdadero siervo de la Palabra teme más a la Palabra de Dios que al aplauso de las personas.

La verdadera predicación conduce a las personas al arrepentimiento y a Cristo

Entonces, ¿cómo podemos discernir entre un pastor verdadero y uno falso? No podemos juzgar simplemente por si predica bien, si reúne a muchas personas, si es famoso o si sus mensajes son conmovedores. En las Escrituras podemos examinar por lo menos tres cosas. Primero, debemos observar si proclama la Palabra que Dios le ha confiado. En lugar de presentar sus propios pensamientos como si fueran la Palabra de Dios, debe proclamar fielmente lo que las Escrituras realmente dicen. Segundo, debemos examinar si existe sustancia de la Palabra en el mensaje. Los falsos profetas de la época de Jeremías presentaban sus propios sueños y pensamientos como si fueran la Palabra de Dios. Pero la verdadera Palabra no nace de la imaginación humana, sino que está arraigada en la Palabra de Dios. Tercero, debemos examinar si la predicación conduce a las personas al arrepentimiento y a la obediencia. La verdadera predicación no termina simplemente condenando a las personas. Les hace reconocer su pecado, las conduce a la cruz y las ayuda a aferrarse a la gracia de Cristo y avanzar hacia una vida nueva. Cuando alguien necesita consuelo, debe ser consolado. Aplastar aún más a una persona herida no es verdadera predicación. Pero tampoco es amor dejar de hablar de arrepentimiento cuando el arrepentimiento es necesario. El verdadero pastor no es alguien que hace que las ovejas lo sigan a él, sino alguien que ayuda a las ovejas a seguir a Cristo.

Los creyentes también deben discernir la palabra que escuchan

No debemos colocar toda la responsabilidad de la falsa enseñanza solamente sobre los pastores. Los creyentes también tienen la responsabilidad de discernir la palabra que escuchan. No debemos aceptar incondicionalmente las palabras de una persona como Palabra de Dios simplemente porque esa persona sea famosa. El cargo pastoral, los estudios académicos o el tamaño de la iglesia de una persona no convierten automáticamente en verdad todo lo que dice. Cuando escuchamos un sermón, debemos abrir la Biblia y examinarlo. **“¿Es esto realmente lo que enseña la Biblia?” “¿Se está transmitiendo correctamente el significado del texto?” “¿Concuerda esto con el evangelio de Jesucristo?”** Respetar a un pastor y convertir al pastor en una autoridad

absoluta son cosas diferentes. Un verdadero pastor, en lugar de desear que los creyentes dependan de él, debe ayudarlos a leer personalmente la Palabra, orar, buscar la dirección del Espíritu Santo y seguir a Cristo. El objeto final de nuestra fe no es una persona, sino Dios.

La falsedad puede destruir la vida de otra persona

La Biblia trata el falso testimonio con gran seriedad. El noveno de los Diez Mandamientos es claro: **“No hablarás contra tu prójimo falso testimonio”**. La mentira no es simplemente un problema de palabras. Puede destruir la reputación, la familia, el trabajo y la vida entera de una persona. En 1 Reyes 21, Jezabel levantó falsos testigos para apoderarse de la viña de Nabot. Hizo que testificaran falsamente que Nabot había maldecido a Dios y al rey, y finalmente el inocente Nabot fue ejecutado. La codicia produjo la mentira, y la mentira quitó la vida de una persona. Por eso, cuando escuchamos algo acerca de otra persona, no debemos apresurarnos a juzgar. Las Escrituras enseñan que no debemos establecer un asunto grave basándonos solamente en el testimonio de una persona, sino confirmar los hechos mediante suficientes testimonios (Deut. 19:15). Lo mismo se aplica en la iglesia. El hecho de escuchar algo negativo acerca de alguien no significa que debamos asumir inmediatamente que es verdad ni difundirlo a otras personas. Primero debemos verificar los hechos. Tampoco debemos condenar a una persona después de escuchar solamente una versión de la historia. Quienes ocupan posiciones de liderazgo deben tener aún más cuidado. Si creen palabras que no han sido verificadas y juzgan basándose en ellas, pueden causar a una persona heridas que sean muy difíciles de reparar. La persona que ama la verdad no es aquella que difunde rápidamente los rumores, sino aquella que verifica cuidadosamente los hechos.

La falsedad no puede eliminar la verdad

Cuando Jesús resucitó, los principales sacerdotes y los ancianos dieron dinero a los soldados para que difundieran una mentira: **“Sus discípulos vinieron de noche, y lo**

hurtaron, estando nosotros dormidos”. Fabricaron una mentira mediante el dinero para proteger sus posiciones y su reputación. Pero aquella mentira no pudo eliminar la verdad de la resurrección. Las personas pueden intentar ocultar la verdad. También pueden utilizar el dinero y el poder para distorsionar los hechos. Pero no pueden eliminar la verdad que Dios ha realizado. Esta realidad también ofrece un consuelo importante a quienes sufren injustamente a causa de una mentira. No toda verdad sale a la luz en el momento en que nosotros deseamos. A veces podemos ser malentendidos durante mucho tiempo. Sin embargo, el creyente no debe intentar vencer una mentira mediante otra mentira. Debe hablar la verdad, cumplir las responsabilidades que le corresponden y dejar el juicio final en manos de Dios. El camino para vencer la falsedad no es una mentira más sofisticada, sino la verdad.

También debemos cuidarnos de añadir algo al evangelio

En Gálatas, Pablo advierte severamente contra la falsa enseñanza que intentaba añadir los méritos humanos al evangelio de Cristo. La salvación no se obtiene mediante nuestras obras ni nuestros méritos. Recibimos por la fe la gracia de la salvación que Jesucristo realizó en la cruz. Por eso, si añadimos méritos humanos al evangelio y enseñamos que estos son una condición para la salvación, podemos oscurecer la esencia misma del evangelio. En 2 Corintios 2:17, Pablo también dice que no adultera la Palabra de Dios. No debemos utilizar la Palabra de Dios para nuestro propio beneficio. Para un pastor, la Palabra no es una herramienta para alcanzar el éxito. Tampoco es un producto para hacer crecer una iglesia. Ni es un medio para ganarse el corazón de las personas. La Palabra pertenece a Dios. Por eso, quien ha recibido la responsabilidad de proclamarla debe transmitirla con pureza, sin mezclarla con sus propios deseos.

Vaciar la falsedad significa examinarnos honestamente delante de la verdad

Cuando leemos lo que las Escrituras dicen acerca de la falsedad, no debemos terminar simplemente buscando pastores falsos y creyentes falsos. Debemos volver nuevamente a nosotros mismos. El pastor debe preguntarse: **“¿Estoy diciendo que algo es la voluntad de Dios cuando Dios no lo ha dicho?”** **“¿Estoy cambiando la Palabra por el crecimiento de la iglesia o por mi propia reputación?”** **“¿Estoy evitando una palabra que debo proclamar simplemente porque las personas no quieren escucharla?”** El creyente también debe preguntarse: **“¿Estoy buscando solamente los mensajes que quiero escuchar?”** **“¿Me gustan las palabras que me consuelan, mientras rechazo las que me reprenden?”** **“¿Estoy dependiendo más de un predicador que me dice lo que quiero escuchar que de la Palabra de Dios?”** Y también debemos preguntarnos en el hogar y en el lugar de trabajo: **“¿Estoy alterando los hechos para ocultar mi error?”** **“¿Estoy explicando de manera diferente una promesa para obtener un beneficio personal?”** **“¿Estoy culpando a otra persona por algo que yo hice mal?”** Vaciar la falsedad no es un movimiento para exponer las mentiras de otras personas. Es, ante todo, sacar a la luz delante de la Palabra de Dios la falsedad que existe dentro de mí y vaciarla.

Una fe sin falsedad lleva honestamente incluso sus dudas delante de Dios

En 2 Timoteo 1:5, Pablo habla de la “fe no fingida” que había en Timoteo. Una fe sin falsedad no significa una fe que nunca vacila. Tampoco significa que solamente las personas que nunca experimentan temor ni duda tengan una fe verdadera. Al contrario, una fe sin falsedad es aquella que lleva honestamente incluso sus debilidades delante de Dios. Si nos cuesta creer, no necesitamos decir: **“No tengo ningún miedo”**, simplemente para que los demás piensen que tenemos una fe fuerte. Si estamos pasando por dificultades, podemos decir que estamos pasando por dificultades. Si tenemos miedo, podemos confesar que tenemos miedo. Si surgen dudas, podemos llevar incluso esas dudas delante de Dios. Y precisamente allí podemos volver a aferrarnos a las promesas de Dios. La fe de Abraham tampoco era confianza en su propia capacidad. Romanos 4:21 dice que estaba “plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había

prometido”. La verdadera fe no es una confianza en uno mismo que dice: **“Yo puedo hacerlo”**. Es confianza en Dios que dice: **“Yo no puedo hacerlo, pero Dios es fiel”**. Por eso, una fe sin falsedad no es una fe que intenta parecer fuerte, sino una fe que reconoce su propia debilidad y, aun así, se aferra a la fidelidad de Dios.

Principios y pautas prácticas para vaciar la “falsedad”

Entonces, ¿cómo podemos ir vaciando la falsedad en nuestro hogar, en la iglesia y en el lugar de trabajo? Con frecuencia, la falsedad no comienza repentinamente con una gran mentira, sino que va ocupando un lugar en nuestro corazón mediante la repetición de pequeñas concesiones. Por eso necesitamos examinarnos cada día delante de la Palabra de Dios y entrenarnos para escoger la verdad incluso en los asuntos pequeños. Podemos practicar los siguientes cinco principios en nuestra vida cotidiana.

1. Haga de la Palabra de Dios el criterio de la verdad

Mis pensamientos y sentimientos no siempre son correctos. Incluso aquello que deseo profundamente puede ser diferente de la voluntad de Dios. Por eso, no debemos colocar nuestros pensamientos por encima de la Palabra de Dios, sino debajo de ella. Especialmente los pastores deben tener cuidado de no decir con demasiada facilidad que sus propios pensamientos son la voluntad de Dios. Al predicar, deben examinar primero lo que el texto bíblico realmente dice y no introducir por la fuerza sus propias ideas en las Escrituras. Los creyentes tampoco deben aceptar algo incondicionalmente simplemente porque lo haya dicho una persona famosa, sino desarrollar el hábito de comprobarlo mediante las Escrituras. Hacer de la Palabra de Dios, y no de las palabras humanas, el criterio de la verdad es el primer paso para vaciar la falsedad.

2. Diga los hechos tal como son, incluso en los asuntos pequeños

La falsedad comienza con pequeñas concesiones. Podemos omitir deliberadamente aquello que nos perjudica, cambiar ligeramente una historia para

disminuir nuestra responsabilidad o exagerar los hechos para causar una buena impresión en otra persona. Sin embargo, una persona sincera no cambia los hechos aunque estos le resulten desfavorables. En el hogar, cuando haya hecho algo mal, no busque excusas. Debe poder decir: **“Yo me equivoqué”**. En el lugar de trabajo, no eche la culpa a otra persona para ocultar su propio error. En los negocios, no interprete de manera diferente los contratos o las promesas para favorecerse a sí mismo. Escoja la honestidad aun cuando hacerlo le produzca una pérdida.

3. Verifique los hechos antes de transmitir algo acerca de otra persona

Inventar personalmente una mentira no es el único pecado. Transmitir como si fuera verdadero algo que no hemos verificado también puede causar un gran daño a otra persona. Si escucha algo negativo acerca de alguien, no lo transmita inmediatamente a otras personas. Primero pregúntese: **“¿Es esto verdad?”** **“¿Lo he verificado personalmente?”** **“¿Realmente es necesario transmitir esta información?”** Especialmente dentro de la comunidad de la iglesia, un rumor puede dañar gravemente la fe, la familia y la reputación de una persona. Si ama la verdad, verifique antes de hablar. Y si no puede verificar algo, no lo afirme irresponsablemente como si fuera un hecho.

4. Mantenga la honestidad y la transparencia en el trabajo y en los negocios

Uno de los lugares más concretos donde debemos vaciar la falsedad es el lugar de trabajo, donde están involucrados el dinero y los beneficios. No debemos cambiar el significado de un contrato para obtener un poco más de ganancia, ocultar hechos importantes ni aprovecharnos de lo que otra persona desconoce para obtener un beneficio injusto. Cumpla lo que ha prometido. Reconozca lo que ha hecho mal. Asuma aquello por lo cual usted es responsable. A veces, ser honesto puede hacernos sentir que estamos

sufriendo una pérdida inmediata. Sin embargo, para el creyente, la fidelidad delante de Dios es más importante que el éxito. No abandone la verdad para obtener ganancias. Cuando conservar la verdad requiera renunciar a una ganancia, confíe en Dios.

5. Cuando su error salga a la luz, escoja el arrepentimiento en lugar de las excusas

La falsedad produce otra mentira para ocultar nuestros errores. Al principio podemos mentir para ocultar una pequeña equivocación, pero después necesitamos otra mentira para proteger la primera. Por eso, cuando su error salga a la luz, no añada otra mentira intentando protegerse. Reconózcalo. Pida perdón. Si es necesario, corríjalo. Y arrepíentase delante de Dios. Reconocer nuestro error no es una vergüenza. Por el contrario, saber que hemos hecho algo mal y aun así ocultarlo hasta el final, intentando protegernos mediante la mentira, conduce nuestra alma a una esclavitud todavía más profunda. Poder arrepentirse es gracia. Sin embargo, no debemos pensar que mediante estas cinco prácticas podemos eliminar toda la falsedad de nuestro corazón. Necesitamos la gracia de Dios y la ayuda del Espíritu Santo.

La falsedad no termina engañando a otras personas; puede llegar incluso a engañarnos a nosotros mismos. Podemos confundir nuestros propios deseos con la voluntad de Dios y llegar a creer que nuestros pensamientos son la verdad. Por eso, cada día debemos pedir que el Espíritu Santo ilumine nuestro corazón mediante la Palabra. Podemos orar así: **“Señor, muéstrame la falsedad que hay dentro de mí. No permitas que oculte ni altere la verdad para proteger mis propios intereses o salvar las apariencias. No permitas que busque solamente las palabras que deseo escuchar, sino ayúdame a presentarme con sinceridad delante de tu Palabra. No permitas que afirme que mis propios pensamientos son tu voluntad y, como alguien a quien le ha sido confiada tu Palabra, ayúdame a proclamar correctamente tu Palabra. En el hogar, en la iglesia y en el lugar de trabajo, ayúdame a escoger la verdad aun cuando hacerlo me**

cueste algo; y cuando me equivoque, ayúdame a reconocerlo y arrepentirme en lugar de buscar excusas. Vacía mi corazón de falsedad y llénalo con la verdad de Cristo”.

Vaciar la falsedad no significa solamente tener cuidado con nuestras palabras. Vaciar la falsedad significa abandonar una vida en la que fabricamos la verdad que nosotros queremos y colocarnos bajo la verdad de Dios. Significa no alterar los hechos para nuestro propio beneficio, no modificar la Palabra para obtener el aplauso de las personas y no sacrificar a otra persona para ocultar nuestras propias faltas. El pastor no debe convertir sus propias palabras en Palabra de Dios. El creyente no debe colocar las palabras humanas por encima de la Palabra de Dios. En el hogar debemos escoger la honestidad en lugar de las excusas. En el lugar de trabajo debemos escoger la verdad en lugar de las ganancias. En la iglesia debemos verificar los hechos en lugar de seguir los rumores. Y cuando hayamos hecho algo mal, en vez de protegernos mediante la falsedad, debemos arrepentirnos delante de la cruz. El propósito de vaciarnos no es convertirnos en personas vacías. Es vaciar el lugar de nuestro corazón que estaba ocupado por la falsedad y llenar ese lugar con Jesucristo, quien es la Verdad. Jesús dijo: **“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida”**. Por eso, el propósito final de vaciar la falsedad no consiste simplemente en convertirnos en “personas que no mienten”. Consiste en convertirnos en personas que aman a Cristo, quien es la Verdad, y que viven sinceramente dentro de su Palabra.

La falsedad cambia la verdad para protegerse a sí misma, pero la fe se encomienda a Dios y escoge la verdad. La falsedad teme la reacción de las personas, pero la fe sincera considera más importante la mirada de Dios. La falsedad oculta sus propios errores, pero el evangelio nos lleva a reconocer nuestro pecado y aferrarnos a la gracia de la cruz. Por eso debemos preguntarnos cada día: **“¿Estoy diciendo la verdad en este momento?” “¿Estoy recibiendo la Palabra de Dios tal como es?” “¿Amo la verdad más que mis propios intereses?”** Y cada vez que descubramos falsedad dentro de nosotros, no debemos ocultarla, sino llevarla delante de la cruz. **Vaciar una por una las falsedades de nuestro corazón y llenar ese lugar con la verdad de Cristo: este es el camino de “vaciar la**

falsedad” que debemos recorrer cada día en nuestro hogar, en la iglesia y en el lugar de trabajo.

Capítulo 8:

Vaciar el “odio”

En el capítulo anterior examinamos cómo debemos vaciar la “falsedad”, que oculta o altera la verdad para nuestro propio beneficio. Ahora, en el capítulo 8, examinaremos otro pecado que destruye profundamente nuestro corazón y nuestras relaciones: el “odio”.

A lo largo de la vida recibimos heridas. A veces somos traicionados por personas cercanas, sufrimos injusticias o sentimos que no hemos sido amados. En ocasiones, las palabras y acciones de alguien producen en nosotros una profunda ira. El hecho de haber sido herido no es pecado en sí mismo. Sentir dolor y enojo cuando sufrimos una injusticia puede ser una reacción natural. El problema es cómo tratamos esa herida y ese enojo. Si continuamos aferrándonos a la herida, odiando a la otra persona, deseando que le vaya mal y alimentando el deseo de hacerle pagar en la misma medida que nosotros sufrimos, llegará un momento en que el odio comenzará a gobernar nuestro corazón. Primera de Juan 3:15 dice: **“Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida”**. Aunque no hayamos matado físicamente a nadie, si continuamente condenamos y maldecimos a otra persona en nuestro corazón y deseamos su desgracia, Dios no toma ese corazón a la ligera. Por eso, vaciar el odio no significa eliminar nuestras emociones por la fuerza. Significa llevar nuestras heridas y nuestra ira delante de Dios y vaciarlas para que no lleguen a convertirse en los señores de nuestro corazón.

Caín y Abel: la tragedia de quien no pudo vaciar su odio

Uno de los primeros acontecimientos de la Biblia que muestra las terribles consecuencias del odio es la historia de Caín y Abel en Génesis 4. Caín y Abel presentaron cada uno una ofrenda a Dios. Dios recibió a Abel y su ofrenda, pero no recibió a Caín y su ofrenda. Entonces Caín se enfureció y decayó su semblante. Dios conocía el corazón de Caín y le advirtió que el pecado estaba a la puerta, que lo deseaba, pero que él debía dominarlo. Sin embargo, Caín no recibió la advertencia de Dios. En lugar de examinar su propio corazón, miró a Abel. En lugar de tratar su problema delante de Dios, dirigió su ira contra su hermano menor. Finalmente, el odio que creció en su corazón terminó en asesinato. Aquí descubrimos una característica importante del odio. El odio no aparece completamente formado de repente. Al principio puede ser una pequeña decepción o herida. Cuando esta se acumula durante mucho tiempo, puede convertirse en resentimiento. Cuando seguimos guardando resentimiento, este se convierte en ira; y si no vaciamos la ira, puede endurecerse hasta convertirse en odio. Finalmente, el odio comienza a gobernar nuestras palabras y acciones. Por eso debemos tratar el odio cuando todavía es pequeño. Cuando surjan heridas e ira en nuestro corazón, no debemos abandonarlas diciendo: “No es nada”, sino examinarlas delante de Dios. No siempre podemos impedir que una semilla de odio entre en nuestro corazón, pero no debemos permitir que eche raíces y crezca.

El odio crece hasta convertirse en deseo de venganza

En Génesis 27, después de que Jacob recibiera la bendición de su padre Isaac, Esaú decidió en su corazón matar a su hermano menor. La herida se convirtió en odio, y el odio se transformó en deseo de venganza. Cuando somos heridos, también pueden surgir pensamientos semejantes: **“Quiero pagarle de la misma manera.” “Quisiera que esa persona sufriera tanto como yo.” “Algún día quiero hacerle pagar por lo que hizo.”** Estos sentimientos pueden surgir. Pero en ese momento debemos recordar una verdad importante: Yo no soy el juez final. Podemos llamar malo a lo que realmente está mal. Cuando sea necesario, puede ser preciso exigir responsabilidad. Si hubo un delito o

violencia, pueden ser necesarias la protección adecuada y las correspondientes medidas legales. Perdonar no significa abandonar la justicia. Sin embargo, no debo aferrarme al derecho de convertirme en el juez final de esa persona y vengarme personalmente. Romanos 12:19 nos enseña a dejar la venganza en manos de Dios. Vaciar el odio no significa fingir que nunca ocurrió el mal. Significa vaciar el deseo de convertirme en juez y hacer pagar personalmente al otro, y encomendar el asunto a la justicia de Dios.

La comparación y los celos pueden convertirse en odio

También podemos observar el crecimiento del odio en la vida del rey Saúl. Cuando David regresó después de vencer a Goliath, la gente cantó exaltando a David por encima de Saúl. Saúl guardó aquellas palabras en su corazón, y su manera de mirar a David cambió. La comparación se convirtió en celos, y los celos terminaron convirtiéndose en odio. Finalmente, Saúl intentó matar a David. Podemos sentirnos incómodos cuando otra persona recibe más reconocimiento que nosotros. Cuando parece que los hijos de otra persona tienen más éxito que los nuestros, cuando la iglesia de otro pastor crece más, cuando un compañero de trabajo es ascendido antes que nosotros o cuando otra persona recibe los elogios, pueden surgir comparación y celos en nuestro corazón. Si dejamos esos sentimientos sin tratar, podemos llegar a detestar a la persona misma. Podemos terminar odiándola no porque haya hecho algo malo, sino porque nos desagrada verla prosperar. Por eso, cuando descubramos odio hacia alguien, debemos preguntarnos: **“¿Odio a esta persona porque realmente hizo algo malo?” “¿O la odio porque me estoy comparando con ella y tengo celos?”** Debemos examinarnos honestamente delante de estas preguntas.

El odio no permanece solamente en el corazón

En Mateo 15:19, Jesús dijo que del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, los falsos testimonios y las calumnias. El pecado crece en el corazón antes de manifestarse en acciones. Por eso, cuando surge la ira, es importante no

hablar ni actuar inmediatamente. Proverbios 16:32 dice que quien tarda en airarse es mejor que el fuerte, y quien domina su espíritu, mejor que quien conquista una ciudad. Cuando nuestras emociones están intensificadas, necesitamos detenernos. No tenemos que resolverlo todo en ese mismo momento. No tenemos que enviar inmediatamente ese mensaje de texto o correo electrónico. Cuando estamos enojados, no tenemos que descargar sobre nuestro cónyuge o nuestros hijos todo lo que queremos decir. Debemos esperar hasta que la ira disminuya y examinar primero nuestro corazón delante de Dios. **“¿Por qué estoy tan enojado?” “¿Qué quiero realmente?” “¿Quiero que esta persona sea restaurada, o quiero devolverle el dolor que recibí?”** El solo hecho de examinar nuestro corazón de esta manera puede ayudarnos a impedir que la ira crezca hasta convertirse en odio. Detenerse cuando surge la ira no es debilidad. Es la fuerza de gobernarse a uno mismo.

El odio puede destruir una familia

Uno de los lugares donde el odio deja las heridas más profundas es la familia. Debido a que los miembros de una familia están muy cerca unos de otros, pueden amarse profundamente, pero también pueden herirse profundamente. El relato de Amnón y Tamar en 2 Samuel 13 muestra cuán terribles heridas y odio puede producir un deseo egoísta. Lo que Amnón sentía por Tamar no era verdadero amor. Era una pasión que buscaba satisfacer su propio deseo. Después de violarla por la fuerza, llegó incluso a odiarla intensamente. El verdadero amor busca el bien de la otra persona. El deseo egoísta, en cambio, convierte a la otra persona en un objeto destinado a satisfacer las propias necesidades. El pecado de Amnón no terminó allí. A causa de aquel acontecimiento surgió una profunda herida en la familia de David y finalmente condujo a la venganza de Absalón. El pecado y el odio de una persona produjeron otro odio y otra venganza. El odio no permanece aislado. El odio que no se vacía dentro de una familia puede transmitirse al cónyuge y, a veces, incluso a los hijos.

No transmita a sus hijos las heridas entre marido y mujer

En Génesis 29, Lea experimentó el dolor de no ser amada por su esposo Jacob. Incluso en los nombres de sus hijos podemos percibir su deseo de ser amada por su esposo. La falta de amor y reconocimiento de nuestro cónyuge puede producir una herida profunda. Pero no debemos intentar llenar esa herida a través de nuestros hijos. Si durante un conflicto matrimonial hacemos que los hijos tomen nuestro partido, les hablamos continuamente de las faltas del otro cónyuge o exigimos de ellos un consuelo emocional excesivo porque no lo recibimos de nuestro esposo o esposa, podemos arrastrarlos al conflicto de sus padres. Los hijos no existen para llenar la soledad de sus padres. En la medida de lo posible, los problemas entre marido y mujer deben ser tratados por la pareja delante de Dios. No transmita a sus hijos el resentimiento que siente hacia su cónyuge. No dé a sus hijos razones para odiar al otro padre. Debemos impedir que las heridas que nosotros recibimos se conviertan en heridas para la siguiente generación. Vaciar el odio no es solamente algo que hacemos por nuestro propio corazón; también es una manera de proteger a la próxima generación.

José fue odiado, pero no vivió dominado por el odio

En Génesis 37, los hermanos de José vieron que su padre amaba más a José y lo odiaron. La comparación produjo celos, y los celos crecieron hasta convertirse en odio. Finalmente, arrojaron a José a un pozo y lo vendieron a mercaderes que viajaban a Egipto. José fue abandonado por su propia familia. Tenía razones más que suficientes para odiar. Sin embargo, lo sorprendente es que José no permitió que el mal que sus hermanos le habían hecho se convirtiera en el centro que gobernara su vida. Génesis 39:21 dice que incluso en la cárcel el Señor estaba con José. Las personas abandonaron a José, pero Dios no lo abandonó. Esta fe es importante. Ser odiado por las personas no significa haber sido abandonado por Dios. Que alguien me malinterprete no significa que Dios también me malinterprete. Que alguien me haga mal no significa que esa persona tenga la última palabra sobre mi vida. Más tarde José volvió a encontrarse con los hermanos que lo habían vendido. En ese momento tenía poder para vengarse. Pero no lo hizo. En Génesis 50:20 les

dijo: **“Ustedes pensaron hacerme mal, pero Dios lo encaminó para bien.”** José no dijo que el mal cometido por sus hermanos no fuera mal. Dijo claramente: **“Ustedes pensaron hacerme mal.”** Pero al mismo tiempo contempló la soberanía de Dios, que era mayor que aquel mal. Esta es una fe muy importante para vaciar el odio. Perdonar no significa llamar bueno al mal, sino creer en Dios, que es mayor que el mal.

Cuando sea odiado, no responda al odio con odio

Jesús dijo que sus discípulos podían ser odiados por el mundo. En Juan 15, el Señor dijo que, debido a que el mundo lo había odiado a Él, también odiaría a sus discípulos. Por eso, el simple hecho de que alguien me odie no significa necesariamente que yo esté andando por un camino equivocado. Lo importante es qué elijo cuando soy odiado. Si alguien me odia y yo también comienzo a odiarlo, termino recibiendo en mi propio corazón el odio que esa persona me arrojó. Hebreos 12:3 nos dice que consideremos a Jesús, quien soportó la oposición de los pecadores contra Él. Si cuando somos odiados miramos solamente a la otra persona, nuestro corazón puede endurecerse cada vez más. Pero si miramos a Jesús, quien soportó por nosotros en la cruz, podemos escoger otro camino. Es el camino de no devolver mal por mal, insulto por insulto ni odio por odio.

Perdonar significa no permitir que el odio gobierne mi corazón

Pedro preguntó a Jesús cuántas veces debía perdonar a un hermano que pecara contra él. Jesús le dijo que no perdonara solamente siete veces, sino aun setenta veces siete. Esto no significa que debamos contar el número de veces que perdonamos. Significa que debemos aprender una vida de perdón continuo. Pero no debemos malentender el perdón. Perdonar no significa decir que lo que la otra persona hizo no estuvo mal. No significa actuar como si nunca hubiéramos sido heridos. No significa ocultar un delito. No significa que la confianza se restaure inmediatamente. Tampoco significa que toda relación deba volver necesariamente a ser exactamente como antes. Cuando sea necesario,

debemos establecer límites saludables. Si existe violencia repetida o daño grave, puede ser necesario asegurar nuestra protección y buscar ayuda adecuada. También debemos distinguir entre perdón y reconciliación. Yo puedo comenzar a perdonar delante de Dios, pero la reconciliación plena de una relación puede requerir arrepentimiento sincero y cambio por parte de la otra persona. Por eso, perdonar no es justificar el pecado del otro, sino encomendar a Dios el juicio final sobre esa persona y no permitir que el odio y el deseo de venganza gobiernen mi corazón.

El mayor ejemplo del perdón es la cruz

El lugar más profundo donde vaciamos el odio es, finalmente, la cruz. Jesús no maldijo a quienes lo crucificaban. Al contrario, oró: **“Padre, perdónalos.”** La cruz nos muestra qué clase de amor hemos recibido. No fuimos salvos porque nosotros amáramos primero a Dios. Cristo tampoco murió porque fuéramos dignos del amor de Dios. Cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros. Por eso, la fuerza para perdonar a otros nace finalmente de comprender cuánto hemos sido perdonados nosotros. Si pensamos solamente: **“¿Merece esa persona ser perdonada?”** será difícil perdonar. Pero delante de la cruz cambia la pregunta: **“¿Cuánto me ha perdonado Dios a mí?”** Cuando recordamos esa gracia, podemos ir vaciando poco a poco el odio al que nos aferrábamos. Porque soy una persona perdonada, aprendo a perdonar a los demás.

Cuando vaciamos el odio, el amor comienza a fluir nuevamente

Proverbios 10:12 dice: **“El odio despierta contiendas, pero el amor cubre todas las faltas.”** Cubrir las faltas no significa esconder el pecado ni tolerar el mal. Significa no aferrarnos a las debilidades y errores de otra persona para utilizarlos como herramientas para exaltarnos. El amor no almacena los errores del pasado para sacarlos nuevamente como armas cada vez que surge una discusión. El amor recuerda la gracia que Dios nos ha mostrado e intenta extender esa gracia a los demás. Por eso, vaciar el odio debe comenzar

con quienes están más cerca. Examine las antiguas heridas que ha acumulado contra su cónyuge. Lleve delante de Dios las heridas que guarda hacia sus padres. Examine también la competencia y el resentimiento hacia sus hermanos. Lleve ante el Señor las heridas recibidas en la iglesia y la decepción que siente hacia las personas. Háblele a Dios también de la ira que siente hacia quien le ha hecho difícil la vida en el trabajo. No esconda el odio. Pero tampoco viva aferrándose a él. Debe vaciarlo delante de Dios, una cosa a la vez. Y debe llenar ese lugar con el amor de Cristo.

Principios y pautas prácticas para vaciar el “odio”

¿Cómo podemos, entonces, vaciar realmente el odio en nuestro hogar, iglesia y lugar de trabajo? El odio puede no desaparecer completamente mediante una sola decisión. Cuanto más antigua sea la herida, más puede volver a nuestra memoria; e incluso algo que creíamos haber perdonado puede volver a dolernos. Cuando eso ocurra, no tenemos que pensar que hemos fracasado. Podemos llevarlo nuevamente delante de Dios. Vaciar el odio no es tanto una decisión emocional de una sola vez, sino un proceso en el cual, cada vez que vuelven a surgir la herida y la ira, las entregamos a Dios y escogemos el amor.

1. Cuando descubra una semilla de odio, trátela inmediatamente delante de Dios

No tome a la ligera las pequeñas heridas. Si sigue pensando en alguien y alimentando la ira en su corazón, lleve esa emoción delante de Dios. **“Señor, odio a esa persona.” “Todavía me enoja cuando pienso en lo que ocurrió.” “Incluso deseo que algo malo le suceda.”** Reconozca honestamente delante de Dios lo que hay en su corazón. Fingir que no existe odio no es vaciarlo. Primero debemos reconocer que existe para poder vaciarlo.

2. Cuando la ira sea intensa, no hable ni actúe inmediatamente

Cuando esté enojado, tenga cuidado con sus palabras y acciones. No envíe inmediatamente ese mensaje de texto o correo electrónico. No descargue sobre su cónyuge todo lo que se le ocurra. No derrame su ira sobre sus hijos. Tampoco tome decisiones importantes en el trabajo mientras esté enojado. Deténgase y ore. Si es necesario, tome

distancia y dé tiempo a su corazón para calmarse. Después, diga la verdad con amor. Reprimir la ira y no permitir que la ira nos gobierne son cosas diferentes. No niegue sus emociones, pero no permita que ellas determinen sus palabras y acciones.

3. Encomiende a Dios su deseo de venganza

Vacíe el pensamiento de que usted personalmente tiene que hacer pagar al otro por lo que hizo. Exigir la responsabilidad necesaria y vengarse son cosas diferentes. Si es necesaria la justicia, trate el problema por medios legítimos. Pero no convierta la destrucción de la otra persona en el objetivo de su vida. Ore: **“Dios, no seré el juez. Encomiendo este asunto a tu justicia.”** Uno de los momentos decisivos al vaciar el odio es aquel en que devolvemos a Dios el lugar de Juez que habíamos intentado ocupar.

4. No transmita las heridas de la familia a otros miembros de la familia

No descargue sobre sus hijos las heridas que recibió de su cónyuge. No haga que sus hijos tomen su partido. No compare a un hijo con otro ni muestre favoritismo. Examine su corazón para no repetir con su cónyuge las heridas que usted recibió de sus padres. En una familia se necesita a alguien que corte el flujo del odio. No diga: **“Mis padres también vivieron así, de modo que yo no puedo hacer nada.”** En Cristo podemos escoger de manera diferente. No transmitir las heridas que recibimos a la siguiente persona y detener en nuestra propia generación el flujo del odio es también una práctica importante del vaciamiento.

5. Ore por la persona que lo hirió

Jesús nos enseñó a amar a nuestros enemigos y a orar por quienes nos persiguen. Al principio, esa oración quizá no nazca espontáneamente del corazón. Ore de todos modos.

Puede orar honestamente: **“Señor, todavía no tengo en mi corazón el deseo de bendecir a esta persona. Pero gobierna mi corazón.”** Orar por alguien no significa que deba acercarse inmediatamente a esa persona. Pero puede ejercitarse en salir de un corazón que continuamente la maldice y encomendarla a Dios. Una oración que al principio comenzó con lágrimas puede convertirse algún día en una oración de compasión. Sin embargo, tampoco podemos realizar estas cinco prácticas únicamente con nuestras propias fuerzas. Como el odio está conectado con heridas profundas, puede no desaparecer inmediatamente simplemente porque decidamos: “A partir de ahora no odiaré”. Necesitamos la ayuda del Espíritu Santo. Cuando el Espíritu Santo ilumine nuestro corazón por medio de la Palabra, no debemos ocultar el odio, sino reconocerlo. Y debemos recordar nuevamente el perdón que recibimos en la cruz. Podemos orar así: **“Señor, muéstrame el odio que hay dentro de mí. No permitas que esconda delante de ti la ira, el resentimiento y el deseo de venganza que surgen cuando pienso en quien me hirió. Ayúdame a vaciar mi deseo de convertirme en juez y a encomendarte todo juicio. No permitas que transmita las heridas que recibí a mi cónyuge, a mis hijos ni a otras personas, y no permitas que pague odio con odio. Hazme comprender profundamente el amor del Señor que me perdonó en la cruz, y llena con el amor de Cristo mi corazón vaciado de odio.”**

Vaciar el odio no significa vivir como si nunca hubiéramos sido heridos. Tampoco significa decir que lo malo no fue malo. Vaciar el odio significa no entregar a la persona que me hirió el lugar de señor de mi corazón. Significa no permitir que, debido al mal cometido por otra persona, mi corazón viva toda la vida encadenado a la ira y al resentimiento. Significa vaciar mi deseo de convertirme en juez y encomendarlo todo a la justicia de Dios. Y significa ir llenando ese lugar vacío con el amor y el perdón de Cristo. Debemos vaciar el odio de Caín. Debemos vaciar el deseo de venganza de Esaú. Debemos vaciar los celos y el odio de Saúl. Como José, debemos mirar la mano de Dios, que es mayor que la maldad humana. Y, sobre todo, debemos mirar a Jesús, quien en la cruz perdonó incluso a quienes lo odiaban. El odio dice: **“Tengo que hacerle pagar.”** La fe confiesa: **“Lo encomendaré a**

Dios.” El odio nos hace vivir aferrados a nuestras heridas, **pero el amor nos hace vivir aferrados a la cruz.** Por eso debemos preguntarnos cada día: **“¿A quién sigo odiando?”** **“¿Cuál es la herida que no puedo soltar y en la que pienso repetidamente?”** **“¿Hay alguien a quien quiero juzgar y hacer pagar personalmente?”** **“¿Estoy transmitiendo las heridas que recibí a mi cónyuge o a mis hijos?”** Lleve ese nombre y esa herida delante de Dios. Y vacíelos uno por uno. El propósito del vaciamiento no es convertirnos en personas vacías. Es llenar con el amor de Cristo el lugar que ha quedado vacío del odio. Así, nuestros hogares, iglesias y lugares de trabajo dejarán de ser canales por los cuales fluye el odio y se convertirán en canales por los cuales fluye el amor de Cristo. **Este es el camino de “vaciar el odio” que debemos recorrer cada día.**

Capítulo 9:

Vaciar los “malos pensamientos”

En el capítulo anterior examinamos cómo debemos vaciar el odio que se ha instalado en nuestro corazón y llenar ese lugar con el amor y el perdón de Cristo. Ahora queremos avanzar un paso más hacia lo profundo. Nos dirigimos a los “pensamientos” del corazón: aquello que surge antes de nuestras palabras y acciones, que otras personas no pueden ver fácilmente, pero que Dios sí ve.

A lo largo de un solo día tenemos innumerables pensamientos. Desde el momento en que abrimos los ojos por la mañana hasta que nos acostamos por la noche, pasan continuamente por nuestro corazón pensamientos que juzgan y comparan a las personas, sentimientos de resentimiento y odio, codicia y preocupación, orgullo y envidia, y el deseo de ser reconocidos. Sin embargo, aquí necesitamos hacer una distinción importante. Una cosa es que un pensamiento aparezca momentáneamente, y otra muy distinta es recibir ese pensamiento en el corazón y seguir aferrándonos a él. Independientemente de nuestra voluntad, un pensamiento inapropiado puede aparecer de repente. Puede cruzar por nuestra mente un pensamiento de odio hacia alguien, o puede surgir en nosotros un sentimiento de celos hacia otra persona. Lo importante no es condenarnos simplemente porque ese pensamiento haya aparecido, sino cómo tratamos ese pensamiento. Si nos aferramos a un pensamiento pasajero, pensamos repetidamente en él, lo alimentamos en nuestro corazón, lo disfrutamos y comenzamos a justificarlo, ese pensamiento irá dominando cada vez más nuestro corazón. Y el pensamiento que ha crecido en el corazón terminará influyendo en nuestras palabras y acciones. Por eso, vaciar los malos pensamientos no significa convertirnos en personas que no piensan en nada. Significa que,

cuando entra en nosotros un pensamiento que no agrada a Dios, no lo albergamos ni lo alimentamos en nuestro corazón, sino que lo discernimos delante de la Palabra y lo sometemos a Cristo.

Los malos pensamientos comienzan en el corazón

Cuando Jesús habló acerca de lo que contamina al ser humano, señaló lo más profundo del corazón humano. En Mateo 15:19, el Señor dijo: “Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las inmoralidades sexuales, los robos, los falsos testimonios y las calumnias”. También en Marcos 7:21–23 dijo que diversas formas de maldad salen del interior del ser humano, es decir, del corazón. Solemos pensar en el pecado principalmente en términos de acciones. ¿Mentí? ¿Robé algo que pertenecía a otra persona? ¿Hice daño a alguien? ¿Cometí un acto de inmoralidad sexual? Por supuesto, nuestras acciones son importantes. Pero Jesús miró a un lugar más profundo que nuestras acciones. El Señor mira el corazón que produce esas acciones. Santiago 1:15 dice que el deseo, después de haber concebido, da a luz el pecado; y el pecado, una vez consumado, da a luz la muerte. El pecado no aparece de repente un día convertido en una acción. Si seguimos albergando un pensamiento que ha entrado en nuestro corazón, este puede crecer hasta convertirse en deseo; y si continuamos siguiendo ese deseo, finalmente puede manifestarse en acciones. Por eso, vaciar los malos pensamientos no consiste solamente en corregir las acciones que ya han aparecido, sino en examinar delante de Dios incluso la dirección del corazón que produce esas acciones.

Delante de Dios ni siquiera nuestros pensamientos pueden esconderse

Una de las razones por las que los malos pensamientos son peligrosos es que otras personas no pueden verlos fácilmente. Podemos odiar a alguien en nuestro corazón y, al mismo tiempo, sonreírle. Podemos sentir celos y, sin embargo, felicitarlo. Podemos desear que alguien fracase y, exteriormente, comportarnos como si buscáramos su bienestar. Las

personas no pueden conocer todo lo que hay en nuestro corazón. Pero no podemos esconderlo de Dios. En Mateo 9:4, cuando los escribas juzgaban a Jesús dentro de sus corazones, el Señor conoció sus pensamientos y les dijo: “¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones?” Todavía no habían expresado esos pensamientos con sus labios. Sin embargo, Jesús ya sabía lo que estaban pensando. Este hecho nos plantea preguntas muy importantes: **“Cuando nadie lo sabe, ¿en qué pienso?” “¿Estoy repitiendo y disfrutando en mi corazón pensamientos que no podría contarles a otras personas?” “¿Hasta qué punto coincide la persona que muestro exteriormente con el corazón que Dios ve?”** La verdadera santidad no termina en parecer una buena persona delante de los demás. Significa presentar delante de Dios incluso los lugares del corazón que nadie más puede ver.

Los malos pensamientos también pueden aparecer bajo una apariencia religiosa

Los malos pensamientos no siempre aparecen como pecados evidentes. A veces pueden parecer incluso celo espiritual. **“Tengo más fe que esa persona.” “Conozco la Biblia mejor que esa persona.” “La fe de esa persona está equivocada.” “Yo tengo razón y esa persona está equivocada.”** Estas afirmaciones pueden parecer discernimientos espirituales, pero detrás de ellas pueden esconderse orgullo, condenación y un sentimiento de superioridad. Jesús veía incluso el corazón de las personas que exteriormente parecían religiosas y piadosas. En Mateo 22:18, Jesús conoció las malas intenciones de quienes intentaban ponerlo a prueba. Por eso, no debemos confundir el celo por Dios con la justicia propia. El hecho de conocer mucho la Palabra no debe convertirse en una razón para mirar a otros por debajo de nosotros. Tampoco el hecho de haber vivido muchos años en la fe nos da derecho a juzgar descuidadamente la fe de otra persona. Cuanto más conocemos la Palabra, menos debemos convertirnos en personas que juzgan a otros y más debemos aprender a colocarnos primero nosotros mismos delante de la Palabra.

Debemos vaciar los “cálculos” de nuestro corazón

Entre los malos pensamientos existe uno que nos resulta muy familiar: calcular a las personas dentro de nuestro corazón. Lucas 9:46 relata que surgió una discusión entre los discípulos acerca de quién de ellos sería el mayor. La palabra griega utilizada aquí, *dialogismós* (διαλογισμός), está relacionada con el pensamiento, el razonamiento y los juicios que tienen lugar dentro del corazón. Antes de que la discusión saliera de la boca de los discípulos, los cálculos ya habían comenzado en sus corazones. **“¿Quién es más importante?” “¿Quién recibe mayor reconocimiento?” “¿Por qué esa persona está por delante de mí?”** Nosotros también hacemos a veces cálculos interiores al relacionarnos con otras personas. **“Yo he hecho todo esto por esa persona; ¿qué ha hecho ella por mí?” “¿Por qué tengo que ser yo quien ceda primero?” “¿Qué beneficio obtendré si me acerco a esa persona?” “Si ayudo a esta persona, ¿qué recibiré a cambio?”** Cuando estos pensamientos dominan nuestro corazón, comenzamos a ver a las personas no como personas a quienes debemos amar, sino como objetos cuyo beneficio y perjuicio debemos calcular. Si alguien me trata bien, me agrada. Si alguien me resulta útil, me acerco a él. Si alguien me reconoce, lo amo. Pero si no satisface mis expectativas, cierro la puerta de mi corazón. Sin embargo, Jesús no nos dijo que calculáramos a las personas. Nos dijo que las amáramos. Por eso, vaciar los malos pensamientos no consiste únicamente en eliminar algunos pensamientos negativos, sino también en vaciar el corazón que intenta calcular y evaluar a las personas según el beneficio que puedan proporcionarme.

El amor no registra el mal en el libro de cuentas del corazón

Primera de Corintios 13:5 dice acerca del amor que “no lleva cuenta del mal”. La palabra griega *logízetai* (λογίζεται), traducida aquí en el sentido de “llevar cuenta”, contiene los significados de calcular, contar y registrar. Por eso, esta expresión incluye la idea de no continuar registrando y calculando en el libro de cuentas de nuestro corazón las faltas cometidas por otra persona. Las personas recuerdan las heridas durante mucho tiempo. **“Aquella persona me hizo eso entonces.” “¡Cuánto sufrí por culpa de aquello!” “Esta vez definitivamente tengo que devolvérselo.”** Podemos registrar de esta manera los

errores del pasado en el libro de cuentas del corazón y volver a sacarlos cada vez que surge un conflicto. Pero el amor no actúa así. Esto no significa que debemos obligarnos a olvidar nuestras heridas. Tampoco significa actuar como si el mal nunca hubiera ocurrido. Ni significa encubrir un problema que necesita ser resuelto. Significa no utilizar la herida como un registro con el cual condenar y atacar continuamente a la otra persona. Proverbios 17:9 dice que quien cubre una falta busca el amor. El amor no elimina la memoria. El amor se niega a utilizar la memoria como arma de venganza.

No clasifique a las personas dentro de su corazón

Los cálculos del corazón pueden conducir a la discriminación. Santiago 2:1-4 reprende la actitud de dar un buen asiento al rico dentro de la iglesia mientras se relega al pobre a un lugar inferior. ¿Por qué sucede esto? Porque, en lugar de mirar a las personas como seres creados a imagen de Dios, las evaluamos según cuánto beneficio puedan proporcionarnos. También dentro de nuestro corazón puede formarse una clasificación invisible: **“Esta persona tiene mucho dinero.” “Esta persona tiene influencia.” “Me beneficiará estar cerca de esta persona.” “Aquella persona no puede hacer nada por mí.”** Pero Dios no hace acepción de personas por su apariencia exterior. Por eso, también en la iglesia debemos vaciar el corazón que trata a las personas de manera diferente según su riqueza, profesión, educación, posición social o influencia. Lo mismo sucede en el lugar de trabajo. Si somos amables solamente con quienes ocupan cargos superiores, mientras tratamos sin respeto a quienes están por debajo de nosotros, debemos examinar nuestro corazón. Lo mismo sucede en la familia. Debemos preguntarnos si valoramos más al hijo que tiene buenos resultados mientras comparamos al hijo que tiene dificultades con sus hermanos. El valor de una persona no se determina por cuánto puede beneficiarme. Cuando vaciamos el corazón que calcula a las personas, comenzamos por fin a verlas como seres creados a imagen de Dios.

Debemos cuidarnos del corazón que intenta calcular incluso a Dios

El corazón que calcula a las personas puede llegar, en algún momento, a introducirse también en nuestra relación con Dios. **“He orado tanto; ¿por qué Dios no me da esto?” “He servido tanto; ¿por qué sigo teniendo dificultades en mi vida?” “He dado todo esto a Dios; ¿no debería Dios darme a cambio esta cantidad de bendición?”** Cuando estos pensamientos dominan nuestro corazón, incluso la fe se convierte en una transacción. Simón, en Hechos 8, intentó obtener el poder de Dios con dinero. En lugar de recibir la gracia de Dios como un regalo, la consideró algo que podía poseer y utilizar. Primera de Timoteo 6 también advierte contra la actitud de considerar la piedad como un medio de ganancia. Nosotros también debemos preguntarnos: **“¿Amo a Dios, o intento obtener por medio de Dios lo que yo deseo?” “¿Estoy agradecido por la gracia misma de Dios, o solamente doy gracias cuando Dios me concede lo que quiero?”** Cuando comenzamos a calcular la gracia, desaparece la gratitud. Cuando calculamos el amor, el servicio se convierte en una transacción. Cuando calculamos la fe, podemos llegar incluso a convertir a Dios en un medio para satisfacer nuestros deseos. Por eso, delante de Dios debemos aprender confianza en lugar de cálculo.

Los pensamientos que albergamos pueden crecer hasta convertirse en acciones

La Biblia presenta diversos ejemplos en los que pensamientos y deseos terminan convirtiéndose en acciones reales. En Josué 7, Acán vio el botín. Lo codició. Y finalmente lo tomó y lo escondió. Al principio era un deseo dentro del corazón. Pero como no trató ese deseo, terminó convirtiéndose en una acción. Lo mismo ocurrió con Judas Iscariote. Juan 13:2 relata que el diablo había puesto en el corazón de Judas el pensamiento de entregar a Jesús. Después, aquella intención de traicionarlo se manifestó en una acción real. Por eso no debemos tomar nuestros pensamientos a la ligera. Segunda de Corintios 10:5 nos dice que debemos **“llevar cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo”**. Esto no significa que todo pensamiento sea pecado desde el instante mismo en que aparece. Lo importante es si nos aferraremos a ese pensamiento y lo seguiremos, o si lo someteremos

a Cristo. Los pensamientos pueden llegar, pero debemos discernir delante de la Palabra si les daremos o no un lugar en nuestro corazón.

Si dejamos sin tratar los malos pensamientos, nuestro discernimiento se debilita

Si continuamos albergando malos pensamientos, nuestra sensibilidad hacia el pecado puede ir disminuyendo. Algo que al principio incomodaba nuestra conciencia puede llegar a parecernos completamente normal. Al principio podemos pensar que juzgar a otra persona está mal, pero después de repetirlo muchas veces podemos justificarlo diciendo: **“Yo solamente dije la verdad.”** Algo que al principio reconocíamos como codicia puede llegar a disfrazarse como: **“Solamente deseo tener éxito.”** Incluso un sentimiento que comenzó como envidia puede explicarse diciendo: **“Es porque esa persona tiene un problema.”** Así engaña el pecado nuestros pensamientos. Por eso Proverbios 4:23 dice: **“Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón.”** El creyente no debe tomar sus pensamientos a la ligera. **“¿En qué estoy pensando continuamente últimamente?”** **“¿Los pensamientos acerca de quién están dominando mi corazón?”** **¿Estos pensamientos me acercan a Dios, o me llevan hacia el odio, el orgullo y la codicia?”** Debemos hacernos estas preguntas con frecuencia.

Abra a Dios la habitación secreta de su corazón

Existe en nuestro corazón una habitación secreta en la que nadie más puede entrar. Quizá nuestra familia no la conozca. Quizá nuestro cónyuge tampoco. Quizá los miembros de nuestra iglesia tampoco la conozcan. Allí imaginamos, juzgamos y deseamos libremente. Por eso, la verdadera batalla espiritual tiene lugar donde los ojos humanos no pueden ver. Podemos parecer piadosos delante de las personas mientras condenamos a alguien dentro de nuestro corazón. Podemos bendecir con nuestros labios y, al mismo tiempo, desear interiormente que esa persona fracase. Pero Dios ve incluso esa habitación secreta. Por

eso debemos abrirle la puerta. No esconda nada. No ponga excusas. No racionalice. Ore como David: **“Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos. Ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno” (Salmo 139:23–24).** Esta oración no tiene como propósito condenarnos. Es una oración que pide a Dios que nos permita examinar honestamente nuestro corazón delante de Su luz.

Llene con la Palabra el lugar que ha sido vaciado de malos pensamientos

No basta con vaciar los malos pensamientos. El propósito no es dejar vacío el corazón. Romanos 12:2 nos dice que seamos transformados mediante la renovación de nuestra mente. Filipenses 4:8 nos exhorta a pensar en todo lo verdadero, honorable, justo, puro, amable y digno de alabanza. La Biblia no se limita a decir: **“No tengas malos pensamientos.”** También nos enseña en qué debemos pensar. Por eso, cuando surja el odio, piense en el perdón. Cuando surja la envidia, dé gracias por la gracia que Dios ha concedido a esa persona. Cuando surja el orgullo, recuerde que todo lo que ha recibido es gracia. Cuando quiera condenar a alguien, recuerde que usted también necesita la misericordia de Dios. Cuando surja la codicia, cuente las gracias que ya ha recibido. Sobre todo, piense en Jesucristo. La mejor manera de vaciar los malos pensamientos no consiste en esforzarnos por no pensar en nada, sino en permitir que la Palabra renueve nuestros pensamientos. Debemos permitir que la mente de Cristo gobierne nuestros pensamientos.

Principios y pautas prácticas para vaciar los “malos pensamientos”

Entonces, ¿cómo podemos ir vaciando los malos pensamientos en nuestra vida cotidiana? Como los pensamientos son invisibles, es fácil dejarlos sin tratar. Sin embargo, entrenarnos para gobernar nuestros pensamientos constituye un punto de partida importante para transformar nuestras palabras y acciones en el hogar, la iglesia y el lugar de trabajo. Podemos practicar los siguientes cinco principios en nuestra vida.

1. Cuando surja un mal pensamiento, practique: “Deténgase–Discierna–Ore–Reemplace”

Cuando surja un mal pensamiento, no lo siga automáticamente. Primero, deténgase. **“¿Qué clase de pensamiento está entrando ahora en mi corazón?”** Reconozca el pensamiento. Después, discierna. **“¿Concuerda este pensamiento con la Palabra de Dios?” “¿Me dirige hacia el amor, la verdad y la santidad, o hacia el odio, el orgullo y la codicia?”** Después ore: **“Señor, no permitas que albergue y alimente este pensamiento en mi corazón. Haz que mis pensamientos se sometan a Cristo.”** Finalmente, reemplázelo. No intente solamente borrar por la fuerza el mal pensamiento. Reemplázelo con un pensamiento que concuerda con la Palabra. En lugar del odio, escoja el perdón. En lugar de la envidia, la bendición. En lugar del orgullo, la humildad. En lugar de la codicia, la gratitud y la generosidad. En lugar de la condenación, la misericordia. Vaciar los malos pensamientos no significa eliminarlos por la fuerza, sino discernirlos delante de la Palabra y reemplazarlos por pensamientos conformes a la voluntad de Cristo.

2. En la familia, no registre las faltas del pasado en el libro de cuentas de su corazón

En la familia conocemos muy bien las debilidades unos de otros. Por eso, cuando surge un conflicto, fácilmente sacamos a relucir los errores del pasado. **“Tú también hiciste eso antes.” “Hace varios años eras exactamente igual.” “Todavía recuerdo aquello.”** Los problemas que necesitan ser resueltos deben conversarse honestamente. Tampoco es necesario obligarnos a olvidar nuestras heridas. Pero no saque nuevamente, cada vez que discutan, algo que ya había perdonado para utilizarlo como arma contra la otra persona. No continúe registrando las faltas de su cónyuge en el libro de cuentas de su corazón. No defina al hijo que tiene hoy por los errores que cometió en el pasado. Y no compare las debilidades de un miembro de la familia con las de otro. El amor no lleva cuenta del mal. Vaciar nuestros pensamientos dentro de la familia no significa olvidar todas las faltas de nuestros familiares, sino vaciar el corazón que se aferra a esas faltas para condenarlos.

3. En la iglesia y en la comunidad, no clasifique a las personas dentro de su corazón

No juzgue el valor de una persona por su riqueza, profesión, educación o influencia. No sea amable solamente con quienes pueden beneficiarlo. No juzgue como malas toda la personalidad y toda la fe de una persona simplemente porque sus opiniones sean diferentes de las suyas. No prejuzgue a alguien solamente porque ha escuchado rumores. No participe fácilmente en conversaciones acerca de las debilidades de otros. Especialmente en la iglesia, debemos cuidarnos del corazón que considera a una persona espiritualmente superior y a otra inferior. Todos somos personas necesitadas de la gracia de Dios. El evangelio no divide a las personas en categorías, sino que nos enseña a mirarnos como hermanos y hermanas en Cristo.

4. En el lugar de trabajo, piense primero en la honestidad y el amor antes que en las ganancias y pérdidas

En el trabajo es necesario calcular. En los negocios debemos calcular costos y ganancias, y también tomar decisiones responsables. Por eso, no todo cálculo es malo. El problema es el corazón dispuesto a abandonar la honestidad, la justicia y el amor con tal de obtener ganancias. No esconda hechos importantes en un contrato. No se aproveche de una debilidad que la otra parte desconoce para obtener una ganancia injusta. No difunda falsedades para destruir a un competidor. No se atribuya los méritos de un compañero de trabajo. Cuando tome una decisión importante, no pregunte solamente: **“¿Cuánto me beneficia esto?”** Pregunte también: **“¿Es esto honesto delante de Dios?”** El lugar de trabajo del creyente también es un lugar donde vivimos delante de Dios.

5. Al terminar el día, examine delante de Dios los pensamientos de su corazón

Antes de acostarse, aunque sea durante un momento, examine su corazón a lo largo del día. **“¿A quién juzgué hoy?” “¿Contra quién guardé resentimiento?” “¿Sentí celos del éxito de alguien?” “¿Traté a las personas según el beneficio que podían proporcionarme?” “¿Intenté comprometer la honestidad por mi propio beneficio?” “¿He estado aferrándome, donde nadie puede verme, a pensamientos que no agradan a Dios?”** Después, haga la oración del Salmo 139: **“Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón... y guíame en el camino eterno.”** Si descubre algo incorrecto, arrepíentase. Si hay alguien a quien necesita perdonar, mencione su nombre delante de Dios. Si existe algo que debe corregir, póngalo en práctica al día siguiente. El hábito de examinar delante de Dios los pensamientos de cada día nos ayuda a colocar nuestros pensamientos bajo la Palabra, en lugar de dejarnos arrastrar por ellos. Sin embargo, no debemos intentar realizar todas estas prácticas solamente mediante nuestra voluntad y nuestro esfuerzo. No somos personas capaces de controlar perfectamente nuestros pensamientos.

Necesitamos la ayuda del Espíritu Santo. El Espíritu Santo debe iluminar nuestro corazón por medio de la Palabra, ayudarnos a discernir qué pensamientos agradan a Dios y renovar nuestra mente. Por eso podemos orar: **“Señor, examina mi corazón y mis pensamientos. Muéstrame los malos pensamientos de mi corazón que las personas no pueden ver, pero que Tú conoces. No permitas que esconda ni justifique los pensamientos con los que juzgo y calculo a los demás, los odio y envidia, y busco solamente mi propio beneficio. Cuando surjan malos pensamientos, ayúdame a no aferrarme a ellos ni alimentarlos, sino a discernirlos delante de Tu Palabra y a someter todo pensamiento a Cristo. Ayúdame a colocar la Palabra de Dios por encima de mis propios pensamientos y a buscar la voluntad de Dios por encima de mis deseos. Llena con Tu Palabra y con Tu Espíritu mi corazón vaciado de malos pensamientos, y forma en mí la mente de Cristo.”** Vaciar los malos pensamientos no significa convertirnos en personas que no piensan absolutamente nada. Tampoco significa eliminar nuestro propio pensamiento. Vaciar los malos pensamientos significa impedir que mis pensamientos se conviertan en los señores de mi vida y someter todo pensamiento a Cristo. Significa colocar la Palabra de Dios por encima de mis pensamientos, buscar la voluntad de Dios por encima de mis deseos y seguir la mente de Cristo en lugar de mi propio juicio. El propósito del vaciamiento no es convertirnos en personas vacías. Es llenar con la Palabra de Dios el lugar vaciado de malos pensamientos, vivir bajo el gobierno del Espíritu Santo y tener la mente de Cristo. Por eso, hoy también debemos examinar nuestro corazón. Debemos observar qué pensamientos están entrando, a cuáles nos estamos aferrando y cuáles están creciendo dentro de nuestro corazón. Y cuando descubramos pensamientos que no agradan a Dios, no debemos esconderlos, sino vaciarlos delante de Él. Llene ese lugar vacío con la Palabra. Llénelo con el amor de Cristo. Entréguelo al gobierno del Espíritu Santo. Cuando cambian nuestros pensamientos, cambian nuestras palabras. Cuando cambian nuestras palabras, cambian nuestras acciones. Y a medida que cambian nuestras acciones, también nuestra vida comienza a cambiar poco a poco. Los malos pensamientos insisten: **“Mis pensamientos tienen razón.”** Pero la fe confiesa: **“Incluso mis pensamientos deben ser**

examinados delante de la Palabra.” Vaciar los malos pensamientos y someter todo pensamiento a Cristo: este es el camino de “vaciar los malos pensamientos” que debemos recorrer cada día.

Capítulo 10:

Vaciar la “inmoralidad sexual”

“El que comete adulterio es falto de entendimiento; el que hace tal cosa destruye su propia alma. Recibirá heridas y deshonra, y su vergüenza no podrá ser borrada” (Pr. 6:32–33).

En el capítulo anterior examinamos los malos pensamientos que se alojan en nuestro corazón. Jesús no miró solamente las acciones que se manifiestan exteriormente, sino también el corazón donde comienzan esas acciones. Sin embargo, entre los malos pensamientos que pueden arraigarse en nuestro corazón, hay uno del cual debemos cuidarnos especialmente: un corazón sexualmente inmoral y la lujuria.

El pecado sexual no aparece repentinamente un día en forma de una acción. Cuando seguimos guardando en el corazón lo que hemos visto con nuestros ojos, permitimos que nuestro corazón sea atraído hacia una persona por quien no deberíamos sentir ese tipo de interés, y alimentamos repetidamente deseos equivocados, todo ello puede finalmente conducirnos a la acción. Eso fue lo que ocurrió con David. En 2 Samuel 11, David estaba caminando por la azotea del palacio real cuando vio a una mujer que se estaba bañando. La mujer era muy hermosa. Pero David no se detuvo allí. Mandó averiguar quién era aquella mujer. Y aun después de saber que era Betsabé, esposa de Urías, mandó traerla y cometió adulterio con ella. El pecado de David no se consumó en un solo instante. Vio. Se interesó. Averiguó. Y finalmente llevó su deseo a la acción. Por lo tanto, vaciar la inmoralidad sexual no significa simplemente abstenerse del acto final del adulterio. Vaciar la inmoralidad sexual significa vaciar del corazón la actitud que mira a otra persona como un objeto para

satisfacer nuestros propios deseos, y guardar nuestros ojos, nuestro corazón y nuestro cuerpo dentro del orden del amor establecido por Dios.

Jesús miró el corazón, no solamente la acción

Jesús dijo en el Sermón del Monte: “Habéis oído que fue dicho: ‘No cometerás adulterio’. Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla ya adulteró con ella en su corazón” (Mt. 5:27–28). Jesús llevó el problema del adulterio más allá del nivel de la conducta y lo llevó hasta el nivel del corazón. El hecho de no haber cometido físicamente adulterio no significa necesariamente que el corazón esté limpio. Aquí es importante distinguir entre reconocer simplemente la belleza de una persona y mirar a esa persona como objeto de deseo sexual. El mero hecho de mirar a otra persona no es en sí mismo pecado. Tampoco debemos considerar el deseo sexual en sí mismo como algo incondicionalmente malo, separado del hecho de que Dios creó al ser humano como hombre y mujer. El problema surge cuando separamos la sexualidad que Dios nos ha dado de la voluntad y del orden de Dios, y la utilizamos como un medio para satisfacer nuestros propios deseos. El pecado comienza a crecer cuando miramos a otra persona no como una persona íntegra, sino como un objeto para satisfacer nuestros deseos; cuando deliberadamente alimentamos la lujuria hacia esa persona, la disfrutamos repetidamente en nuestro corazón e intentamos cruzar los límites establecidos por Dios. Por lo tanto, las palabras de Jesús no son simplemente una advertencia para que tengamos cuidado con nuestras acciones. Son un llamado a examinar delante de Dios incluso nuestra mirada y nuestro corazón.

La inmoralidad sexual destruye tanto a uno mismo como a los demás

Proverbios 6 advierte que la persona que comete adulterio termina destruyéndose a sí misma. El pecado sexual no es solamente un asunto privado. Puede causar heridas profundas al cónyuge. Puede dejar heridas en los hijos. Puede sacudir a toda una familia.

También puede destruir la confianza dentro de la iglesia y de la comunidad. Y cuando comenzamos a ocultar el pecado, fácilmente vienen otros pecados detrás de él. Comenzamos a mentir. Ocultamos el teléfono y los mensajes. Escondemos dónde hemos estado y lo que hemos hecho. Podemos actuar delante de las personas como si nada estuviera ocurriendo, mientras vivimos en secreto otra vida. De esta manera, la inmoralidad sexual trae consigo la mentira y la hipocresía. Por eso no debemos tomar a la ligera el comienzo. “¿Qué problema hay con mirar una sola vez?” “¿Qué importa si solamente lo pienso en mi corazón?” “Solo tenemos una relación cercana.” “Todavía no ha sucedido nada.” Si continuamos tranquilizándonos de esta manera, puede llegar un momento en que nos encontremos en un lugar al que jamás pensamos que llegaríamos. Uno de los caminos más sabios para vencer el pecado no consiste en llegar hasta el último momento y entonces intentar resistir, sino en cambiar de dirección desde el principio y apartarse del camino del pecado.

Debemos guardar nuestros ojos y nuestro corazón

Primera de Juan 2:16 nos advierte acerca de “los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida”. Nuestros ojos influyen en nuestro corazón. Por eso importa lo que miramos. Sin embargo, la inmoralidad sexual no siempre comienza solamente por los ojos. Puede comenzar con la soledad. Puede comenzar con el deseo de recibir reconocimiento. Puede comenzar cuando, en medio de la insatisfacción con el cónyuge o de conflictos en la relación matrimonial, una persona comienza a apoyarse emocionalmente en alguien más. La lujuria también puede crecer al mirar repetidamente determinados contenidos en internet, videos o redes sociales. Nuestro corazón también puede comenzar a inclinarse hacia alguien que encontramos en el trabajo o en la iglesia cuando desarrollamos con esa persona una intimidad emocional mayor de la necesaria. Por lo tanto, no debemos preguntarnos solamente: “¿Qué estoy mirando?” También debemos preguntarnos: “¿Hacia quién se dirige ahora mi corazón?” “¿En quién estoy buscando la intimidad que debería recibir de mi cónyuge?” “¿La atención y el

reconocimiento de quién están atrayendo excesivamente mi corazón?” “¿Qué miro y qué pienso repetidamente cuando estoy solo?” Debemos examinarnos honestamente delante de estas preguntas.

No confíe demasiado en usted mismo frente a la tentación

Proverbios 7 nos muestra a una persona que cae en la tentación sexual. Se acerca a un lugar peligroso. Entra voluntariamente en una situación que debería evitar. Y finalmente escucha las palabras de la tentación y las sigue. Aquí aprendemos un principio importante. Vencer la tentación no significa entrar en medio de ella para demostrar cuán fuerte es nuestra voluntad. Evitar lo que debe evitarse es sabiduría. No mire lo que no debe mirar. Si hay algo que debe eliminar, elimínelo. No entre en sitios a los que no debería entrar. No continúe comunicaciones privadas innecesarias. Si una relación está moviendo su corazón en una dirección equivocada, establezca límites apropiados. Si repetidamente cae en pecado durante determinados momentos o en ciertos espacios cuando está solo, cambie ese entorno. “Yo estoy bien.” “Soy pastor, así que estoy bien.” “Llevo muchos años viviendo la vida cristiana, así que puedo vencer algo como esto.” “Solo somos amigos cercanos.” Esta clase de confianza en uno mismo puede ser precisamente lo que nos ponga en peligro. Reconocer nuestra debilidad es sabiduría. La persona que lucha contra el pecado no es la que permanece cerca del pecado y se jacta de su propia fuerza, sino la que evita el lugar del pecado y se acerca a Dios.

Mire a las personas como seres dignos, no como objetos de deseo

Uno de los problemas más profundos de la inmoralidad sexual se encuentra en la manera en que miramos a los demás. Dios creó al ser humano a Su imagen. Por lo tanto, el cuerpo de otra persona no es un objeto que yo pueda mirar, imaginar y utilizar libremente según mis deseos. Debemos respetar a las personas del sexo opuesto que encontramos en el trabajo. Debemos respetar a las personas del sexo opuesto que encontramos en la iglesia.

También debemos recordar que las personas que vemos en internet son seres humanos creados a imagen de Dios. Cuando comenzamos a mirar a otra persona como objeto de deseo, su personalidad y su dignidad quedan relegadas, mientras nuestro propio deseo ocupa el primer lugar. Eso no es amor. El amor busca el bien de la otra persona, pero la lujuria busca satisfacer los propios deseos a través de ella. El amor respeta a la otra persona, pero la lujuria busca utilizarla. El amor respeta los límites, pero la lujuria intenta traspasarlos. Por lo tanto, vaciar la inmoralidad sexual no consiste solamente en reprimir el deseo sexual. Consiste en recuperar una mirada que vuelva a ver a la persona como persona.

El matrimonio dado por Dios es un hermoso regalo

La Biblia no enseña que la sexualidad en sí misma sea sucia. Dios creó al hombre y a la mujer, y dentro del pacto del matrimonio hizo que el esposo y la esposa se amaran y llegaran a ser una sola carne. Por lo tanto, el amor matrimonial y la intimidad sexual dentro del matrimonio son hermosos regalos de Dios. El problema surge cuando tomamos el regalo que Dios nos ha dado, lo separamos de la voluntad y del orden de Dios y lo utilizamos para satisfacer nuestros propios deseos. Los esposos no deben tratarse mutuamente como instrumentos para satisfacer sus deseos. Deben amarse, respetarse y cuidarse mutuamente. También en la relación sexual, el amor, la responsabilidad y la consideración mutua son más importantes que las exigencias unilaterales. La intimidad matrimonial debe desarrollarse en el amor, no en la posesión. La sexualidad que Dios nos ha dado es hermosa. Pero la lujuria que sale de los límites establecidos por Dios distorsiona ese hermoso regalo.

No compare a su cónyuge con otra persona

Proverbios 5:18 dice: “Alégrate con la mujer de tu juventud”. La persona casada debe valorar al cónyuge que Dios le ha permitido tener y aprender satisfacción y fidelidad dentro del pacto matrimonial. Pero cuando comienza la comparación, la satisfacción empieza a

tambalearse. “Esa persona es más atractiva que mi cónyuge.” “Esa persona me comprende mejor que mi cónyuge.” “Esa persona me escucha mejor.” “Cuando estoy con esa persona, siento que me aprecia más.” Si seguimos alimentando estos pensamientos, las deficiencias de nuestro cónyuge comenzarán a parecernos cada vez mayores y las cualidades de la otra persona cada vez más grandes. Y puede llegar un momento en que el corazón abandone al cónyuge antes que el cuerpo. Por eso, la fidelidad matrimonial no significa únicamente no cometer adulterio físico. Significa vivir fielmente hacia nuestro cónyuge en el corazón, el cuerpo y la relación. Vuelva a mirar las cualidades de su cónyuge. Exprese gratitud. Escúchense mutuamente. Cultiven la intimidad. Hablen con honestidad acerca de sus necesidades. Si hay heridas, no las ignoren; hablen de ellas. El matrimonio no es una relación que se vuelve saludable por sí sola. El amor necesita ser cuidado.

Las dificultades matrimoniales no pueden convertirse en una razón para el adulterio

Puede haber conflictos entre marido y mujer. Puede surgir distancia emocional. Puede haber dificultades sexuales. Las necesidades de ambos pueden ser diferentes. No debemos tomar estos problemas a la ligera. Los esposos deben hablar honestamente y, cuando sea necesario, buscar ayuda sabia y cuidar su relación. Pero una cosa es clara. El hecho de que la relación matrimonial sea difícil no justifica el adulterio. “Mi cónyuge no me comprendió.” “Mi cónyuge no me amó.” “Nuestro matrimonio no ha estado bien desde hace mucho tiempo.” Estas dificultades deben tratarse seriamente, pero no pueden convertirse en razones para responsabilizar a otra persona por nuestro propio adulterio. La responsabilidad por el pecado está en nuestra propia elección. Por lo tanto, cuando surgen problemas, en vez de trasladar nuestro corazón hacia otra persona, primero debemos hablar honestamente con nuestro cónyuge y examinar nuestro propio corazón delante de Dios. Ser fiel al cónyuge no significa simplemente abstenerse de tener una relación con otra persona. Significa amar y respetar al cónyuge que Dios nos ha dado y vivir fielmente a ese pacto con el corazón, el cuerpo y toda la vida.

Ante el problema de la inmoralidad sexual, examínese a usted mismo antes que a los demás

El pecado sexual también es un tema que fácilmente puede llevarnos a condenar a otras personas. Podemos ser extremadamente sensibles al pecado de los demás mientras permanecemos insensibles a la lujuria que hay en nuestro propio corazón. En Juan 8, la gente llevó ante Jesús a una mujer sorprendida en adulterio. Ellos señalaron el pecado de aquella mujer, pero Jesús les dijo: “El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella”. Estas palabras no significan que el adulterio no sea pecado. Más bien, nos recuerdan que antes de condenar el pecado de otra persona debemos recordar que nosotros también somos pecadores que estamos delante de Dios. Por lo tanto, primero debemos preguntarnos: “¿Son limpios mis ojos?” “¿Hay alguna lujuria que alimento repetidamente en mi corazón?” “¿Estoy dependiendo emocionalmente de manera excesiva de alguien que no es mi cónyuge?” “¿Qué estoy mirando cuando nadie me ve?” “¿Estoy criticando el pecado de otra persona mientras oculto el pecado de mi propio corazón?” Antes de levantar una piedra contra otra persona, debemos presentar nuestro propio corazón delante de Dios.

Cuando reconozca el pecado, no lo esconda; vuelva a Dios

Cuando una persona cae en pecado sexual, el problema se vuelve más profundo si comienza a ocultarlo. Le sigue la mentira. Le sigue la hipocresía. Le siguen las excusas para evitar la responsabilidad. “La otra persona se acercó primero.” “Me sentía solo por culpa de mi cónyuge.” “No pude evitarlo.” “Solo ocurrió una vez.” Cuando racionalizamos nuestro pecado de esta manera, nos alejamos cada vez más del arrepentimiento. David también intentó inicialmente ocultar su pecado. Pero cuando su pecado fue expuesto por medio del profeta Natán, finalmente confesó: “Pequé contra el SEÑOR”. La persona que está vaciando la inmoralidad sexual no es alguien que nunca es tentado. Es alguien que, cuando reconoce el pecado, no lo oculta sino que vuelve a Dios. Debemos reconocer el

pecado. Debemos dejar de poner excusas. Debemos asumir la responsabilidad que sea necesaria. Si hay una relación que debe terminar, debemos terminarla. Si necesitamos ayuda, debemos recibirla. El arrepentimiento no termina simplemente diciendo: “Me equivoqué”. Debe ir acompañado de un cambio real que dé la vuelta y se aparte de la dirección del pecado.

Mire la gracia de Dios, que es mayor que el pecado

Sin embargo, al tratar el pecado sexual no debe haber solamente advertencias. El evangelio también contiene restauración. En el libro de Oseas, Dios mostró Su amor hacia Israel, que le había sido infiel, por medio de la familia de Oseas. Israel abandonó a Dios y siguió a otros dioses. Pero Dios no terminó simplemente abandonándolo, sino que lo llamó a regresar. Esto no significa que el adulterio sea un pecado insignificante. Más bien, junto con la gravedad del pecado, nos muestra la gracia de Dios, que es mayor que el pecador. Por lo tanto, incluso una persona que ha caído en pecado sexual no debe permanecer en el pecado pensando: “Ahora todo ha terminado para mí”. Debe volver a Dios. Debe arrepentirse. Debe asumir las responsabilidades necesarias. Y debe comenzar nuevamente una vida de fidelidad. Sin embargo, no debemos considerar que el perdón y la restauración de una relación son exactamente lo mismo. Si el adulterio ha causado una herida profunda al cónyuge, no podemos decir simplemente: “Dios me ha perdonado, así que ahora todo ha terminado”. Debemos respetar el dolor del cónyuge herido. Se necesitan arrepentimiento sincero y responsabilidad. Puede requerirse tiempo para reconstruir la confianza. En algunos casos, también puede ser necesaria ayuda pastoral y profesional. Y en situaciones en las que existen engaños repetidos u otros daños graves, también deben considerarse seriamente la seguridad y la dignidad del cónyuge. La gracia de Dios no hace que el pecado sea algo ligero. Más bien, nos da fuerzas para reconocer honestamente el pecado y apartarnos de él de manera responsable.

También debemos examinar un problema de amor más profundo que el adulterio físico

La Biblia también compara el abandono de Dios para seguir a los ídolos con el adulterio. Esto demuestra hasta qué punto Dios describe Su relación con Su pueblo como una relación de amor basada en un pacto. Por lo tanto, mientras examinamos la inmoralidad sexual, también debemos hacernos una pregunta más profunda: “¿Qué es lo que más ama mi corazón?” Puede ser el dinero. Puede ser el éxito. Puede ser el honor. Pueden ser los hijos. Puede ser la familia. Incluso puede ser el éxito de la iglesia y del ministerio. Todas estas cosas pueden ser buenos regalos que Dios nos ha dado. Pero si amamos el regalo que Dios nos ha dado más que a Dios mismo, ese regalo puede convertirse en un ídolo. Tampoco podemos colocar al cónyuge en un lugar más alto que Dios. Lo mismo sucede con los hijos. Lo mismo con la familia. Lo mismo con la iglesia. Por lo tanto, en el lugar más profundo de vaciar la inmoralidad sexual se encuentra finalmente la pregunta de hacia quién está dirigido nuestro amor. Debemos vaciar la dirección equivocada de nuestro amor y volver nuestro amor nuevamente hacia Dios.

Principios y pautas prácticas para vaciar la “inmoralidad sexual”

Entonces, ¿cómo podemos vaciar de manera práctica la inmoralidad sexual en el hogar, la iglesia y el lugar de trabajo? Vaciar la inmoralidad sexual no termina simplemente con la decisión: “No cometeré adulterio”. Es un proceso en el que ofrecemos nuestros ojos, nuestro corazón, nuestras relaciones y nuestro cuerpo a Dios; tratamos sabiamente los lugares donde la tentación puede crecer; y llenamos el espacio vaciado de los deseos equivocados con el amor y la fidelidad de Cristo.

1. Guarde lo que entra por sus ojos y en su corazón

Examine lo que está mirando. Observe qué videos y fotografías mira repetidamente, en qué persona permanece continuamente su mirada, qué busca cuando está solo y qué imaginaciones repite en su corazón. Si ciertos contenidos o ambientes son claramente una tentación, aléjese de ellos con decisión. Si es necesario, haga que el acceso mismo a ellos sea difícil. Tomar medidas prácticas para evitar el pecado no significa que nuestra fe sea débil. Es la sabiduría de conocer nuestra propia debilidad.

2. Guarde los límites de sus relaciones

La inmoralidad sexual puede comenzar en una relación emocional antes de convertirse en una relación física. Examine si está compartiendo emociones excesivamente personales con alguien que no es su cónyuge. Si comienzan a aparecer mensajes o encuentros que siente que debe ocultar de su cónyuge, eso ya puede ser una señal de advertencia. No se tranquilice simplemente diciendo: “No ha ocurrido nada”. Debe

observar hacia dónde se dirige su corazón. Especialmente en las relaciones de ministerio pastoral, consejería, trabajo y servicio cristiano, debemos respetar a la otra persona y, al mismo tiempo, mantener límites saludables. Si una relación solamente puede mantenerse mientras permanezca oculta, esa relación debe ser examinada nuevamente delante de Dios.

3. Valore a su cónyuge y cuide la intimidad matrimonial

La persona casada debe volver a mirar al cónyuge que Dios le ha dado en lugar de compararlo con otras personas. Exprese gratitud. Conversen. Pasen tiempo juntos. Escuche las necesidades de su cónyuge. Respeten mutuamente sus cuerpos y emociones. Si existe un problema, no lo ignore; hablen honestamente. Si es necesario, busquen ayuda. La fidelidad matrimonial no es simplemente el estado pasivo de no cometer adulterio. Es una vida activa de seguir amando y respetando al cónyuge y cuidando el pacto matrimonial.

4. No esconda ni racionalice el pecado

Si se da cuenta de que ha comenzado un deseo equivocado o una relación inapropiada, llévelo rápidamente delante de Dios. No piense: “Todavía no he hecho nada, así que no hay problema”. No confíe en sí mismo diciendo: “Puedo detenerme cuando quiera”. Y si ya ha pecado, no transfiera la responsabilidad a otra persona. Reconozca su propia elección y arrepíentase delante de Dios. Lo que debe terminar, debe terminar. Lo que debe corregirse, debe corregirse. La responsabilidad que debe asumirse, debe asumirse. El verdadero arrepentimiento consiste en dejar de esconder el pecado y salir a la luz.

5. Llene el lugar vaciado con el amor y la fidelidad de Cristo

El propósito de vaciar la inmoralidad sexual no es convertirse en una persona que no tenga ningún deseo. Es enderezar la dirección del amor. Los ojos que antes miraban a otra

persona como objeto de deseo deben convertirse en ojos que la miren con respeto. El corazón que comparaba al cónyuge con otras personas debe convertirse en un corazón agradecido. El corazón que buscaba solamente la satisfacción propia debe convertirse en un amor que busca el bien de la otra persona. El corazón que amaba al mundo debe convertirse en un corazón que ama a Dios. Y aun cuando estemos solos, debemos vivir en la presencia de Cristo. Permanezca cerca de la Palabra. Ore. Entregue su cuerpo y su corazón a Dios. Pida la ayuda del Espíritu Santo. No deje abandonado el espacio que ha sido vaciado de la lujuria. Llénelo con el amor de Cristo. Sin embargo, todas estas prácticas no pueden llevarse a cabo solamente mediante nuestra voluntad. “Nunca volveré a pensar de esa manera.” “Jamás caeré en ese pecado.” Estas decisiones por sí solas no son suficientes. Más bien, confiar excesivamente en nuestras propias fuerzas puede ser peligroso.

Necesitamos la gracia de Dios y la ayuda del Espíritu Santo. El Espíritu Santo debe guardar nuestros ojos y nuestro corazón, hacernos reconocer los deseos equivocados y ayudarnos a escoger el camino de escape cuando estamos frente a la tentación. Y cuando caemos, debe llevarnos a regresar a la cruz en lugar de escondernos. Por lo tanto, podemos orar así: “Señor, examina mis ojos y mi corazón. Tú sabes lo que miro y lo que pienso cuando nadie me está viendo. No permitas que mire a otra persona como un objeto para satisfacer mis deseos, sino ayúdame a verla como una persona digna, creada a imagen de Dios. Ayúdame a vaciar los deseos y las relaciones equivocadas, y dame sabiduría y valor para evitar los lugares de tentación. Ayúdame a amar y respetar al cónyuge que Dios me ha dado y a ser fiel al pacto matrimonial. Cuando reconozca el pecado, no permitas que me esconda ni ponga excusas, sino haz que vuelva inmediatamente a Ti. Muéstrame cualquier cosa que ame más que a Dios en mi corazón y ayúdame a vaciarla. Llena mi corazón, vaciado de la lujuria, con el amor y la fidelidad de Cristo.” Vaciar la inmoralidad sexual no significa abandonar el amor. Significa vaciar los deseos equivocados y restaurar el verdadero orden del amor que Dios nos ha dado. Vaciar la lujuria tampoco significa abandonar el gozo. Significa encontrar en Cristo un gozo más grande y más profundo que los deseos

momentáneos. Ser fiel al cónyuge no significa simplemente no cometer adulterio. Significa valorar y guardar fielmente el pacto matrimonial con el corazón, el cuerpo y toda la vida. Y en un nivel aún más profundo, significa volver a dirigir nuestro amor hacia Dios. Por lo tanto, hoy debemos preguntarnos nuevamente: “¿Qué estoy mirando?” “¿Hacia quién está dirigido mi corazón?” “¿Está mi corazón siendo atraído por alguien que no es mi cónyuge?” “¿Cómo estoy viviendo cuando nadie me está viendo?” “¿Hay algo en mi corazón que amo más que a Dios?” “¿De quién pienso que son ahora mi cuerpo, mi corazón y mis relaciones?” Ante estas preguntas, entregue sus ojos y su corazón a Dios. Vacíe lo que debe ser vaciado. Termine lo que debe ser terminado. Regrese al lugar al que debe regresar. Y llene ese espacio vacío con el amor de Cristo. La inmoralidad sexual dice: “Satisface mis deseos.” Pero la fe confiesa: “Mi cuerpo y mi corazón pertenecen al Señor.” Vaciar la inmoralidad sexual no significa eliminar el deseo. Significa vaciar los deseos equivocados y volver nuestro amor nuevamente hacia Dios. Este es el camino de “vaciar la inmoralidad sexual” que debemos recorrer cada día.

Capítulo 11:

Vaciar la “murmuración”

En el capítulo anterior examinamos la vida de vaciar de nosotros la inmoralidad sexual y los deseos equivocados, y de volver a dirigir nuestro amor hacia Dios. Ahora, en el capítulo 11, queremos considerar otro problema que fácilmente se instala en nuestro corazón y en nuestros labios. Se trata de un corazón que murmura y se queja. A lo largo de la vida hay muchos momentos en los que murmuramos: “¿Por qué me sucedió esto a mí?” “¿Por qué esa persona me trata así?” “¿Por qué nuestra familia tiene que pasar por tantas dificultades?” “¿Por qué la iglesia está así?” “¿Por qué permitió Dios esto?” Aunque no pronunciemos estas palabras con nuestros labios, podemos repetirlas innumerables veces en nuestro corazón. Sin embargo, en la Biblia la murmuración no termina simplemente en decir unas cuantas palabras de queja. Puede cambiar la dirección de nuestra mirada, hacernos olvidar la gracia de Dios e incluso cambiar nuestra actitud hacia las personas y las circunstancias. Por eso, vaciar la murmuración no significa simplemente dejar de pronunciar palabras de queja. Significa examinar delante de Dios y vaciar la desconfianza, la insatisfacción y el deseo de trasladar nuestra responsabilidad a otras personas que se encuentran en la raíz de la murmuración, y llenar ese lugar con fe y gratitud.

En la raíz de la murmuración hay un corazón que no confía en Dios

Cuando observamos la vida del pueblo de Israel en el desierto, vemos que la murmuración aparece repetidamente. Murmuraron cuando no había agua. Murmuraron cuando faltaba comida. Murmuraron incluso cuando estaban frente a la tierra de Canaán. Deuteronomio 1 nos muestra lo que había detrás de su murmuración. Los israelitas murmuraban en sus tiendas: “Porque Jehová nos aborrece, nos ha sacado de tierra de Egipto, para entregarnos en manos del amorreo para destruirnos” (Dt. 1:27). Es una declaración sorprendente. Dios no los había sacado de Egipto porque los odiara. Los había salvado porque los amaba. Pero la incredulidad distorsionó sus pensamientos.

Interpretaron el amor de Dios como odio. Interpretaron la salvación de Dios como muerte. Interpretaron la dirección de Dios como abandono. Por eso Moisés señaló claramente su problema: “Y aun con esto no creísteis a Jehová vuestro Dios” (Dt. 1:32). En definitiva, en la raíz profunda de su murmuración había un corazón que no confiaba en Dios. No confiaban en la bondad de Dios. No confiaban en sus promesas. No confiaban en que Dios iba delante de ellos. Por eso las dificultades presentes parecían mayores que las promesas de Dios. Lo mismo sucede con nosotros. Cuando la murmuración surge dentro de nosotros, no basta con cerrar la boca y decir: “No debo quejarme.” Primero debemos preguntarnos: “¿Estoy confiando en Dios en este momento?” “¿Creo en la bondad de Dios?” “¿Estoy pensando que Dios me ha abandonado?” “¿Creo que Dios sigue obrando aun en una situación que no comprendo?” Vaciar la murmuración significa, en definitiva, volver a confiar en Dios.

La desconfianza puede conducir a la desobediencia, y la desobediencia a la insatisfacción

Deuteronomio 1:26 dice acerca de Israel: “Sin embargo, no quisisteis subir, antes fuisteis rebeldes al mandato de Jehová vuestro Dios.” Dios les había dicho que subieran a Canaán. Pero no creyeron. Como no creyeron, no obedecieron. Y mientras desobedecían, murmuraban acerca de la situación en la que se encontraban. Aquí podemos observar un proceso. La incredulidad produce desobediencia; la desobediencia puede conducir a la insatisfacción; y la insatisfacción puede manifestarse como murmuración. Por supuesto, no podemos afirmar que toda murmuración surja siempre exactamente en este orden. Podemos estar realmente heridos porque hemos sufrido una injusticia o hemos recibido un trato injusto. Sin embargo, por medio del ejemplo de Israel en la Biblia, al menos podemos preguntarnos: “¿La verdadera razón de mi murmuración son únicamente las circunstancias?” “¿Será porque las cosas no sucedieron como yo quería?” “¿Será porque estoy aferrándome más a mi voluntad que a la voluntad de Dios?” “¿Será porque no puedo confiar en que Dios sabe mejor que yo?” No intentemos corregir solamente los labios que murmuran. Examinemos también su raíz delante de Dios.

La murmuración hace que el “Egipto” del pasado parezca hermoso

En Números 20, los israelitas murmuraron contra Moisés por las dificultades del desierto. Al principio se quejaron de las dificultades presentes. Después comenzaron poco a poco a mirar hacia atrás. Finalmente dijeron: “¿Por qué nos hiciste subir de Egipto, para traernos a este mal lugar?” (Nm. 20:5). Egipto no había sido un buen lugar para ellos. Era el lugar donde habían vivido como esclavos. Era el lugar donde habían sufrido trabajos forzados y opresión. Era el lugar del cual Dios los había rescatado después de escuchar su clamor. Pero cuando el desierto se volvió difícil, Egipto comenzó a parecerles bueno. La murmuración puede incluso cambiar nuestros recuerdos. El sufrimiento presente parece enorme y el sufrimiento pasado parece pequeño. Algo parecido puede ocurrir en nuestra vida. Si nuestro matrimonio actual es difícil, podemos pensar que era mejor cuando estábamos solos. Si nuestro trabajo actual es difícil, podemos pensar que nuestro trabajo anterior era mucho mejor. Si no estamos satisfechos con nuestra iglesia actual, podemos recordar la iglesia anterior como si nunca hubiera tenido problemas. Cuando la vida de fe se vuelve difícil, incluso podemos pensar que nuestra vida antes de creer en Jesús era más libre y mejor. Pero la fe no regresa al Egipto del pasado. Recuerda de dónde Dios nos rescató. Y mira hacia el camino por el cual Dios nos conducirá. La murmuración mira hacia Egipto; la fe mira hacia la promesa de Dios.

La murmuración nos hace olvidar la gracia de Dios

Los israelitas cruzaron el Mar Rojo. Vieron con sus propios ojos cómo Dios derrotó al ejército egipcio. Alabaron a Dios. Pero poco después, cuando faltó el agua, volvieron a murmurar. Éxodo 15:24 dice: “Entonces el pueblo murmuró contra Moisés, y dijo: ¿Qué hemos de beber?” En Éxodo 16 murmuraron por la comida. En el capítulo 17 volvieron a murmurar por el agua. Habían experimentado la gracia de Dios, pero cada vez que aparecía una nueva dificultad olvidaban la gracia anterior. Nosotros hacemos lo mismo. Dios puede haber respondido innumerables oraciones, pero cuando hoy aparece un solo problema podemos olvidar toda su gracia. Podemos haber recibido muchísimo, pero por una sola cosa que nos falta pensar como si no hubiéramos recibido nada. La murmuración engrandece lo que nos falta y empequeñece la gracia que ya hemos recibido. La gratitud hace lo contrario. Nos ayuda a recordar la gracia que ya hemos recibido. Por eso, cuando surja la murmuración, debemos preguntarnos: “¿Qué gracia de Dios estoy olvidando ahora?” “¿Cómo me ha guiado Dios hasta aquí?” “¿Qué me ha dado ya?” La gratitud no niega los problemas de la realidad. Reconoce que, aun cuando existen problemas, Dios sigue siendo mi Dios.

La murmuración puede llevarnos a trasladar nuestra responsabilidad a otros

En Génesis 3, cuando Dios preguntó a Adán después de que pecó, este respondió: “La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí” (Gn. 3:12). Adán trasladó la responsabilidad a la mujer. Y si observamos más profundamente, al decir “la mujer que me diste”, incluso parece trasladar la responsabilidad a Dios. Eva también respondió: “La serpiente me engañó, y comí.” Por supuesto, no debemos reducir Génesis 3 simplemente a una historia de murmuración entre marido y mujer. Sin embargo, podemos ver claramente cómo el ser humano pecador intenta culpar a otro en lugar de reconocer su propia responsabilidad. Nosotros también lo hacemos fácilmente. “Yo hice eso porque mi cónyuge hizo aquello.” “Soy así por culpa de mis padres.” “La iglesia me hizo sufrir.” “Esa persona comenzó primero.” “Con estas circunstancias, no tenía otra opción.” Puede ser verdad que la otra persona haya hecho algo malo. Su responsabilidad debe tratarse con claridad. Pero el pecado de otra persona no elimina mi responsabilidad por el pecado que yo cometí. La persona que se arrepiente se examina primero a sí misma. “Señor, ¿qué hice mal?” “¿De qué debo arrepentirme?” “¿Qué debo corregir?” Vaciar la murmuración no significa culparnos de todos los problemas. Significa no escapar de nuestra propia responsabilidad culpando a otros.

La murmuración puede impedirnos escuchar la voz de Dios

Salmo 106:25 dice acerca de Israel: “Antes murmuraron en sus tiendas, y no oyeron la voz de Jehová.” La murmuración y el no escuchar la voz del Señor aparecen juntas. Cuando quedamos atrapados en la murmuración, nuestros propios pensamientos se vuelven demasiado grandes. “¿Por qué esto es todo lo que tengo?” “¿Por qué solamente yo tengo que sufrir?” “¿Por qué esa persona es así?” “¿Por qué Dios no hace nada?” Cuando el corazón está lleno de estos pensamientos, ya no queda espacio para escuchar la Palabra de Dios. El problema parece mayor que la promesa de Dios. Lo que nos falta parece mayor que su gracia. Lo que nosotros queremos se vuelve más importante que lo que Dios ha hecho. Por eso, cuando surge la murmuración, debemos detenernos delante de Dios: “Señor, ¿por qué estoy murmurando ahora?” “¿Qué es lo que no estoy creyendo?” “¿Con qué no estoy satisfecho?” “¿Qué me estás diciendo ahora?” En lugar de repetir solamente la voz de la murmuración, debemos volver a escuchar la Palabra.

Cuando llevamos nuestra murmuración a Dios, puede convertirse en oración

Aquí necesitamos hacer una distinción muy importante. Vaciar la murmuración no significa que no debemos hablar con Dios de nuestro dolor y nuestras preguntas. En los Salmos encontramos muchas oraciones que expresan con sinceridad el sufrimiento y la angustia delante de Dios. Preguntan: “¿Por qué?” Derraman lágrimas. Hablan de las injusticias sufridas. No esconden el dolor. La fe no consiste en fingir que no pasa nada. Tampoco consiste en fingir una sonrisa cuando estamos tristes. Ni en decir: “No tengo ningún problema”, cuando estamos sufriendo. La diferencia está en dónde llevamos nuestro corazón. Si seguimos difundiendo nuestras quejas entre las personas, pueden convertirse en chismes y división. Si las repetimos y alimentamos en nuestro corazón, pueden endurecerse hasta convertirse en odio y murmuración. Pero si las llevamos a Dios, pueden convertirse en oración: “Señor, ahora mismo estoy sufriendo mucho.” “No comprendo esto.” “Esa persona ha herido mi corazón.” “Yo también estoy enojado.” “No sé por qué sucedió esto.” Hable honestamente con Dios. Pero no termine allí. Examine su corazón delante de la Palabra. Busque la voluntad de Dios. Acérquese a Dios con su murmuración, pero no vuelva llevando en su corazón la misma murmuración sin cambio alguno.

No debemos llamar “murmuración” a todo planteamiento de un problema

Hay otra verdad muy importante que debemos recordar al tratar el tema de la murmuración. No toda insatisfacción ni todo planteamiento de un problema constituye una murmuración pecaminosa. En Hechos 6 surgió un problema real dentro de la iglesia primitiva. Las viudas de los judíos helenistas estaban siendo desatendidas en la distribución diaria. Por eso los helenistas se quejaron contra los hebreos. Los apóstoles no dijeron: “Están quejándose porque no tienen fe. Guarden silencio.” Examinaron si existía realmente un problema. Y corrigieron la estructura del ministerio. Nombraron a siete hombres llenos del Espíritu Santo y de sabiduría para encargarse de la distribución, mientras los apóstoles se dedicaron con mayor intensidad a la oración y al ministerio de la Palabra. Como resultado, la Palabra de Dios creció y el número de discípulos aumentó. La voz de la queja podría haberse convertido en una chispa que destruyera la comunidad, pero cuando los líderes examinaron y corrigieron el problema real que había detrás de ella, se convirtió más bien en una oportunidad para edificar una iglesia más saludable. Por eso debemos mirar en ambas direcciones. Quien plantea una queja debe examinar su corazón delante de Dios, y quien escucha la queja también debe examinar delante de Dios sus propias deficiencias. Quien habla no debe presentar toda su insatisfacción como si fuera completamente justa. Quien escucha tampoco debe

bloquear todo planteamiento de un problema calificándolo de “murmuración”. “¿Existe en estas palabras un problema real que debemos corregir?” “¿Estoy llamando a esto murmuración simplemente porque no quiero escucharlo?” “¿Qué nos está mostrando Dios por medio de este problema?” Debemos ser capaces de hacer estas preguntas.

En la familia, escuche el corazón que hay detrás de las palabras de queja

La familia es también uno de los lugares donde la murmuración se acumula con mayor facilidad. El esposo piensa: “Mi esposa no me respeta.” La esposa piensa: “Mi esposo no me ama.” Los padres pueden resentirse con sus hijos y los hijos con sus padres. El problema es que cuando la murmuración se repite, terminamos escuchando solamente las heridas en vez de las palabras del otro. Cuando nuestro cónyuge expresa su insatisfacción, podemos querer responder inmediatamente: “Tú eres igual.” “Tú comenzaste primero.” “Yo no hice nada malo.” Pero a veces necesitamos escuchar primero. “¿Por qué tu corazón ha llegado a estar tan herido?” “¿Qué no he sabido ver?” “¿Qué hice mal?” “¿Qué debemos corregir delante de Dios?” Esto no significa que todo lo que diga nuestro cónyuge sea correcto. Pero necesitamos escuchar si detrás de esas palabras existe un dolor real. Y si hemos hecho algo malo, debemos pedir perdón. El esposo debe poder pedir perdón a su esposa. Los padres deben poder pedir perdón a sus hijos. La meta no es vencer las palabras de queja. La meta es restaurar la relación. Pero tampoco debemos esperar que nuestro cónyuge o nuestra familia satisfagan todas nuestras necesidades. La satisfacción definitiva viene de Dios. Amemos a nuestra familia, pero no exijamos que ella ocupe el lugar que solamente Dios puede llenar.

Los líderes deben escuchar primero la voz de la queja en lugar de ponerse a la defensiva

También dentro de la iglesia puede escucharse la voz de la queja. Cuando un líder escucha esas palabras, puede sentirse herido. “He servido con tanto esfuerzo.” “¿Por qué nadie reconoce lo que hago?” “¿Por qué esas personas no son agradecidas?” Estos pensamientos pueden surgir. Pero si un líder interpreta todo planteamiento de un problema como un ataque personal, puede dejar de escuchar algo que necesita escuchar. Cuando los apóstoles de Hechos 6 escucharon la queja, primero examinaron el problema. Eso no significa que toda crítica sea correcta. A veces pueden decirse cosas que no corresponden a los hechos. También puede haber críticas injustas. Sin

embargo, el líder debe preguntar primero delante de Dios: “Señor, ¿hay algo que debo ver por medio de estas palabras?” “¿Hay algo que debemos corregir?” “¿Hay alguna persona a la que estoy pasando por alto?” Y si las palabras injustas han herido al líder, debe llevar esa herida a Dios en lugar de difundirla entre los demás creyentes. Debemos cuidar que la herida del líder no se convierta en la herida de toda la comunidad. No es sabio aceptar toda queja indiscriminadamente, pero tampoco lo es bloquearlas todas. Debemos discernir delante de la Palabra, corregir lo que debe corregirse y encomendar a Dios lo que debe encomendarse a Él.

Debemos cultivar el hábito de dar gracias en lugar de murmurar

Filipenses 2:14 dice: “Haced todo sin murmuraciones y contiendas.” Cuando repetimos la murmuración, se convierte en hábito. Al principio puede tratarse de una queja sobre una sola cosa, pero más adelante podemos convertirnos en personas que se quejan de todo. Aunque ocurra algo bueno, primero vemos lo que falta. Vemos los defectos de una persona antes que sus virtudes. Buscamos primero algo de qué quejarnos antes que algo por lo cual dar gracias. Por eso, para vaciar la murmuración también debemos entrenarnos deliberadamente en la gratitud. Al abrir los ojos por la mañana, dé gracias: “Gracias por darme vida un día más.” Dé gracias en su familia: “Gracias por darme una familia con quien compartir la vida.” Dé gracias en la iglesia: “Aunque no somos perfectos, gracias por darme una comunidad con la cual adorar.” Dé gracias también en el trabajo: “Gracias por darme hoy la oportunidad y las fuerzas para trabajar.” Incluso en medio de las dificultades, confiese: “Señor, ahora no lo comprendo, pero creo que estás conmigo aun en esta situación.” La gratitud no embellece artificialmente la realidad. Tampoco niega el dolor. La gratitud no es una confesión que hacemos porque todo salió como queríamos. Es una confesión de fe que se aferra a la verdad de que Dios es bueno incluso cuando las cosas no suceden como queremos.

En lugar de murmurar, conviértase en un adorador que reconoce la soberanía de Dios

Job experimentó un sufrimiento inmenso en un solo día. Perdió sus posesiones. Perdió a sus hijos. Su dolor era real. Job 1:20 dice que rasgó su manto y se rapó la cabeza. No fingió que no estaba sufriendo. Sin embargo, en medio de su dolor se postró delante de Dios y adoró. Esto es importante. La fe no significa ausencia de tristeza. Tampoco ausencia de preguntas. Ni significa comprender todas las circunstancias. La fe consiste en no soltar a Dios incluso en circunstancias

que no comprendemos. Nosotros también podemos orar: “Señor, ahora no comprendo. Pero confío en ti.” “Aunque las cosas no sucedan como quiero, Dios es bueno.” “Aunque no conozca todas las razones, creo que tú las conoces.” “No permaneceré en la murmuración; adoraré a Dios.” El verdadero adorador no es aquel a quien todo le salió según su voluntad. Es quien se aferra a la soberanía y a la bondad de Dios aun cuando las cosas no suceden según su voluntad.

Principios y pautas prácticas para vaciar la “murmuración”

Entonces, ¿cómo podemos vaciar la murmuración en nuestra vida cotidiana? Vaciar la murmuración no termina con una sola decisión. Cada vez que surge la murmuración necesitamos entrenarnos para examinar nuestro corazón, llevarlo a Dios, vaciar la desconfianza y la insatisfacción, y llenar ese lugar con fe y gratitud.

1. Cuando surja la murmuración, examine primero su propio corazón

Cuando sucede algo que provoca nuestra queja, fácilmente buscamos primero lo que la otra persona hizo mal. Pero pregúntese primero: “¿Por qué estoy murmurando ahora?” “¿Es porque no sucedió lo que yo quería?” “¿Es por miedo?” “¿Es por comparación?” “¿Es porque estoy herido?” “¿Es porque no estoy confiando en Dios?” Aunque la otra persona haya hecho algo malo, examine primero su propio corazón delante de Dios. Si usted hizo algo malo, reconózcalo. Si hay algo de qué arrepentirse, arrepíntase. El momento de la murmuración puede convertirse, en vez de un tiempo para buscar solamente la culpa de otros, en un tiempo para examinar nuestro propio corazón delante de Dios.

2. Lleve su murmuración a Dios antes de difundirla entre las personas

Cuando nuestro corazón sufre, es natural querer hablar con alguien. A veces también es necesario pedir ayuda y consejo a una persona digna de confianza. Pero no debemos repetir nuestra queja ante muchas personas para reunir las de nuestro lado. En lugar de solucionar el problema, eso puede difundir desconfianza y división en la comunidad. Llévelo primero a Dios. Háblele con sinceridad. Puede llorar. Puede expresarle su frustración. Pero examine también su corazón delante de la Palabra. Y cuando sea necesario, converse para buscar una solución, no para chismear. No difunda la murmuración entre las personas. Llévela a Dios y conviértala en oración.

3. No idealice el “Egipto” del pasado; recuerde la gracia recibida hasta ahora

Cuando el presente es difícil, el pasado puede parecer mejor. Pero no permita que la murmuración distorsione el pasado. Recuerde de dónde Dios lo rescató. Recuerde la gracia con la que lo ha guiado hasta ahora. Recuerde las oraciones que respondió. Recuerde las veces que lo sostuvo cuando estaba pasando por dificultades. Y ore: “Señor, vacía de mí el deseo de regresar al Egipto del pasado. Ayúdame a mirarte a ti, que estás conmigo aun ahora, y a confiar en el camino por el cual me guiarás.” La murmuración se aferra al pasado, pero la fe se aferra a la promesa de Dios.

4. Cuando plantee un problema, busque restauración en vez de acusación

Cuando existe una falta real, hay momentos en que debemos hablar. Esto es cierto en la familia, en la iglesia y en el trabajo. Vaciar la murmuración no significa soportar toda injusticia o guardar silencio incondicionalmente. Pero cuando hablamos de un problema debemos examinar nuestro propósito. “¿Quiero atacar a esta persona o resolver el problema?” “¿Quiero reunir personas de mi lado o hablar honestamente con la persona involucrada?” “¿Quiero destruir a la otra persona o deseo que la relación y la comunidad sean saludables?” Y quien escucha el problema debe preguntarse antes de ponerse a la defensiva: “¿Hay algo en estas palabras que necesito escuchar?” Quien habla debe examinar su corazón, y quien escucha debe examinar el problema real. Cuando ambas cosas suceden, la voz de la queja puede convertirse en una oportunidad para el arrepentimiento y el cambio.

5. Llene el lugar de la murmuración con gratitud y fe

No basta con vaciar la murmuración. Es importante con qué llenamos ese lugar. Vacíe la desconfianza y llénela de fe. Vacíe la insatisfacción y llénela de contentamiento. Vacíe la acusación y llénela de amor. Vacíe el temor y llénelo de oración. Vacíe la murmuración y llénela de gratitud y alabanza. Al terminar cada día, pregúntese: “¿Por qué murmuré hoy?” “¿A quién culpé?” “¿Qué había en la raíz de esa murmuración?” “¿La llevé a Dios?” “¿De qué necesito arrepentirme?” “¿Por qué puedo dar gracias a Dios hoy?” Cuando repetimos estas preguntas delante de Dios, nuestro corazón irá cambiando poco a poco. Pero tampoco podemos vaciar la murmuración solamente con

nuestra voluntad. Cuando el dolor es profundo, cuando la injusticia que sentimos es grande, o cuando las circunstancias no cambian aun después de esperar mucho tiempo, nuestro corazón se sacude fácilmente. Por eso necesitamos la ayuda del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo debe iluminar nuestro corazón y mostrarnos la desconfianza y la insatisfacción que están en la raíz de nuestra murmuración. Debe recordarnos la gracia de Dios que hemos olvidado. Debe permitirnos escuchar nuevamente la Palabra de Dios y sostenernos para confiar en Él incluso en circunstancias que no comprendemos. Por eso podemos orar: “Señor, muéstrame la murmuración que hay en mi corazón. No permitas que culpe a las personas y a las circunstancias sin ver la desconfianza y la insatisfacción que hay dentro de mí. Ayúdame a reconocer honestamente y arrepentirme de aquello en lo que he actuado mal, pero tampoco permitas que cargue como mía la responsabilidad por las faltas de otros. En vez de difundir mi dolor y decepción entre las personas, ayúdame a llevarlos primero ante ti. Hazme recordar la gracia que he olvidado y no permitas que añore el Egipto del pasado. Aun en las circunstancias que ahora no comprendo, ayúdame a confiar en tu bondad, y llena mi corazón, vacío de murmuración, con fe, gratitud y alabanza.” Vaciar la murmuración no significa vivir como si no existiera ningún problema. Tampoco significa esconder el dolor. Ni significa guardar silencio incondicionalmente cuando sufrimos una injusticia. Vaciar la murmuración significa llevar honestamente nuestro dolor y nuestra insatisfacción a Dios, sin permitir que ese dolor se endurezca convirtiéndose en desconfianza y acusación contra Dios y contra las personas. Significa corregir lo que yo debo corregir, hablar en amor de lo que debe hablarse con otra persona y encomendar a Dios lo que debe ser encomendado a Él. La murmuración dice: “¿Por qué las cosas no suceden como yo quiero?” Pero la fe confiesa: “Aunque ahora no comprenda, confiaré en Dios.” La murmuración nos hace mirar lo que nos falta. La gratitud nos hace recordar la gracia que ya hemos recibido. La murmuración nos hace mirar hacia el Egipto del pasado. La fe mira hacia el camino por el cual Dios nos guiará. La murmuración busca primero la responsabilidad de otra persona. El arrepentimiento hace que primero nos examinemos a nosotros mismos delante de Dios. Por eso, si hoy surge la murmuración en su corazón, no la esconda ni la difunda entre las personas. Llévela a Dios. Examine su corazón delante de la Palabra. Arrepiéntase de aquello de lo que debe arrepentirse. Corrija lo que debe corregirse. Recuerde aquello por lo cual puede dar gracias. Y vuelva a confiar en Dios. La murmuración pregunta: “¿Por qué las cosas no suceden como yo quiero?” Pero la fe pregunta: “¿Cómo confiaré en Dios incluso

en esta situación?” Vaciar la murmuración y llenar ese lugar con fe, gratitud y alabanza a Dios: este es el camino de “vaciar la murmuración” que debemos recorrer cada día.

Capítulo 12:

Vaciar los «celos»

En el capítulo anterior examinamos cómo vaciarnos del resentimiento. El resentimiento nos impide ver lo que Dios ya nos ha dado y hace que fijemos nuestra mirada en lo que no hemos recibido y en lo que otros poseen. Sin embargo, cuando nuestra mirada permanece demasiado tiempo puesta en los demás, fácilmente otro pecado comienza a arraigarse en nuestro corazón. Ese pecado son los celos.

Los celos son el sentimiento que surge cuando miramos lo que otros tienen y nos quejamos de lo que nosotros no tenemos, y cuando nos incomoda que otros reciban reconocimiento, amor y elogios. Al principio puede parecer una simple comparación. «¿Por qué a esa persona le va mejor que a mí?» «¿Por qué esa persona recibe más reconocimiento que yo?» «¿Por qué esa persona tiene algo que yo no tengo?» «¿Por qué parece que Dios le ha dado más a esa persona que a mí?» Sin embargo, cuando seguimos alimentando estas comparaciones en nuestro corazón, llega un momento en que el éxito de otra persona comienza a sentirse como nuestro propio fracaso. La alegría de otra persona se convierte en nuestra tristeza. Cuando alguien recibe elogios, sentimos como si nosotros fuéramos ignorados. Y finalmente podemos llegar incluso a odiar a una persona que no nos ha hecho ningún mal. Yo tampoco he estado libre de esta clase de celos. Hubo una ocasión en la que, en mi corazón, llegué a sentir odio hacia un hermano en la fe que no me había hecho nada malo. Él tampoco me había causado ningún daño en particular. Sin embargo, me sentía incómodo al verlo recibir más reconocimiento y elogios que yo. Mirando hacia atrás, el problema no estaba en aquella persona, sino en mi propio corazón. Yo quería ser reconocido. Yo quería ser exaltado. Yo quería parecer mejor que los demás. Por eso, cuando otra persona era exaltada, sentía como si yo estuviera siendo rebajado. En el centro de ese corazón estaba el orgullo. Los celos, en última instancia, comienzan con la comparación, crecen hasta convertirse en orgullo y dan como fruto el odio. Por eso, para vaciarnos de los celos, antes de intentar cambiar a otra persona debemos

examinar primero nuestro propio corazón delante de Dios. «¿Por qué no puedo alegrarme por el éxito de esa persona?» «¿Por qué me siento incómodo cuando esa persona recibe elogios?» «¿Por qué pienso que yo debería recibir más reconocimiento?» Debemos ser sinceros ante estas preguntas.

Los celos hacen que veamos a las personas de manera diferente

Una de las personas que mejor muestra cuán terribles pueden llegar a ser los celos es Saúl. Cuando David regresó después de derrotar a Goliat, las mujeres de Israel cantaron: «Saúl hirió a sus miles, y David a sus diez miles» (1 Samuel 18:7). Al escuchar estas palabras, Saúl se disgustó profundamente, porque pensó que el pueblo estaba valorando a David más que a él. Y la Biblia dice: «Y desde aquel día Saúl no miró con buenos ojos a David» (v. 9). Hasta entonces, David había sido fiel a Saúl. Tocaba el arpa para Saúl. Luchaba por Israel. Había arriesgado su vida luchando contra Goliat. Pero cuando los celos entraron en el corazón de Saúl, comenzó a ver a David de una manera diferente. Un siervo fiel comenzó a parecerle un rival. Un hombre a quien Dios estaba usando comenzó a parecerle alguien que intentaba quitarle su posición. Los celos no cambiaron a David. Cambiaron los ojos de Saúl. Los celos no cambian los hechos, pero sí cambian los ojos con los que contemplamos esos hechos. Por eso los celos son peligrosos. Puede que no odiamos a una persona porque haya hecho algo malo. Más bien, podemos llegar a odiarla precisamente porque le va bien. Podemos sentirnos incómodos porque otra persona es amada. Podemos comenzar a sentir rechazo hacia alguien porque recibe reconocimiento. Al ver que a otra persona le va bien, podemos sentir como si nosotros mismos hubiéramos sido rebajados. Cuando eso sucede, el problema puede no estar en esa persona. Puede estar en nuestro propio corazón.

Los celos convierten a las personas en rivales dentro de nuestro corazón

Cuando los celos entran en nuestro corazón, incluso un hermano puede convertirse en rival. Un compañero de ministerio puede convertirse en rival. Un amigo puede convertirse en rival. Incluso un miembro de nuestra familia puede convertirse en rival. Caín mató a su hermano menor Abel. No fue porque Abel le hubiera hecho daño. Primera de Juan 3:12 explica la razón por la que Caín mató a su hermano: «Sus obras eran malas, y las de su hermano justas». La justicia de Abel incomodó el corazón de Caín. La comparación se convirtió en celos, los celos se convirtieron en

odio, y finalmente el odio se manifestó en asesinato. Tal vez nosotros nunca lleguemos a cometer una acción tan extrema. Pero en nuestro corazón podemos apartar a otra persona. Podemos desear que fracase. Cuando escuchamos algo negativo acerca de esa persona, una parte de nuestro corazón puede incluso alegrarse. Cuando descubrimos alguna debilidad en ella, podemos sentir alivio. «Después de todo, esa persona tampoco es gran cosa». Si existe en nosotros un sentimiento así, debemos examinarlo delante de Dios. El amor no se alegra del fracaso de otra persona. El amor no derriba a otro para poder elevarse a sí mismo. Por eso, vaciarnos de los celos no consiste simplemente en dejar de envidiar a los demás. Significa vaciar delante de Dios incluso ese corazón que considera al otro como un rival, que se siente incómodo ante su alegría y que secretamente desea su fracaso.

Los celos hacen que olvidemos la misión que Dios nos ha confiado

La tragedia de Saúl no terminó simplemente en su odio hacia David. A causa de los celos, olvidó la misión que le había sido confiada. Saúl era rey de Israel. Debía cuidar al pueblo que Dios le había confiado y proteger a la nación. Pero cuando quedó atrapado por los celos hacia David, su atención comenzó a concentrarse más en David que en los filisteos. Movilizó a sus soldados para capturar a David. Gastó su tiempo y sus fuerzas persiguiendo a David. Mientras fijaba su mirada en otra persona, perdió de vista la tarea que le había sido confiada. Lo mismo puede sucedernos a nosotros. Podemos mirar constantemente el ministerio de otro pastor y terminar olvidando la iglesia que Dios nos ha confiado. Podemos contemplar los negocios y el éxito de otra persona y dejar de ser fieles en el trabajo que se nos ha encomendado. Podemos comparar a nuestros hijos con los hijos de otras familias y dejar de ver la belleza de los hijos que Dios nos ha confiado. Podemos envidiar los dones de otra persona y terminar sin utilizar los dones que Dios nos ha dado. Los celos hacen que miremos demasiado la vida de los demás. Y, al hacerlo, podemos perder de vista la vida que nosotros mismos debemos vivir. Por eso debemos cambiar la pregunta. En lugar de preguntar: «¿Por qué le va tan bien a esa persona?», debemos preguntar: «¿Qué me ha confiado Dios hoy?» Está bien si parece que otra persona está haciendo cosas más grandes que yo. Está bien si otra persona recibe más elogios que yo. Está bien si los dones de otra persona parecen sobresalir más que los míos. Porque Dios le ha confiado algo a esa persona y también me ha confiado algo a mí. No compare. Sea fiel. No compita. Cumpla la misión que Dios le ha confiado.

Debemos examinar nuestro deseo de recibir reconocimiento de las personas

En lo profundo de los celos de Saúl también se encontraba el deseo de ser reconocido por las personas. Incluso cuando Samuel reprendió su pecado, Saúl le pidió: «Te ruego que me honres delante de los ancianos de mi pueblo y delante de Israel» (1 Samuel 15:30). El deseo de recibir reconocimiento de las personas no siempre es pecado en sí mismo. Todos deseamos ser amados y reconocidos. El problema surge cuando el reconocimiento de las personas llega a ser más importante que Dios. Si solamente soy feliz cuando me elogian, si me incomoda que otra persona sea elogiada, si solamente me siento satisfecho cuando mi nombre se hace conocido, y si me siento herido cuando otra persona recibe más reconocimiento que yo, entonces debo examinar ese corazón delante de Dios. Jesús nos mostró un camino completamente diferente: «Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús» (Filipenses 2:5). Jesús se vació a sí mismo y tomó forma de siervo. No rebajó a otros para exaltarse a sí mismo. Por eso Pablo nos exhorta: «Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo» (v. 3). Aquí encontramos el camino para vaciarnos de los celos. Debemos vaciarnos del deseo de ser exaltados y abrazar la humildad de Cristo. En lugar de preguntar: «¿Cuánto me reconocen las personas?», debemos preguntar: «¿Cuán fielmente estoy viviendo delante de Dios?» Aunque las personas no lo sepan, Dios lo sabe. Aunque las personas no lo vean, Dios lo ve. Aunque las personas no nos elogien, Dios conoce nuestra fidelidad.

Como Asaf, aparte su mirada de las personas y vuélvala hacia Dios

Otra persona que muestra con gran sinceridad el problema de los celos es Asaf. En el Salmo 73, Asaf confiesa: «Porque tuve envidia de los arrogantes, viendo la prosperidad de los impíos» (Salmo 73:3). Asaf se turbó al ver que a los malvados les iba bien. Parecía que quienes despreciaban a Dios prosperaban más que él, aun cuando él procuraba vivir creyendo en Dios. Por eso estuvo a punto de caer. Pero entonces ocurrió un cambio decisivo: «Hasta que entrando en el santuario de Dios, comprendí el fin de ellos» (v. 17). No fueron primero las circunstancias de Asaf las que cambiaron. Cambió su mirada. Sus ojos, que habían estado puestos en las personas, volvieron hacia Dios. Y finalmente confesó: «¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo

en la tierra» (v. 25). Este es un camino importante para vaciarnos de los celos. Cuando surjan los celos, no mire con mayor detenimiento a la otra persona. Mire a Dios. No continúe comparando quién tiene más. Mire lo que Dios le ha dado. No calcule quién recibe más elogios. Mire la obra que Dios le ha confiado. No compare quién tiene un ministerio más grande. Sea fiel a la misión que Dios le ha confiado hoy. Vaciar los celos significa apartar de los demás la mirada que había quedado fija en ellos y volverla hacia Dios.

Alégrese juntamente por la gracia que Dios ha dado a los demás

Los celos convierten la alegría de otra persona en mi tristeza. El amor hace lo contrario. El amor se alegra con la alegría de los demás. Cuando otra persona reciba elogios, felicítela. Cuando otra persona obtenga buenos resultados, alégrese con ella. Cuando a los hijos de otra persona les vaya bien, bendígalos. Cuando otra iglesia crezca y otro pastor sea usado preciosamente por Dios, dé gracias a Dios. Cuando un compañero de trabajo reciba un ascenso, felicítelo. Cuando prospere el negocio de un amigo, alégrese con él. Al principio, quizá su corazón no acompañe sus palabras. Puede felicitar con los labios mientras su corazón sigue sintiéndose incómodo. Cuando eso suceda, lleve también ese corazón delante de Dios. «Dios, muéstrame este corazón mío que no puede alegrarse sinceramente por la gracia que has dado a esa persona. Vacíame de este corazón que se compara. Ayúdame a alegrarme juntamente por la gracia que le has concedido». Y ore por esa persona: «Señor, úsala aún más grandemente». «Bendice a esa familia». «Que tu reino se extienda aún más por medio del ministerio de esa persona». Cuando comenzamos a bendecir a la persona de la que sentimos celos, nuestro corazón también comienza a cambiar poco a poco. Los celos preguntan: «¿Por qué le diste eso a esa persona?» Pero el amor confiesa: «Gracias por conceder también tu gracia a esa persona».

Vacíese de los celos y aprenda a dar gracias

Es difícil que la gratitud encuentre lugar en un corazón lleno de celos. Esto se debe a que los celos siempre miran aquello que yo no tengo. «¿Por qué yo no tengo eso?» «¿Por qué solamente a esa persona le suceden cosas buenas?» «¿Por qué esa persona ha recibido más que yo?» Cuando nuestro corazón está lleno de estos pensamientos, no podemos ver la gracia que Dios ya nos ha

dado. Por eso, para vaciarnos de los celos debemos aprender a dar gracias. Dé gracias por la familia que Dios le ha dado. Dé gracias por la iglesia que le ha confiado. Dé gracias por los dones que le ha dado. Dé gracias por la oportunidad de trabajar. Dé gracias por las personas que caminan junto a usted. Dé gracias por la gracia con la que Dios lo ha guiado hasta hoy. Sobre todo, dé gracias por la gracia de haber sido salvado en Jesucristo y de haber sido hecho hijo de Dios. Los celos magnifican lo que nos falta. La gratitud nos permite ver lo que hemos recibido. Los celos magnifican nuestra carencia. La gratitud magnifica la gracia. Dar gracias no hace que aparezca de repente aquello que no tenemos. Pero abre nuestros ojos para ver la gracia que ya hemos recibido.

No se convierta usted también en una persona celosa porque otra persona tenga celos de usted

A veces no soy yo quien siente celos de otra persona. Puede ser otra persona quien sienta celos de mí. Los hermanos de José sintieron celos de José. A causa del amor de su padre por José y de los sueños de José, nació odio en sus corazones, y finalmente vendieron a José para que fuera llevado a Egipto. Lo que hicieron fue claramente malo. Pero la maldad humana no pudo destruir el plan de Dios. Años más tarde, José dijo a sus hermanos: «Dios me envió delante de vosotros para preservaros vida» (Génesis 45:5). José no llamó bueno al mal cometido por sus hermanos. Pero vio la providencia de Dios como algo mayor que la maldad de sus hermanos. Esto nos enseña una lección importante. Alguien puede sentir celos de mí. Alguien puede malinterpretarme. Alguien puede sentirse incómodo cuando me va bien. Alguien puede intentar derribarme. Pero eso no significa que yo también deba odiar a esa persona o competir con ella. La providencia de Dios es mayor que los celos humanos. No abandone su misión por causa de los celos de otra persona. Permanezca fiel en el lugar que Dios le ha confiado. Mire la dirección de Dios más que las reacciones de las personas.

Debemos distinguir entre los celos que debemos vaciar y el celo santo que debemos abrazar

La Biblia no habla únicamente de los celos pecaminosos de los que debemos vaciarnos. En Números 25, Dios dice que Finees mostró celo por la santidad de Dios. Lo importante aquí es lo que

se encuentra en el centro del corazón. Los celos de Saúl eran para sí mismo. Eran celos destinados a proteger su propia posición y su propio honor. Pero el celo de Finees no surgió del deseo de exaltar su propio nombre, sino de valorar profundamente la santidad de Dios. Por eso debemos preguntarnos: «¿La razón por la que estoy enojado ahora es verdaderamente la gloria de Dios?» «¿O es porque mi orgullo ha sido herido?» «¿Me duele que la voluntad de Dios esté siendo quebrantada?» «¿O me duele no recibir reconocimiento?» «¿Este celo nace del amor?» «¿O nace del temor y del deseo de poseer?» Esta pregunta también es importante en la relación matrimonial. Los esposos deben valorar y guardar fielmente el pacto matrimonial que Dios les ha dado. Pero no podemos llamar «celo santo» al deseo de controlar, vigilar y poseer excesivamente al cónyuge simplemente porque afirmamos que lo amamos. El amor protege la relación, pero no convierte a la otra persona en una posesión. Los celos que debemos vaciar son aquellos que intentan derribar a otros para proteger nuestra propia gloria y posición. Y el celo que debemos abrazar es el que nace del amor a Dios y de valorar profundamente su voluntad y su santidad.

Vacíese de los celos y viva en amor

El propósito de vaciarnos de los celos no es simplemente convertirnos en personas que ya no sienten celos de los demás. Es convertirnos en personas que aman. El amor busca el bien de los demás. El amor se alegra cuando a otros les va bien. El amor no interpreta el éxito de otra persona como mi propio fracaso. El amor reconoce que Dios ha dado diferentes dones y diferentes misiones a cada persona. Por eso, cuando surjan los celos, debemos orar así: «Señor, muéstrame por qué esta persona me incomoda». «Vacíame de la comparación y el orgullo que hay en mí». «Vacíame del deseo de recibir reconocimiento de las personas». «Ayúdame a alegrarme juntamente por la gracia que has dado a esa persona». «Ayúdame a ser fiel a la misión que me has confiado». Y después elija realmente amar. Felicite. Anime. Bendiga. Ore. Alégrese con la alegría de los demás. Aunque su corazón no acompañe inmediatamente sus acciones, comience a actuar con amor en obediencia a la Palabra. En ese proceso, el Espíritu Santo transformará también nuestro corazón.

Principios y pautas prácticas para vaciar los «celos»

Entonces, ¿cómo podemos vaciarnos de los celos en nuestra vida cotidiana? Los celos comienzan cuando nos comparamos con los demás y fácilmente pueden crecer hasta convertirse en orgullo y odio. Por eso, para vaciarnos de los celos debemos apartar nuestra mirada, que ha quedado fija en los demás, y volverla hacia Dios; debemos sustituir la comparación por gratitud y permanecer fieles a la misión que Dios nos ha confiado.

1. Cuando surjan los celos, identifique con quién o con qué se está comparando

Los celos comienzan con la comparación. Por eso, cuando su corazón comience a sentirse incómodo, pregúntese primero: «¿Con quién me estoy comparando en este momento?» «¿Qué estoy comparando?» ¿Las posesiones? ¿La apariencia? ¿Los hijos? ¿El trabajo? ¿El tamaño del ministerio? ¿El tamaño de la iglesia? ¿Los elogios de las personas? ¿Los dones de otra persona? Cuando descubra qué es lo que está comparando, no siga alimentando esos pensamientos. Vuelva su mirada hacia Dios. Lo que Dios ha dado a esa persona es lo que Dios le ha confiado a ella. Lo que Dios me ha dado es lo que me ha confiado a mí. La comparación nos lleva a vivir la vida de otros. La misión nos lleva a vivir la vida que Dios nos ha confiado.

2. Bendiga intencionalmente la gracia que Dios ha dado a los demás

No continúe considerando en su corazón como rival a la persona de la que siente celos. Ore por ella. Bendígalas y desee que le vaya bien. Cuando le suceda algo bueno, felicítela. Cuando Dios la use, dé gracias. Tampoco compare a los hermanos dentro de la familia. Los padres deben tener cuidado de no comparar a un hijo con otro. Los hijos tampoco deben convertir la gracia concedida a sus hermanos en motivo de competencia. En la iglesia, no convierta los frutos de otras iglesias y de otros pastores en objetos de competencia. En el trabajo, no interprete el éxito de un compañero

como su propio fracaso. Alegrarse por la gracia que Dios ha concedido a otra persona es un ejercicio práctico para vaciarnos de los celos.

3. Busque la fidelidad delante de Dios en lugar del reconocimiento de las personas

Si constantemente piensa: «¿Cuánto me reconocen las personas?», se volverá sensible a los elogios que otros reciben. Por eso, cambie la pregunta: «¿Soy fiel delante de Dios?» Sea fiel aunque nadie lo reconozca. Sirva aunque su nombre no sea conocido. Alégrese con los demás aunque ellos reciban los elogios. Incluso cuando sienta que otra persona está recibiendo el reconocimiento por algo que usted hizo, examine primero su corazón delante de Dios. Por supuesto, en situaciones en las que sean necesarias una evaluación justa y la equidad, puede expresar correctamente los hechos. Sin embargo, no permita que los elogios de las personas se conviertan en los dueños de su corazón. Quien se vacía de los celos considera la mirada de Dios más importante que los aplausos de las personas.

4. Dé gracias cada día por la gracia que Dios ya le ha dado

Cuando surjan los celos, en lugar de pensar en aquello que no ha recibido, cuente lo que ya ha recibido. Puede ser útil escribir concretamente las cosas por las que está agradecido hoy. Recuerde su familia, su salud, su iglesia, su trabajo, sus amigos, sus dones, su ministerio, su salvación, la Palabra de Dios y la gracia de poder orar. La gratitud no significa decir que yo tengo más que otra persona. Significa reconocer que la gracia que Dios me ha dado es suficientemente preciosa. Cuando los celos dicen: «¿Por qué yo no tengo esto?», la gratitud confiesa: «Dios también me ha dado abundante gracia».

5. Concéntrese en la misión que Dios le ha confiado, en lugar de concentrarse en los demás

Una de las mejores preguntas que podemos hacernos cuando surgen los celos es:

«¿Qué me ha confiado Dios en este momento?» No emplee todo su tiempo observando el ministerio de otra persona. No permita que su corazón quede cautivo evaluando la vida de los demás. Ame a la familia que Dios le ha confiado. Sirva a la iglesia que Dios le ha confiado. Trabaje con integridad en el lugar de trabajo que Dios le ha confiado. Utilice los dones que Dios le ha dado. Sea fiel en la obediencia que le corresponde practicar hoy. Saúl perdió de vista su misión porque fijó sus ojos en David. Asaf estuvo a punto de caer porque fijó sus ojos en la prosperidad de los malvados. Pero cuando volvió su mirada hacia Dios, encontró nuevamente el camino. Aparte sus ojos de las personas y vuélvalos hacia Dios; aparte su corazón de la comparación y vuélvalo hacia la misión. Sin embargo, vaciarnos de los celos tampoco puede lograrse únicamente mediante nuestra fuerza de voluntad. «A partir de ahora nunca volveré a compararme con los demás». «Cuando a otra persona le vaya bien, siempre me alegraré por ella». El simple hecho de tomar estas decisiones no hace que los profundos celos de nuestro corazón desaparezcan inmediatamente.

Necesitamos la gracia de Dios y la ayuda del Espíritu Santo. El Espíritu Santo debe mostrarnos la comparación y el orgullo escondidos en nuestro corazón. Debe hacernos reconocer el malestar que sentimos cuando a otra persona le va bien. Debe vaciarnos del deseo de recibir los elogios de las personas y abrir nuestros ojos para que podamos ver la gracia que Dios nos ha dado. Y debe formar en nosotros el amor de Cristo para que podamos alegrarnos sinceramente con la alegría de los demás. Por eso podemos orar así: «Señor, muéstrame los celos, la comparación y el orgullo que hay en mí. Vacíame de ese corazón que se incomoda cuando a otros les va bien y que siente como si yo hubiera sido rebajado cuando otros reciben elogios. Vacíame del deseo de recibir el reconocimiento y los elogios de las personas, y haz que encuentre satisfacción en saber que Tú me conoces y me amas. Ayúdame a alegrarme y a bendecir la gracia que has dado a los demás, y a dar gracias por la gracia que me has dado a mí. No permitas que mire a las personas y compita con ellas, sino ayúdame a ser fiel a la misión que Tú me has confiado. Llena mi corazón, vaciado de los celos, con la humildad, la gratitud y el amor de Cristo». Vacarnos de los celos no significa convertirnos en personas que no se interesan por los demás. Tampoco significa ignorar el éxito de los demás. Vacarnos de los celos significa no interpretar el éxito de otra persona como mi propio fracaso. Significa alegrarnos por la gracia que Dios ha dado a los demás, dar gracias por la gracia que Dios nos ha dado y vivir fielmente en la misión que Dios nos ha confiado. Está bien si otra persona llega más alto que yo. Está bien si otra persona recibe más elogios que yo. Está bien si parece que otra persona está haciendo cosas más grandes que yo. Porque Dios me conoce. Porque

Dios me ama. Porque Dios también me ha dado gracia. Y porque Dios también me ha confiado una misión. Por eso, no convierta la alegría de otra persona en su tristeza. No convierta el éxito de otra persona en su fracaso. No interprete la gracia que Dios ha dado a otra persona como si fuera el rechazo de Dios hacia usted. Como Asaf, aparte su mirada de las personas y vuélvala hacia Dios. Como José, confíe en la providencia de Dios, que es mayor que la maldad humana. Y, sobre todo, como Jesucristo, vacíese del deseo de exaltarse a sí mismo y sirva con humildad. Los celos preguntan: «¿Por qué esa persona tiene lo que yo no tengo?» Pero la fe confiesa: «Me alegraré por la gracia que Dios ha dado a esa persona y daré gracias por la gracia que me ha dado a mí». Vaciar los celos significa apartar de los demás la mirada que había quedado fija en ellos y volverla hacia Dios. Significa vaciarnos de la comparación, del orgullo y del odio, y permitir que en ese lugar vacío crezcan la humildad, la gratitud y el amor de Cristo. Este es el camino de **vaciar los «celos»** que debemos recorrer cada día.

Parte III:
**Llenar con Cristo el lugar que hemos
vaciado**

Capítulo 13:

Llenarse de Cristo

El tema sobre el cual hemos meditado continuamente a lo largo de este libro ha sido el “vaciamiento”. Debemos vaciarnos del orgullo. Debemos vaciarnos de la codicia. Debemos vaciarnos de la hipocresía. Debemos vaciarnos de la falsedad. Debemos vaciarnos del odio. Debemos vaciarnos de los malos pensamientos. Debemos vaciarnos de la inmoralidad sexual. Debemos vaciarnos del resentimiento. Debemos vaciarnos de la envidia. Sin embargo, ahora, al final, hay una pregunta que necesariamente debemos hacernos: “¿Por qué debemos vaciarnos?” Y hay otra pregunta: “¿Con qué debemos llenar el lugar que ha quedado vacío?” La respuesta es clara. El propósito del vaciamiento no es convertirnos en personas vacías, sino en personas llenas de Cristo. No basta con vaciarnos del pecado, de la codicia y del egocentrismo que hay en nosotros. Esto se debe a que el vaciamiento en sí mismo no es el propósito de la fe. La vida cristiana no consiste en convertirnos en personas vacías, sin deseos, sin pensamientos y sin emociones. Consiste en vaciarnos de una vida en la que nosotros mismos vivimos como dueños de nuestra vida, para que Jesucristo sea el Señor de ella. Es vaciarnos del deseo de exaltarnos a nosotros mismos y vivir con la humildad de Cristo. Es vaciarnos del deseo de aferrarnos a las cosas para nuestro propio beneficio y vivir con el amor de Cristo. Es vaciarnos del odio, de la falsedad, del resentimiento y de la envidia, y vivir con la mente de Cristo. Por lo tanto, la pregunta final del vaciamiento siempre debe ser esta: no “¿Qué ha desaparecido de mi interior?”, sino “¿Quién está gobernando ahora dentro de mí?” El vaciamiento del cristiano finalmente conduce a una vida en la que Cristo vive en nosotros.

Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí

El apóstol Pablo confiesa así la vida cristiana en Gálatas 2:20: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”. Este versículo nos muestra claramente hacia dónde debe dirigirse el “vaciamiento” del que hemos hablado a lo largo de este libro. Vaciar-se no significa hacer desaparecer mi propia existencia. Tampoco significa eliminar mis pensamientos,

emociones, individualidad o personalidad. Tampoco significa abandonar los dones y las responsabilidades que Dios me ha dado. Vaciar significa vaciar el corazón egocéntrico que quiere ser dueño de su propia vida y permitir que Cristo sea el Señor de ella. Por eso Pablo no dice: “Yo he desaparecido”, sino que confiesa: “Cristo vive en mí”. Ahora el centro de la vida ha cambiado. La persona que antes solo preguntaba: “¿Qué quiero yo?”, comienza a preguntar: “Señor, ¿qué quieres Tú?” La persona que insistía en que sus propios pensamientos eran correctos comienza a preguntar: “¿Qué dice la Palabra de Dios?” La persona que pensaba únicamente en su propio beneficio comienza a preguntar: “¿Cómo amaría Cristo a esta persona?” La persona que se alegraba cuando su propio nombre era reconocido comienza a pensar: “¿Cómo puede Cristo ser revelado por medio de esto?” Este es el cambio que debe aparecer después del vaciamiento. El propósito del vaciamiento no es que yo desaparezca, sino que el centro de mi vida se traslade de mí mismo a Cristo.

Debemos llenarnos de la mente de Cristo

Filipenses 2:5 dice: “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús”. Este versículo fue también el punto de partida de este libro. Jesucristo, siendo en esencia Dios, no reclamó sus derechos para exaltarse a sí mismo. Por el contrario, se vació a sí mismo, tomando forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres. Se humilló a sí mismo y fue obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo tanto, llenarse de Cristo no significa simplemente tener mucho conocimiento acerca de Jesús. Significa tener la mente de Jesús. Significa aprender la humildad de Cristo. Significa aprender el amor de Cristo. Significa aprender la obediencia de Cristo. Significa aprender el perdón de Cristo. Significa aprender el servicio de Cristo. Y significa permitir que esa mente se manifieste en nuestro hogar, en nuestra iglesia y en nuestro lugar de trabajo. Podemos estudiar la Biblia durante muchos años. Podemos poseer mucho conocimiento teológico. Podemos ocupar cargos importantes en la iglesia. Incluso podemos ser pastores y enseñar la Palabra. Sin embargo, si ese conocimiento no nos conduce a la mente de Cristo, debemos examinarnos nuevamente. Podemos conocer mucho la Palabra y, aun así, ser orgullosos. Podemos realizar mucho ministerio y, aun así, buscar el reconocimiento de las personas. Podemos servir en la iglesia y, al mismo tiempo, hacer sufrir a nuestra familia en casa. Por lo tanto, lo importante no es simplemente cuánto sabemos. Lo importante es cuánto se está manifestando la mente de Cristo en nuestra vida.

El lugar que hemos vaciado debe llenarse del carácter de Cristo

En los capítulos anteriores examinamos, uno por uno, aquello de lo que debemos vaciarnos. Ahora no es necesario volver a explicarlo todo extensamente. Lo importante es qué aparece en el lugar que ha quedado vacío. Si nos hemos vaciado del orgullo, debe aparecer la humildad. Si nos hemos vaciado de la codicia, deben aparecer el contentamiento y la generosidad. Si nos hemos vaciado de la hipocresía, debe aparecer una vida de honestidad delante de Dios. Si nos hemos vaciado de la falsedad, debe aparecer la verdad. Si nos hemos vaciado del odio, deben aparecer el amor y el perdón. Si nos hemos vaciado de los malos pensamientos, deben crecer pensamientos buenos y puros. Si nos hemos vaciado de la inmoralidad sexual, deben aparecer la santidad y la fidelidad. Si nos hemos vaciado del resentimiento, deben aparecer la fe y la gratitud. Si nos hemos vaciado de la envidia, debe aparecer un amor que se regocija con la gracia que Dios ha dado a los demás. Sin embargo, no debemos pensar en cada una de estas cosas por separado. La humildad, la sinceridad, el amor, la santidad y la gratitud son, en última instancia, manifestaciones del carácter de Cristo en nosotros. Por lo tanto, no debemos limitarnos a preguntar: “¿Estoy libre del orgullo?”, sino que debemos preguntar: “¿Se está manifestando en mí la humildad de Cristo?” No debemos detenernos en: “¿He evitado mentir?”, sino preguntar: “¿Se está manifestando en mi vida la veracidad de Cristo?” No debemos detenernos en: “¿Hay alguien a quien no odio?”, sino preguntar: “¿Estoy amando a las personas con el amor de Cristo?” El vaciamiento no es una fe pasiva. Tampoco es una fe que se limita a no cometer pecados. Vaciararse significa hacer espacio para que la vida y el carácter de Cristo se manifiesten cada vez más en nosotros.

Debemos llenarnos de la Palabra de Cristo

Entonces, ¿cómo podemos llenarnos de Cristo? En primer lugar, la Palabra de Cristo debe habitar abundantemente en nosotros. Pablo dice en Colosenses 3:16: “La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros”. Nuestro corazón está lleno de innumerables palabras: las palabras de las personas, los valores del mundo, innumerables pensamientos que llegan por medio de internet y de las redes sociales, nuestros propios temores y deseos, y las heridas y los recuerdos del pasado. Pero cuando la Palabra de Cristo comienza a habitar abundantemente en nosotros, nuestros pensamientos y nuestros juicios comienzan a cambiar. La Palabra ilumina nuestros pensamientos.

Nos muestra los deseos equivocados. Revela el orgullo escondido. Nos hace reconocer el odio y la envidia. Y, al mismo tiempo, nos enseña con qué clase de corazón debemos vivir. Por lo tanto, no debemos limitarnos simplemente a leer la Palabra. Debemos guardarla en nuestro corazón. Debemos meditar en ella. Y debemos obedecerla. “¿Qué me está diciendo Dios hoy por medio de esta Palabra?” “¿De qué debo vaciarme?” “¿Qué debo obedecer?” “¿Cómo puedo vivir hoy esta Palabra en mi hogar, en mi iglesia y en mi lugar de trabajo?” Debemos colocarnos delante de la Palabra de esta manera. Jesús dijo: “Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón” (Mt. 11:29). La persona llena de Cristo es una persona que continúa aprendiendo de Jesús.

El carácter de Cristo debe manifestarse con la ayuda del Espíritu Santo

Sin embargo, conocer la Palabra y tomar decisiones no significa que podamos llegar a ser semejantes a Cristo por nuestras propias fuerzas. Necesitamos la ayuda del Espíritu Santo. Efesios 5:18 dice: “Sed llenos del Espíritu”. Y Gálatas 5:22-23 describe así el fruto del Espíritu: “Amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza”. Estos frutos no son apariencias religiosas que producimos a la fuerza. Son frutos de vida que aparecen cuando el Espíritu Santo obra en nosotros. Por eso no debemos depender únicamente de nuestras propias fuerzas. Cuando surja el odio, no debemos detenernos en la decisión: “Debo amar”. Debemos orar: “Espíritu Santo, ayúdame a amar a esta persona”. Cuando surja el resentimiento, no debemos simplemente apretar los dientes y decir: “No debo quejarme”. Debemos pedir: “Espíritu Santo, ayúdame a recordar la gracia de Dios y a dar gracias”. Cuando surja la envidia, no debemos limitarnos a reprendernos diciendo: “No debo sentir envidia”. Debemos orar: “Espíritu Santo, dame un corazón capaz de alegrarse con la gracia que has dado a esa persona”. Una vida llena de Cristo no es una vida que se esfuerza, mediante su propia voluntad, por parecerse exteriormente a Cristo. Es una vida que permanece en la Palabra, depende del Espíritu Santo y se entrega a Dios para que el carácter de Cristo produzca fruto en nosotros.

La persona llena de Cristo sirve

En el capítulo 3 de este libro examinamos la vida de quien se vacía a sí mismo y sirve a su prójimo como siervo. Ahora regresamos nuevamente a ese punto, porque una vida llena de Cristo

finalmente se manifiesta en nuestras relaciones. Jesús lavó los pies de sus discípulos. Él mismo se ciñó una toalla y descendió al lugar de un siervo. La mente de Cristo no era una mente que buscaba exaltarse, sino una mente que servía. Por lo tanto, la persona llena de Cristo pregunta: En lugar de: “¿Quién me reconocerá?”, pregunta: “¿A quién puedo servir hoy?” En lugar de: “¿Qué recibiré?”, pregunta: “¿Qué puedo compartir?” En lugar de: “¿Por qué nadie me sirve?”, pregunta: “¿A quién puedo lavar los pies primero?” Debemos comenzar en el hogar. Trate a los miembros de su familia más cercanos con la mente de Cristo. En lugar de que el esposo y la esposa insistan solamente en sus propias opiniones, escuchen primero. Cuando se equivoquen, pidan perdón. No enseñen la fe a sus hijos solamente con palabras. Muéstrenles padres que se arrepienten, perdonan y sirven. Lo mismo sucede en la iglesia. En lugar de buscar una posición, busque un lugar donde servir. No haga solamente aquello por lo cual las personas lo reconocerán. Haga lo que sea necesario aunque nadie lo reconozca. Manifieste también la mente de Cristo en el lugar de trabajo. No piense únicamente en su propio beneficio; considere también el beneficio de los demás. Trabaje con honestidad. No se aproveche de los débiles. Alégrese del éxito de los demás. El vaciamiento se manifiesta en el servicio. En una persona llena de Cristo, el servicio de Cristo aparece como fruto de su vida.

Llenarse de Cristo es una vida que continúa cada día

No podemos vaciarnos de todo orgullo mediante una sola decisión. El hecho de habernos arrepentido una vez tampoco significa que la codicia nunca volverá. El hecho de habernos vaciado hoy del odio no significa que mañana nunca volveremos a ser heridos. El hecho de no habernos quejado hoy no significa que mañana automáticamente seremos agradecidos. Por lo tanto, el vaciamiento no es un acontecimiento único, sino un proceso de discipulado que continúa cada día. Cada día debemos examinar nuestro corazón delante de Dios. “¿Qué es lo que más ocupa hoy mi corazón?” “¿A qué me estoy aferrando ahora?” “¿Hay algún área en la que estoy intentando ser yo el dueño?” “¿Han vuelto a entrar el orgullo, la codicia, el odio o el resentimiento?” Y cada vez que los descubramos, debemos llevarlos delante de Dios. Debemos arrepentirnos. Debemos vaciarnos nuevamente. Y debemos llenarnos nuevamente de Cristo. No podemos vivir hoy solamente con la gracia de ayer. Hoy también debemos presentarnos delante de la Palabra. Hoy también debemos depender del Espíritu Santo. Hoy también debemos tener la mente de Cristo. Hoy también debemos amar. Hoy también debemos perdonar. Hoy también debemos servir. El vaciamiento cristiano no es algo que se completa una sola vez, sino una vida que sigue a Cristo día tras día.

“Es necesario que Él crezca, pero que yo mengüe”

Juan el Bautista, mirando a Jesús, confesó: “Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe” (Jn. 3:30). Estas palabras expresan el corazón de alguien que no desea ser el centro, sino que desea que Cristo sea revelado. Esta es también la dirección del vaciamiento. Que el nombre de Cristo sea revelado más que mi propio nombre. Alegrarme de que se cumpla la voluntad de Dios más que mi propia voluntad. Alegrarme de que Cristo sea exaltado más que de ser yo reconocido. Por lo tanto, el vaciamiento no es una derrota. Tampoco significa convertir mi existencia en algo sin valor. Más bien, significa devolver a la persona que Dios creó al lugar correcto. Cuando desciendo del lugar de dueño y recibo a Cristo como Señor, finalmente puedo vivir como la persona que Dios desea que sea. Cuanto más intento aferrarme a mí mismo, más miedo siento. Cuanto más intento exaltar mi propio nombre, más compito con los demás. Cuanto más intento cumplir mi propia voluntad, más resentimiento siento cuando las cosas no suceden como yo deseo. Pero cuando me encomiendo a Cristo, soy libre. Está bien si otra persona llega más alto que yo. Está bien si las personas no me reconocen. Aunque no todo suceda conforme a mis planes, puedo confiar en Dios. Porque yo no soy el señor de mi vida. Cristo lo es. Al final, vaciarse no significa perder a Cristo, sino ganar a Cristo.

Vacíese y llénese de Cristo

Ahora debemos volver a preguntarnos: “¿De qué debo vaciarme?” Pero no se detenga allí. Hágase una pregunta aún más importante: “¿De qué estoy lleno ahora?” ¿Está mi corazón lleno de preocupaciones? ¿Está lleno del deseo de recibir reconocimiento de las personas? ¿Está lleno del deseo de dinero y éxito? ¿Está lleno de heridas y odio? ¿Está lleno de comparación y envidia? ¿O está lleno de la Palabra y del amor de Cristo? Nuestro objetivo no es convertirnos en personas vacías. Nuestro objetivo es convertirnos en personas llenas de Cristo. Permita que la Palabra de Cristo habite abundantemente en usted. Sea lleno del Espíritu Santo. Tenga la mente de Cristo. Ame a las personas con el amor de Cristo. Perdona con el perdón de Cristo. Sirva con la humildad de Cristo. Y permita que Cristo sea revelado por medio de nuestra vida. Manifieste a Cristo en su hogar. Manifieste a Cristo en la iglesia. Manifieste a Cristo en su lugar de trabajo. Cuando las personas nos encuentren, permita que vean el amor de Cristo más que nuestra jactancia. Que vean a Cristo en nuestras palabras. Que vean a Cristo en nuestras decisiones. Que vean a Cristo en nuestro servicio. Que toda nuestra vida haga esta confesión: “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”.

Principios y pautas prácticas para “llenarse de Cristo”

El propósito del vaciamiento no es convertirnos en personas vacías, sino llenarnos de Cristo. Por lo tanto, la vida cristiana no debe limitarse a preguntar: “¿Qué no voy a hacer?” Debemos preguntar: “¿Cómo permitiré hoy que Cristo viva en mí?”

1. Examine cada día quién es el Señor de su vida

La primera pregunta de una vida llena de Cristo es esta: “¿Quién es el Señor de mi vida en este momento?” Cuando tenga que tomar una decisión importante, no se detenga en: “¿Qué quiero yo?” Pregunte: “¿Qué quiere el Señor?” En el hogar, en la iglesia y en el lugar de trabajo, no permita que sus propios pensamientos y emociones sean el criterio final. Al comenzar el día, ore de esta manera: “Señor, no permitas que hoy intente ser el dueño de mi propia vida. Ayúdame a seguir Tu Palabra más que mis propios pensamientos y a buscar Tu voluntad más que la mía”.

2. Permanezca en Cristo por medio de la Palabra y la oración

Debemos permitir que la Palabra de Cristo habite abundantemente en nosotros. Lea la Palabra. Medite en ella. Ore. Y obedezca. Después de leer la Palabra, pregúntese: “¿Qué me está mostrando Dios hoy por medio de esta Palabra?” “¿De qué debo vaciarme?” “¿Qué debo obedecer?” “¿Con quién debo vivir hoy esta Palabra?” La Palabra no debe ser simplemente material para acumular conocimiento, sino la Palabra de Dios que gobierna nuestros pensamientos y nuestra vida.

3. Busque cada día la ayuda del Espíritu Santo

No podemos producir el carácter de Cristo mediante nuestras propias fuerzas. Cuando necesite amor, pida amor al Espíritu Santo. Cuando necesite paciencia, pida ayuda al Espíritu Santo.

Cuando surja el resentimiento, pida gratitud. Cuando surja la envidia, pida un corazón capaz de alegrarse con los demás. Cuando surja el odio, pida fuerzas para perdonar. Cuando sea tentado, pida una vía de escape y la fuerza para ejercer dominio propio. Una vida llena de Cristo no es una vida que se jacta de sus propias fuerzas, sino una vida que depende del Espíritu Santo.

4. Trate a las personas más cercanas con la mente de Cristo

Si verdaderamente tenemos la mente de Cristo se manifiesta en la manera en que tratamos a las personas más cercanas a nosotros. Comience en el hogar. Escuche a su cónyuge. Si ha hecho algo malo, pida perdón. Si se enojó con sus hijos, en lugar de escudarse en su autoridad como padre o madre, reconozca su error. En la iglesia, no utilice a las personas; sírvalas. En el lugar de trabajo, elija la honestidad antes que el beneficio. Respete a quienes son más débiles que usted. No juzgue fácilmente a quienes piensan de manera diferente. La mente de Cristo no debe confesarse solamente con palabras; debe manifestarse en nuestras relaciones.

5. Practique cada día pequeños actos de servicio

Al comenzar el día, pregúntese: “¿A quién puedo servir hoy?” No tiene que ser algo grandioso. Escuchar a un miembro de la familia, comunicarse con alguien que está pasando por dificultades, ayudar a alguien que necesita ayuda, hacer con alegría un trabajo que nadie reconoce, felicitar a otra persona por su éxito y orar por alguien a quien le resulta difícil perdonar son también actos de servicio. La persona llena de Cristo desea que el amor de Cristo fluya a través de ella más que dejar su propio nombre.

6. Al terminar el día, examine de qué estuvo llena su vida

Al terminar el día, permanezca por un momento delante de Dios. “¿Qué fue lo que más ocupó hoy mi corazón?” “¿Hubo momentos hoy en los que intenté vivir como dueño de mi propia vida?” “¿Se manifestó la mente de Cristo en mis palabras y acciones?” “¿A quién amé y serví hoy?” “¿Han vuelto a entrar el orgullo, la codicia, el odio, el resentimiento o la envidia?” “¿Qué gracia me concedió Dios hoy?” Si ve pecado, no lo esconda. Arrepiéntase. Si ve gracia, dé gracias. Y vuelva a mirar a Cristo. Sin embargo, antes de todas estas prácticas, hay algo que debemos recordar. Ser

llenos de Cristo no significa que, mediante nuestros propios esfuerzos, intentemos convertirnos en personas mejores. Todo comienza con la gracia de Dios. Dios es quien nos amó primero. Cristo es quien nos salvó. El Espíritu Santo es quien obra en nosotros. Por lo tanto, no nos jactamos de nuestras propias fuerzas. Buscamos la gracia. Dependemos del Espíritu Santo. Y cada día nos entregamos a Cristo. Podemos orar así: “Señor, hoy también vacíame del deseo de ocupar el lugar de dueño y lléname de Cristo. Ayúdame a seguir Tu Palabra más que mis propios pensamientos y a buscar Tu voluntad más que la mía. Haz que la Palabra de Cristo habite abundantemente en mí y lléname del Espíritu Santo. Haz que la humildad, el amor, la veracidad y la santidad de Cristo se manifiesten en mi vida. En mi hogar, en mi iglesia y en mi lugar de trabajo, permite que revele a Cristo más que a mí mismo, y que me alegre más de que Cristo sea exaltado que de ser exaltado yo. Permíteme vivir una vida en la que ya no viva yo, sino que Cristo viva en mí. En el nombre de Jesucristo oro. Amén”.

El propósito del vaciamiento no es convertirnos en personas vacías. Es convertirnos en personas llenas de Cristo. Vaciar no significa odiarme a mí mismo. Significa vaciarme del deseo de ser el dueño y recibir a Cristo como Señor. Vaciar no significa vivir sin hacer nada. Significa vivir amando y sirviendo con la mente de Cristo. Por lo tanto, vacíese cada día. Llénese de la Palabra cada día. Dependá del Espíritu Santo cada día. Tenga la mente de Cristo cada día. Y sirva a las personas con el amor de Cristo. Una vida en la que se vacía mi deseo de ser el dueño y Cristo se manifiesta cada vez con mayor claridad como el Señor de mi vida. Una vida en la que ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Este es el camino del “vaciamiento” que debemos recorrer.

Conclusión

Ahora, al concluir este libro, quiero volver a las preguntas que planteamos al principio: «¿Qué debo vaciar de mí?» Y: «¿Con qué debo llenar el lugar que ha quedado vacío?» Estas dos preguntas han atravesado todo este libro. Primero examinamos la diferencia entre «soltar» y «vaciar». Si soltar significa dejar aquello que tengo agarrado en mis manos, el vaciamiento del que habla este libro va a un lugar más profundo. Significa vaciar de lo más profundo de mi corazón el deseo de ser yo el dueño de mi vida. Significa vaciar el corazón que quiere vivir poniendo en el centro mis pensamientos, mis deseos, mi voluntad, mi orgullo y mi nombre, y entregar ese lugar a Cristo. Por lo tanto, vaciarse no es simplemente una vida de renunciar a algo. Es una vida en la que vació el deseo de ser yo el dueño y recibo a Cristo como Señor de mi vida.

Jesucristo se vació a sí mismo primero

Podemos hablar del vaciamiento porque Jesucristo recorrió primero el camino del vaciamiento de sí mismo. Filipenses 2:7 dice que Jesús «se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres». El vaciamiento de Jesús no significó que abandonara su divinidad. Jesús, el Hijo de Dios, se humilló, tomó forma de siervo y vino en medio de nosotros. Y obedeció la voluntad del Padre hasta la muerte en la cruz. En el vaciamiento de Cristo hubo humildad. Hubo obediencia. Hubo amor. Hubo servicio. Y hubo cruz. Por lo tanto, el vaciamiento del que hablamos no es simplemente autodisciplina ni un ejercicio de vaciar la mente. Es el camino del discipulado: mirar a Jesucristo, quien se vació a sí mismo por nosotros, tener su sentir y seguirlo. Nosotros no fuimos los primeros en vaciarnos. Cristo se entregó primero por nosotros. Nosotros no fuimos los primeros en amar. Cristo nos amó primero. Por eso, nuestro vaciamiento también debe comenzar con la gracia de Cristo.

Vaciarse no tiene como propósito condenarnos a nosotros mismos

En este libro hemos examinado diversas formas de pecado que existen dentro de nosotros. Delante de la Palabra examinamos, una por una, la soberbia, la codicia, la hipocresía, la falsedad, el odio, los malos pensamientos, la inmoralidad sexual, el resentimiento y la envidia. En ocasiones, estas palabras habrán herido dolorosamente nuestro corazón. «También hay esta clase de orgullo en mí.» «He estado confiando más en el dinero que en Dios.» «La imagen que muestro a las personas ha sido diferente de lo que realmente soy.» «Todavía hay alguien a quien odio y no he podido perdonar.» «¿Por qué he vivido con tanto resentimiento y comparándome con los demás?» Sin embargo, el propósito de examinar estos pecados no ha sido llevarnos a la desesperación ni condenarnos. Ha sido mirarnos con honestidad ante el espejo de las Escrituras. Ha sido sacar a la luz delante de Dios aquello que habíamos estado ocultando. Y ha sido reconocer que no podemos cambiarnos a nosotros mismos por nuestras propias fuerzas y volver a mirar la cruz. El vaciamiento no comienza con la resolución: «Ahora tengo que convertirme en una persona mejor.» Más bien, comienza con la confesión: «Señor, no puedo hacerlo con mis propias fuerzas.» No puedo eliminar completamente por mis propias fuerzas la soberbia que hay en mí. No puedo limpiar mi codicia solamente con mi voluntad. No puedo borrar el odio y las heridas acumuladas durante años simplemente tomando una decisión. Lo mismo ocurre con el resentimiento y la envidia. Por eso necesitamos gracia. Necesitamos la cruz. Necesitamos la ayuda del Espíritu Santo. Vaciar-se no significa limpiarnos a nosotros mismos mediante nuestras propias fuerzas, sino presentarnos con honestidad ante la gracia de Dios.

El propósito del vaciamiento es ser llenos de Cristo

Pero no debemos vaciarnos y terminar allí. Al concluir este libro, hay una verdad que debemos aferrar con toda claridad: el propósito del vaciamiento no es convertirnos en personas vacías, sino en personas llenas de Cristo. Nuestra meta no es solamente convertirnos en personas que pecan menos. Tampoco termina en convertirnos en personas que no son orgullosas. La meta de la fe no consiste únicamente en ser una persona sin codicia, una persona que no se enoja o una persona que no siente envidia. En ese lugar vacío debe manifestarse el carácter de Cristo. Donde se ha vaciado la soberbia, debe manifestarse la humildad de Cristo. Donde se ha vaciado la codicia, deben manifestarse el contentamiento y la generosidad. Donde se han vaciado la hipocresía y la falsedad, debe manifestarse la sinceridad. Donde se ha vaciado el odio, deben manifestarse el amor y el perdón. Donde se han vaciado los malos pensamientos y la inmoralidad sexual, deben

manifestarse la pureza y la santidad. Donde se han vaciado el resentimiento y la envidia, deben manifestarse la fe, la gratitud y el amor. Pero si expresamos todo esto en una sola frase, finalmente se reduce a una sola cosa: que Cristo se manifieste en nosotros. El apóstol Pablo confesó en Gálatas 2:20: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí.» Esta es la dirección que debe seguir nuestro vaciamiento. No significa que yo desaparezca. Significa que cambia el centro de mi vida. Mi vida pasa de ser una vida en la que yo vivo como dueño a una vida en la que Cristo es el Señor. Es una vida que busca la voluntad de Dios antes que la mía, que se alegra de que sea manifestado el nombre de Jesús antes que mi propio nombre, y que, en lugar de buscar solamente mi propio beneficio, considera el bien de los demás con el sentir de Cristo.

Una vida llena de Cristo se manifiesta en el servicio

El vaciamiento no ocurre solamente en nuestro interior. En la vida de una persona llena de Cristo aparecen frutos. Uno de esos frutos es el servicio. Jesús se vació a sí mismo y tomó forma de siervo. Y lavó los pies de sus discípulos. Por lo tanto, la persona llena del sentir de Cristo sirve a los demás en vez de buscar mostrarse a sí misma. En lugar de preguntar: «¿Por qué nadie me reconoce?», pregunta: «¿A quién puedo servir hoy?» En lugar de pensar: «¿Qué puedo recibir?», piensa: «¿Qué puedo compartir?» Ese servicio debe comenzar en el lugar más cercano. Manifieste a Cristo en su hogar. Escuche a su cónyuge. Pida perdón cuando se equivoque. No enseñe la fe a sus hijos solamente con palabras; muéstreles padres que se arrepienten, perdonan y sirven. Manifieste también a Cristo en la iglesia. En lugar de buscar una posición, busque un lugar donde servir. Haga lo que sea necesario aunque nadie lo reconozca. Manifieste también a Cristo en el lugar de trabajo. Trabaje con honestidad. No busque solamente su propio beneficio. No se aproveche de los débiles; respételos. Alégrese del éxito de los demás. El vaciamiento se manifiesta mediante el servicio. Un corazón lleno de Cristo finalmente fluye hacia una vida de amor y servicio.

Vaciarse es un camino que recorreremos cada día

Sin embargo, no podemos vaciarlo todo mediante una sola decisión. Vaciar hoy la soberbia no significa que mañana nunca volveremos a ser orgullosos. Arrepentirnos hoy de la codicia no significa que el deseo nunca volverá a surgir. Perdonar hoy a alguien no significa que la herida nunca volverá a nuestra memoria. Dar gracias hoy no significa que mañana nunca volveremos a quejarnos.

Por lo tanto, vaciarse no es algo que termina con una sola decisión. Es el camino del discipulado en el que seguimos a Cristo cada día. Cada día debemos examinar nuestro corazón delante de la Palabra: «Señor, ¿qué debo vaciar hoy de mí?» Y al mismo tiempo debemos preguntar: «Señor, ¿con qué debo llenar ese lugar?» Si vuelve a levantarse la soberbia, vacíela. Si la codicia vuelve a apoderarse de su corazón, vacíela. Si vuelve a surgir el odio, llévelo delante de Dios. Si surge el resentimiento, recuerde la gracia de Dios. Si surge la envidia, aparte su mirada de las personas y vuélvala hacia Dios. Y vuelva a llenar ese lugar vacío con Cristo. Llénelo con la Palabra. Acérquese a Dios en oración. Busque la ayuda del Espíritu Santo. Tenga el sentir de Cristo. Y ame, perdone y sirva. Este es el camino de fe que debemos recorrer una y otra vez cada día.

Volvemos a encontrarnos ante las dos preguntas

Ahora, al cerrar este libro, vuelva a colocarse ante las dos preguntas que hicimos al principio: «¿Qué debo vaciar de mí?» ¿Qué orgullo sigo reteniendo dentro de mí? ¿En qué estoy confiando más que en Dios? ¿Llevo alguna máscara para mostrar determinada imagen ante los demás? ¿Estoy ocultando o distorsionando la verdad? ¿Hay todavía alguien a quien odio y no puedo perdonar? ¿Hay malos pensamientos que sigo alimentando repetidamente en mi corazón? ¿Está mi corazón cautivado por deseos equivocados? ¿Hay algún área en la que vivo con resentimiento y no confío en Dios? ¿Me estoy comparando con los demás y sintiendo envidia? Y haga la segunda pregunta: «¿De qué estoy lleno?» ¿Está mi corazón lleno de la Palabra de Cristo? ¿Se manifiesta en mí la humildad de Cristo? ¿Se manifiesta en mí el amor de Cristo? ¿Se manifiestan en mí la sinceridad y la santidad de Cristo? ¿Están creciendo en mí la gratitud y la fe? ¿Estoy sirviendo a las personas con el sentir de Cristo? Y, sobre todo, ¿quién es ahora el Señor de mi vida? Ante estas preguntas, no piense en otras personas. No piense en su cónyuge. No piense en sus hijos. No piense en otros miembros de la iglesia. Primero, póngase usted mismo delante de Dios. Y ore así: «Señor, examina hoy también mi corazón. Muéstrame el deseo que hay en mí de ser yo el dueño. Ayúdame a vaciar aquello que debe ser vaciado y a presentarlo honestamente delante de ti, sin esconderlo. En lugar de intentar cambiarme por mis propias fuerzas, ayúdame a aferrarme a la gracia de la cruz y a buscar la ayuda del Espíritu Santo. Y llena de Cristo mi corazón vaciado. Haz que la Palabra de Cristo habite abundantemente en mí, y que la humildad, el amor, la sinceridad y la santidad de Cristo se manifiesten en mi vida. En mi hogar, en la iglesia, en el lugar de trabajo y ante las personas con quienes me encuentre, ayúdame a manifestar a Cristo en vez de manifestarme a mí mismo. Haz que

me alegre más de que Cristo sea manifestado que de ser yo exaltado. Permíteme vivir una vida en la que ya no viva yo, sino que Cristo viva en mí. En el nombre de Jesucristo oro. Amén.»

Vaciarse no significa eliminarme a mí mismo. Significa vaciar el deseo de ser yo el dueño. Vaciarse no significa simplemente renunciar. Significa entregar a Cristo el centro de mi vida. Vaciarse no significa convertirse en una persona vacía. Significa llegar a ser una persona llena de Cristo. Y una vida llena de Cristo se manifiesta en amor y servicio. Por eso, vacíese hoy también. Y llénese de Cristo. Que sea manifestado el nombre de Cristo antes que su propio nombre. Busque la voluntad de Dios antes que la suya. En lugar de buscar solamente su propio beneficio, sirva a su prójimo con el sentir de Cristo. Disminuya usted para que Cristo sea manifestado cada vez más. Y viva cada día confesando: «Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí.» Vacíese y llénese de Cristo. Este es el camino del «vaciamiento» que debemos recorrer cada día como discípulos de Jesucristo.